REVISTA CHILENA

Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones

Agustinas, 1220. Oficinas: 6-7-8-9 Telel Ingles 2569. Correo Cas. 571 SECCIONES: Imprenta, Mobiliario Escolar y Mecánica

Avda. Pedro Montt (Pentienciaria) Telefono Inglés 920 PARQUE

REVISTA CHILENA

POLITICA - CIENCIAS - ARTES - LETRAS

Fundador: Enrique Matta Vial-Director: Ernesto Barros Jarpa

Oficinas: Teatinos 395 -:- Casilla 4014

Año X

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE N. OS LXXXI Y LXXXII

LA REVISTA CHILENA

Con este número cumple la Revista diez años de una producción muy varia y fecunda. Fiel al programa que se trazara su benemérito fundador don Enrique Matta Vial, y ulteriormente el actual propietario don Ernesto Barros Jarpa, la Revista ha dado acogida en sus páginas a una serie de sólidos e interesantes trabajos que han mantenido a los lectores al corriente de los más actuales y considerables problemas. Literatura y política, historia y crítica, de todo ello han escrito personas competentes y autorizadas. Firmas de la mayor notoriedad suscriben esos artículos; y el público ha correspondido con su confianza y aplauso al gran esfuerzo de que ellos dan testimonio. Un espíritu de mesura y de inalterable imparcialidad reina en las páginas de la Revista; en ella todas las opiniones y doctrinas han encontrado hogar y respeto.

Movido por el mismo noble afán de difundir y vulgarizar la cultura entre los aficionados a instruirse, y deseoso de intensificar tan civilizadora acción, el señor Barros Jarpa se propone ahora ensanchar, desde el próximo año, el campo de actividades de su periódico, buscando nuevas colaboraciones aún fuera del país, acudiendo a los especialistas en determinadas materias, y sobre todo, dando mayor importancia todavía a los trabajos de índole puramente científica o de alta erudición. Su anhelo es que la Revista contenga un resumen del pensa-

miento mundial respecto de las múltiples cuestiones y problemas que hoy solicitan la atención de los investigadores.

Sin descuidar, ni mucho [menos, la literatura, la política y la historia, en adelante la Revista atenderá con empeño especial a las teorías filosóficas y sociales, a los más recientes y definitivos resultados de la ciencia de las religiones, de la filología comparada, de la estética y las disciplinas biológicas. En un siglo en que las cuestiones financieras son la causa determinante de la política de los pueblos, esos estudios recibirán la primordial atención que se merecen. La Revista cuenta ya con el concurso de técnicos distinguidísimos.

Saben los lectores, como, gracias a las recientes excavaciones del suclo en que se asentaron las primitivas sociedades, toda la protohistoria y sociabilidad de los viejos continentes se ha transformado desde la raíz. La Revista encomendará a especialistas el estudio y declaración de esos descubrimientos arqueológicos y su influencia en el actual concepto de la historia, el derecho y la costumbre de las primeras pobladas humanas. También la física y la biología y la química han experimentado en sus postulados e hipótesis cambios hondos que hacen indispensable conocer sus nuevos rumbos y tendencias, examinar sus más remotas y ocultas causas. Otro tanto ocurre con la geología: la sistematización de las observaciones y experiencias permite a la ciencia de hoy inferir conclusiones más o menos radicales y seguras, que algún profesor hará conocer a nuestros leyentes.

La noción misma de historia, síntesis de estos recientísimos descubrimientos de las ciencias particulares, es hoy harto diversa de lo que fuera en época de Comte y de Buckle. Un nombre ya célebre, el de Osvaldo Spengler, encarna esta renovación de la filosofía de la historia. Uno de nuestros espíritus más cultos y sagaces, desarrollará ante el público la nueva y fecunda concepción de la vida y procesos de las sociedades.

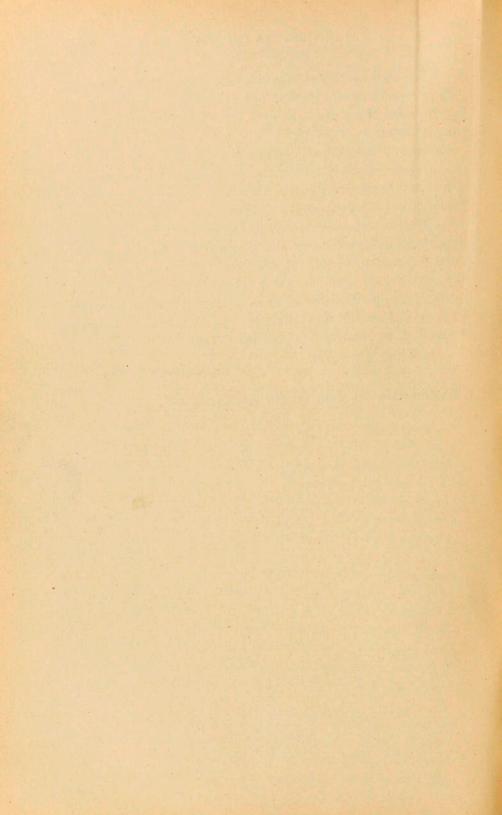
Para los lectores anhelosos de conocer la bibliografía de las diversas materias, la Revista dará ensanche a la sección respectiva y en cada número consagrará algunas páginas a la nómina de los más valiosos libros que sobre los diversos ramos del

saber publique la prensa mundial. De otros que lo merezcan hará una substancial reseña. Los principales artículos de las más notables Revistas extranjeras serán cuidadosamente señalados al lector.

En la manifiesta imposibilidad de atender él solo a la Revista así ampliada, el señor Barros Jarpa se ha conseguido la cooperación de don Ricardo Dávila Silva, antiguo colaborador de ella, y le ha entregado la plena e incondicional dirección del periódico. El señor Barros Jarpa se reserva la crónica y comentario de nuestra actualidad política, a que ha sabido impartir tan vivo interés. Merced a este concurso, en lo sucesivo todo trabajo o noticia que se quiera hacer aparecer en la Revista, y todo libro cuya crítica solicite el autor, deberán dirigirse al Director don Ricardo Dávila, quien se reserva la facultad de admitirlos y hacerlos juzgar.

LA ADMINISTRACIÓN

La Dirección del señor Dávila es CLARAS 336.



LA TOMA DE LIMA

(Correspondencia)

El Dr. D. Luis Felipe Borja, ex consejero de la Embajada Especial que representó al Ecuador en la última Trasmisión del Mando Supremo de nuestro país, ha tenido la gentileza de hacer llegar a la Cancillería por intermedio del señor Alberto Cruchaga, Ministro de Chile en el Ecuador, la correspondencia que a continuación insertamos y que contiene una interesante narración de una de las etapas de la guerra de 1879, escrita por un extranjero en el terreno mismo de los hechos.

Se sabe que pertenece al colombiano don Vicente Holguín, que residió y

constituyó su familia en Lima

R. CH.

Lima, Febrero de 1881.

He logrado al fin ver de cerca el desenlace de la guerra que desde el 14 de Febrero de 1879 emprendió Chile contra Bolivia, primero, y después contra ésta y su aliado el Perú.

Muy de cerca lo he visto, puesto que de Lima a los campos de los últimos combates en La Rinconada (9 de Enero), en San Juan y Chorrillos (13 del mismo y en Miraflores y en otros puntos de la extrema derecha (15 del mismo), la distancia es tal, que jefes, oficiales y soldados, cubiertos no de laureles sino de polvo, llegaban a esta ciudad cuando aún se oían los cañones del combate.

Le referiré varios episodios de ese desenlace que, aún cuando incompletos unos e insignificantes en sí otros, pertenecen al final de una lucha que va a influir directamente en la suerte de tres Repúblicas y a hacerse sentir seguramente en las relaciones de todas las demás del continente; y digo a usted desenlace final, porque es indudable que con los dos ejércitos que había en Lima sucumbió la causa peruano-boliviana, aun cuando haya quienes crean que Piérola continuará la guerra apoyándose en Arequipa, y tratando de uncir, no a su carro victorioso, sino a la serie de derrotas sufridas por el Perú, la suerte de Bolivia.

Pero a fin de apreciar mejor los últimos resultados, revisemos algo acerca de las fuerzas beligerantes, de las posiciones que ocupaban en los últimos días y del espíritu que dominaba en las naciones empeñadas en la lucha, juzgando por el

órgano de las prensas respectivas.

No dudo que va usted a encontrar estos apuntamientos un poco parciales a Chile: sírvame de excusa el haber sido partidario de Chile siempre, no a última hora; el haber visto de cerca lo que de lejos pierde su colorido; el haber escuchado, de cerca también, las vociferaciones de una prensa, que si algo revelaban era la falta de virtudes y de aptitudes para sacar triunfante una causa en el pueblo a que servía de eco; y, en fin y sobre todo, el haber presenciado el criminal desborde de unos y la más criminal indiferencia de otros ante el frío y aleve asesinato, el robo en grande, el incendio, la violación del respeto al extranjero, la ingratitud pará con muchos de estos huéspedes generosos, en una palabra, la comisión de mil delitos atroces por un pueblo y un ejército que la víspera se desbandaba al frente de un enemigo inferior en número, con cobardía sin igual, con infamia inaudita.

El Perú ha caído para no volver a levantarse en largos años, porque si Chile ha venido desde los arenales bolivianos hasta su propia capital, humillando sus ejércitos, destrozando su escuadra y dándole cerca de Lima el golpe que le postró, él, el mismo Perú, se empeñé en caer con tal deshonra y con tan poca gallardía, que ha sido lastimoso desprecio lo que ha causado en su agonía, dejando presumirlo que hubiera sido vencedor quien, como vencido, ha manifestado carecer de sentimientos y aún de dignidad. Pero entremos en materia, por-

que el prólogo se alarga.

Como ya sabe usted, después de la larga campaña principiada por Chile en Antofagasta el 14 de Febrero de 1879, que tuvo por jornadas principales las marcadas con los nombres de Calama, Pisagua, San Francisco (o Dolores), Tarapacá, Tacna, Los Angeles y Arica, el Gobierno chileno, una vez frustradas las negociaciones de paz celebradas en el último punto a fines de Octubre de 1880, resolvió y decretó el ataque del Ejército peruano en sus últimos atrincheramientos, esto es, en la capital misma de la República. Como operación preliminar, envió al norte del Perú (departamentos de Libertad y Lambayeque), una expedición al mando del comandante don Patricio Lynch. Hago a usted mención de esto para hacerle saber, o para recomendarle si lo sabe, que esa expedición con fuerzas relativamente insignificantes a la población de los departamentos que invadió, pues constaba de dos mil hombres, se paseó por ellos imponiendo contribuciones de guerra, quemando haciendas en castigo de la resistencia al pago y sacando cuantiosos recursos (cerca de seis millones de soles en víveres y especies metálicas), sin que los prefectos, coroneles Salmón y Aguirre, hicieran otra cosa que huír cobardemente y dejar indefensos los ricos valles, las haciendas y las poblaciones.

Causa indignación leer las comunicaciones oficiales y las cartas confidenciales cruzadas entre el coronel Salmón y el jefe enemigo; basta consignar para la historia militar del Perú que dicho coronel, prefecto del importante y rico departamento de Libertad, para evitarse quizá el sinsaborcillo de los combates, empezó por reconocer oficialmente en el comandante Lynch el perfecto derecho para imponer cupones de guerra, cortesía de cobarde que el jefe chileno correspondió diciéndole: «Mientras la suerte de los departamentos del Perú esté confiada a hombres como el coronel Salmón, la regeneración de estos pueblos será segura»; y el bueno del coronel Salmón vino a pasearse a Lima, dejando que el enemigo asolara el departamento cuyo

gobierno se le había confiado.

El 19 de Noviembre llegó a Pisco en diez y siete buques, y fuerte de nueve a diez mil hombres, la primera expedición del Ejército chileno de operaciones sobre Lima. Las tropas desembarcaron en Parácas, amplia caleta al sur de Pisco: y en este puerto, una vez tomado por tierra, desembarcaron caballos, artillería, provisiones y ambulancias. Se creerá, como es natural suponer, que hubo en Parácas oposición al desembarco, o en Pisco alguna resistencia: nada de eso, pues aún cuando el coronel don Manuel Armando Samudio (de los que gozaban fama de guapos en Lima) telegrafió al avistar el convoy chileno que combatiría defendiendo el suelo patrio hasta que cayera el pabellón bicolor en sus manos, las tropas chilenas desembarcaron en Parácas sin «el menor contratiempo». dice un parte del Ministro de Guerra chileno, coronel Vergara; y el coronel Samudio y sus fuerzas corrieron al interior hacia Huancavélica, dejando a los invasores en tranquila posesión del territorio.

A la primera expedición siguieron la segunda y la tercera, de modo que al cabo de un mes se hallaba el total de la fuerza expedicionaria ocupando la costa, al norte de Pisco, hasta Lurín: este último lugar fué el cuartel general, y hacia él se movieron, por tierra, las primeras fuerzas desembarcadas en Pisco. El cablegrama fechado en Curayacu el 24 de Diciembre y dirigido al Presidente de Chile por el general en jefe de la expedición, don Manuel Baquedano, informa detalladamente de la marcha de la expedición sobre Lima; su importancia y la de otros dos documentos relacionados con este objeto, me hace copiárselos al fin de estas páginas.

Según datos tomados de los periódicos de Santiago,, el total

de fuerzas expedicionarias se componían de:

Generales	4
Jefes	145
Oficiales	1,137
Soldados	25,052
Total	26,338
Caballos	2,517
Mulas	1,183
Cañones	56
Ametralladoras	4

Rebajando del personal y de los bagajes, el personal y los bagajes correspondientes a las ambulancias, proveedurías y maestranzas del ejército, queda así:

Generales	4
Jefes	132
Oficiales	1,023
Soldados	24,763
Total	25,922
Caballos	2,413
Mulas	1,159
Cañones	56
Ametralladoras	4
Fuerza total	26,338
» activa	25,922
" activa	20,922
	416

A ser exactos estos datos, y sin contar el primer regimiento de Artillería con veinticuatro cañones que se hallaba a bordo del «Itata», resulta que el total del ejército activo expedicionario sobre Lima era poco más o menos de veintiséis mil hombres.

Los mismos datos dan menos de un dos por ciento de la fuerza total separada del servicio activo; y tan reducido número deja comprender que si se han hecho esfuerzos por acrecer la gente de pelea, las ambulancias, importantísimas en sumo grado en una expedición de estas dimensiones, y las proveedurías e intendencias del Ejército chileno, no han debido estar conveniente ni regularmente servidas.

El Ejército con que el Perú se preparó a contrarrestar la invasión y defender la capital se calculaba (aunque sin datos fijados en cifras, pues nada de esto era posible publicar) en un total por lo menos de treinta y dos mil hombres, y en un activo que no bajaría de treinta mil. Esto, considerando sólo como activo las fuerzas colocadas al frente del enemigo desde el 20 de Diciembre, sin incluir los cuerpos que se organizaban en algunos departamentos ni las fuerzas de Arequipa que, según datos aproximados, se hacían subir a siete u ocho mil hombres.

Unas pocas palabras sobre la organización de estos Ejércitos v su equipo. Justicia hecha al coronel Piérola, sus esfuerzos. su actividad y laboriosidad dieron al Perú la halagadora esperanza (que en casi todos los peruanos era convicción profunda) de un triunfo sobre los invasores. Yo ví la brillante formación del 9 de Diciembre de 1880, con motivo de la bendición de la «Ciudadela Piérola» (reducto construído sobre el cerro de San Cristóbal, que domina la ciudad hacia el N. E., v cuvas bateterías quedaron sin saludar al enemigo), y pude apreciar, a la par de los esfuerzos del Jefe Supremo, la decisión y el entusiasmo (por desgracia reservado para las paradas y fiestas militares) con que los habitantes de Lima correspondieron al llamamiento que se les hizo en nombre de la patria en peligro; pero nunca tuve, como otros, la creencia de que la victoria favoreciera al Perú. Un ejército, más que del número, debe derivar su fuerza de la homojeneidad del elemento que lo componga, de la severa disciplina a que se someta al soldado, de la competencia y de los hábitos verdaderamente militares de los jefes y oficiales, y del espíritu de consagración, trabajo y sacrificio, que es característico de los pueblos que descuellan en la guerra. El pueblo peruano, digan lo que quieran sus facundos escritores de boletines y sus oradores de meetings, no es, no ha

sido, no será nunca en las actuales condiciones un pueblo guerrero.

El ejército creado y organizado por el coronel Piérola en el año de 1880, pudo por su número, por su armamento, por sus posiciones, por el tiempo empleado en sus ejercicios, en fin, por sus condiciones materiales todas, ser un brillante ejército de tierra capaz no sólo de defender la capital, sino de escarmentar muy duramente al temerario invasor que así saltaba en una tierra que debía serle hostil hasta en su atmósfera. Pero ese ejército era un agrupamiento de hombres sin disciplina y sin valor, y tan severa aserción parecería apasionada si los desastres consecutivos de los tres combates finales, debidos exclusivamente a la cobardía del ejército y de los jefes (con marcadísimas excepciones) no la comprobaran sobradamente. Tan falto de vigor y de temple es el espíritu de la institución militar en el Perú, que lo que en todas partes se hace conocer sin temor al soldado, el número y la calidad del enemigo que va a combatir, aquí se le oculta hasta el punto de que la autoridad clausura imprentas cuando publican datos que revelen la superioridad del enemigo. Injuriosa me pareció entonces la medida para el ejército peruano; pero ahora he tenido ocasión de convencerme de que bastaría suponer pujante al enemigo para que los cuerpos se desbandaran al toque de carga o de generala.

Las fuerzas peruanas, cuyo número aproximado hemos indicado ya, entre las que debe de contarse una artillería de montaña de cerca de cien piezas, de cuarenta ametralladoras, y mucho material de minas y torpedos automáticos, y cuya infantería estaba en general mejor armada que la chilena, fueron distribuídas a principios de Diciembre en cuatro cuerpos de ejército, confiados al mando de tres jefes que se habían distinguido en la campaña del Sur: coroneles Suárez, Dávila y Cáceres; y el otro al del coronel Iglesias, Ministro de Guerra. Componíase la fuerza: de tropa de línea, formada ésta, casi en su totalidad, de batallones más o menos disciplinados venidos de los departamentos; del ejército de reserva, formado con los batallones organizados en la ciudad, y de cuerpos sueltos creados en circunscripciones territoriales llamadas zonas. La guarnición del Callao, más de dos mil hombres, se componía de la muy veterana guardia civil.

Los batallones de la reserva reunían elementos muy heterogeneos, a pesar de que se dispuso organizarlos por corporaciones, gremios, profesiones, etc., etc. Habíalos de comerciantes, abogados, estudiantes, escribanos, carniceros, etc., etc. La opinión general era que la reserva estaba destinada a vengar los ultrajes y a reparar los desastres sufridos; y no faltó quien in-

ventara, sin duda para halagar el amor propio de los hijos de Lima, que la blusa azul y el escarpín blanco (uniforme de dicho ejército) eran el terror de los invasores que sabían iban a encontrar en cada uno de los soldados que lo llevaban un héroe legendario: ya veremos cómo correspondieron a los des-

mesurados encomios de la prensa.

Al saberse en Lima que los chilenos habían ocupado a Lurín, que establecían en dicho lugar su cuartel general y que sus cuerpos tomaban posiciones de combate, se dispuso la salida de los batallones que quedaban en la capital, que eran todos de la reserva, pues los del ejército de línea acampaban desde principios de Diciembre en los diversos puntos que les correspondían en la línea de batalla de vanguardia. El movimiento de la reserva se hizo en los días 23, 24 y 25 de Diciembre; en el último salieron los cuerpos que debían acampar del lado de Ancón, al norte de la capital, a fin de prevenir cualquier ataque por dicho puerto, aún cuando era ya claro que el sur de la misma, esto es, Lurín y sus arenales, era el campo en que iba a resolverse el desenlace de la lucha.

Lima quedó completamente desguarnecida, sin más autoridad que un Alcalde Municipal, y sin más seguridades que las que por fortuna pudieron hacerse efectivas con la organización de las colonias extranjeras en una asociación regida por un comité internacional, que se entendía con la autoridad local por medio de un delegado nombrado por dicho comité. La delegación estuvo desempeñada por un ciudadano francés, M. Champeaux, cuya consagración y laboriosidad revelaron que, al elegirle, el comité apreció su idoneidad y sus dotes.

Aún cuando impertinente al objeto de esta correspondencia o revista, no estará demás comunicar a usted, que la colonia colombiana quedó bajo la protección de la legación Norteamericana, por petición hecha al honorable señor D. I. P. Christiancy por el vice-cónsul colombiano, que se ausentó de esta capital en los primeros días de Diciembre. El Ministro americano la otorgó no sólo con manifestaciones de muy alta deferencia, sino con pruebas de un verdadero interés por la seguridad y respeto de nuestras personas y propiedades, llegando hasta el caso de ir personalmente a un cuartel y hacer poner en libertad a un ciudadano colombiano reclutado a pesar de llevar consigo un certificado de ciudadanía. En la organización que se hizo de las colonias para el servicio de quardia urbana, la nuestra fué incluída en la 4.ª división formada por la compañía de bomberos franceses, y por las de salvadores formadas por españoles, portugueses y colombianos. La guardia urbana prestó sus servicios de policía hasta el 18 de Enero, en que quedó relevada de él por decreto del Prefecto del departamento, quien en la misma fecha y por resolución suprema expedida en Chorrillos, reasumió el mando político y militar de la ciudad. La alcaldía municipal cesó en el ejercicio de las

excepcionales facultades que se le habían conferido.

Entre tanto las operaciones militares avanzaban y el desenlace del drama iba a presentarse. Fuera confianza real, fuera seguridad aparente en el triunfo del ejército del Perú, es lo cierto que la generalidad hablaba inspirada por la una o por la otra; pero a los que tal confianza no nos señoreaba, no podíamos menos que hallar inexplicable esa insólita seguridad en el triunfo, presenciando las medidas que se tomaban para asegurar personas y propiedades. La opinión individual era muy diversa de la colectiva: reunidos varios hacían esfuerzos para convencerse de su recíproca seguridad en el buen éxito; diríase que era un asentimiento tácito con que los peruanos se halagaban, engañándose; pero individualmente era muy fácil hacer confesar a cualquiera que el riesgo era inminente y el triunfo nada probable. Así, pues, trataban de consolarse engañándose los unos a los otros en vez de inspirarse el valor que el peligro demandaba.

En los primeros días de Diciembre ocurrió el primer fracaso sufrido por los peruanos al frente de sus líneas. Un cuerpo de caballería, el regimiento Rimac, mandado por el coronel Sevilla, fué destrozado y hecho prisionero en su totalidad. La noticia del desastre hizo poca impresión en Lima, no porque no fuera ese el primero, sino porque ésta, como las nuevas de casi todos los contratiempos de los peruanos, venía engalanada con multitud de hazañas fabulosas urdidas para

velar el desastre.

Esto de inventar proezas ha sido un gran recurso para paliar derrotas y halagar la vanidad pueril de valentía que domina a este pueblo; y a las proezas se ha agregado el que todo desastre se ha presentado por un lado favorable, de tan ridícula invención, a que sólo la ignorancia, la candidez o un orgullo necio podían darle la fe que se le daba. Citaré sólo, a fin de no parecer exagerado, la apreciación que en todos los periódicos de la capital, tanto en los órganos serios como en las hojas de caricaturas y chistes, se hizo del grave desastre de Tacna. Según ellos ¿qué le había sucedido al general Baquedano? Nada menos sino que, engañado por Montero y Campero, había ocupado la ciudad, a la que se le había dejado meter como a una ratonera (fué la palabra favorita de todos los escritores); y repetían en los cafés, tomándolo de los diarios, que Campero y Montero por el E. y S. E., Leiva por

el Sur y Bolognesi por el Norte y el Oeste darían pronto buena cuenta de él. Y tanto desacierto se creía a ojo cerrado!

El Domingo 9 de Enero hicieron los chilenos su primer reconocimiento sobre la primera línea de batalla: el punto escogido fué el extremo del ala izquierda. El reconocimiento se verificó; el batallón Pachacamac, colocado en la Rinconada, fué sorprendido y huyó, los chilenos ocuparon la posición y la abandonaron llevándose mucho ganado, al ver que iba sobre ellos una fuerza considerable. La prensa dijo en Lima que ya sabía el enemigo a qué debía atenerse con la resistencia que había encontrado.

Lo más grave que resultó de ese reconocimiento para los peruanos, en el concepto de cualquiera persona sensata, fueron las versiones que circularon en la ciudad, apoyadas en el dicho de personas consideradas competentes, acerca de la traición cometida por muy conspicuos ciudadanos peruanos. Públicamente se decía que el señor Riva-Agüero, Presidente del último Congreso, había facilitado a los chilenos la sorpresa de la posición peruana hasta acabar a sablazos a los fugitivos; agregábase que había sido fusilado en el campamento en la noche del mismo día 9; otros aseguraban haber escapado del patíbulo por haber huído con los chilenos. Los que no sindicaban al señor Riva-Agüero, hablaban de un señor Harris, peruano, de quien también se dijo haber sido fusilado.

Son tan frecuentes estas inculpaciones de traición en el Perú, que al fin me iba acostumbrando a oir hablar de ellas como de cosa insignificante. Es lo cierto que, dado el caso que no se hayan cometido todas las que se susurraban en el público, motivos y mucho ha habido para creer en su perpetración, al ver abandonar reductos, fuertes posiciones, artillería, sin hacer una resistencia que salvara siquiera las apariencias de un combate de pundonor: ya volveremos a encontrar las inculpaciones.

No sin fundamento le digo que son muy frecuentes, y aun añadiré que son vulgares (y ya se puede comprender cuán funestas para la juventud que así se habitúa a creer en sus posibilidades) las inculpaciones y acusaciones de traición de todo género, de que nadie escapa en opinión de la generalidad de los peruanos. Se formula aquí con tal facilidad este cargo tan abrumador en donde quiera; se le imputa a cualquier personaje público, por caracterizado que sea, con tanta ligereza que bien a mi pesar me he visto obligado a encerrar mis raciocinios en una disyuntiva: o aquí son todos venales, o, careciendo del sentido moral necesario para apreciar la enormidad de la traición, están dispuestos a cometerla como falta leve. Entrega el general Lavalle a Iquique, y dicen que Lavalle es-

tá vendido; huye el Presidente Prado del Perú, dejando la República empeñada en lucha desventajosa por su mala política y peores disposiciones, y dicen que Prado está vendido; es derrotado el general Montero en Tacna, y un partido dice que está vendido al otro; los coroneles Salmón y Aguirre dejan que el comandante Lynch se pasee en dos departamentos, y dicen que Salmón y Aguirre están vendidos. Ayer no más se han dado sangrientas batallas; aun no se ha disipado el humo; están aún insepultos centenares de cadáveres, y ya en las calles, en los cafés, en las casas particulares, no sólo se nombra a los traidores y se les señala de entre los más notables Jefes, sino que hasta se fija el monto de la suma en que han sido comprados. ¡Desgraciado país que no tiene fe en ninguno de sus hijos!

Inculpaciones de esta clase son nada en comparación de otras que se sostienen por personas que ejercen el magisterio de enseñar historia patria, y en quienes el asentimiento que prestan a todo lo que sea explicarse un hecho trascendental por una traición, revela el extravío de su criterio, sobre todo si de tal asentimiento puede resultar la satisfacción de celos y rivalidades nacionales. En comprobación de este juicio, que podría estimarse apasionado, referiré a usted, como por vía de digresión, un episodio que viene al caso: la relación que un profesor de historia en Lima me hizo sobre la batalla de Avacucho; y me mueve a ello la circunstancia de habérsela escuchado en el tumulto de una calle y en estos mismos días de la ocupación militar. Decíame el pedagogo que la victoria de Ayacucho se había alcanzado sin mayor esfuerzo porque el general español Monet estaba vendido; que de ello existían documentos auténticos. Por fortuna, queriendo hacer de Avacucho un acontecimiento pura y exclusivamente peruano, hizo tal prescindencia en su relación del gentilicio colombiano, al hablar de jefes y de cuerpos, que esto disminuyó en parte la indignación consiguiente. Así con una traición quedaba explicado el acontecimiento más notable de la historia de Hispano-América; la gloria imperecedera de ese gran día, ya que no podía ser peruana, era defraudada a Colombia; y Monet descendería a la clase de los Riva-Agüero y tantos otros ambiciosos vulgares, entre los cuales el criterio peruano de Palma ha colocado al mismo Libertador Bolívar.

Anudemos la relación. La situación se hacía por tanto más y más apremiante. Al mismo tiempo que las hostilidades empezaban por el Sur, por el Norte, en Ancón, los buques chilenos «Toltén» y «Princesa Luisa» cañonearon al puerto en los días 4 y 5 de Enero, y con algunas fuerzas de desembarco in-

tentaron apoderarse de la lancha cañonera «República», que fué salvada varándola.

En el recinto de la capital no había, por fortuna, desórdenes: parecía que todas las aspiraciones convergían hacia un solo punto, y que el único deseo era salvar, con la causa del Perú,

la honra de su nombre y de sus armas.

No deben quedar sin mención en este memorandum de aquellos días, las dificultades que ofrecía para la satisfacción de las necesidades de la población, por una parte, la escasez que empezaba a sentirse de algunos artículos de primera necesidad, y por otra, la coexistencia en la plaza de dos clases de moneda de papel que, representando cada una el partido político que la emitió, se hacían la guerra del pradismo y del pierolismo. Esos numerosísimos beligerantes de papel se llaman en el mercado Billetes de emisión fiscal, del tiempo de Prado, e Inca, creación de Piérola, mimado como a primogénito, con quien se esforzó, con toda la suma de sus poderes omnímodos, por hacer un prodigio de alquimia hacendista, aplicando a un papel grabado los secretos de la piedra filosofal para convertirlo, viribus et armis, o según el lema chileno, por la razón o la fuerza en una moneda fuerte de oro. Pero las ineludibles leves del comercio no ceden a estas manifestaciones de ningún poder: el soberano dirá una cosa, y el comercio dirá otra en materia de signos representativos de valores, hasta tanto se garantice y asegure la completa solvencia del responsable. De aquí que el Inca y el Billete fiscal fueran más discutidos, comparados y apreciados en casas, calles, fondas. talleres, cuarteles, etc., etc., que Baquedano y Piérola. La respectiva supremacía era controvertida con el calor del interés, a pesar de que día por día, y por una serie de decretos supremos, había subido el valor del Inca: empezó por cuatro soles, luego ocho, después diez, al fin quince. El desastre del 15 de Enero cortó al fin las alas de esta ave Fénix.

Hemos llegado al Jueves 13 de Enero: Lima dejó el sueño con azoramiento, porque los retumbos del cañón anunciaron desde antes de las cinco de la mañana que un recio combate estaba empeñado. Ensayaré, a fin de que comprenda usted mejor la relación de los importantes hechos que van a desarrollarse, hacer una descripción a grandes rasgos, del campo y de las

posiciones de ambos Ejércitos.

El chileno ocupaba, al sur de las del peruano, la serie de prominencias llamada Tablada de Lurín, y que corre, poco más o menos, de E. a O. Entre ella y la primera línea de reductos que ocupaba el ejército de línea peruano, se extiende una llanura arenosa. Las líneas peruanas al frente de los chile-

nos eran dos: una interior y la otra exterior, convergentes en las extremas derecha e izquierda. La derecha se apoyaba, del lado del sur, en los cerros fortificados del Solar, Casavilca y el Fraile: este último domina a Chorrillos; la izquierda, como he dicho antes, en la hacienda Rinconada y en la batería Vásquez, una de las dos del cerro de San Bartolomé, al oriente de Lima. Hacia el centro de la línea exterior de batalla, y un poco a la derecha, se encuentra el punto más fuerte de ella, los reductos del cerro de San Juan, que, por los de la hacienda Villa, comunican con los citados del Solar, Casavilca y el Fraile, cerrando así la primera línea exterior que era casi inexpugnable en su extrema derecha. La segunda línea, o interior (entre la primera y Lima), ocupada por los batallones de la reserva, se apoyaba en los mismos extremos y en el pueblo de Miraflores, a la derecha, y estaba formada como la primera por una serie de reductos artillados, separados a seiscientos metros, resguardados, al lado sur, por un buen foso. Estas dos líneas defendían la ciudad por el sur; unidas en la batería Vásquez continuaban la circunvalación de Lima por el oriente en los cerros El Pino, San Lorenzo, Agustino y San Cristóbal, superior a todos. A este último se le dió una importancia tal, que su reducto, como va he dicho, recibió el nombre de Ciudadela Piérola; se le consideró, no sé en virtud de qué reglas de táctica, base de la línea por ese lado, y su mando fué confiado al valiente marino señor Villavicencio, aquel que forzó el bloqueo de Arica, quien, quizá por no hallarse en su elemento, no hizo más que clavar los cañones. Por el oeste la defensa de la ciudad se apoyaba en el Callao, cuyos fuertes y baterías, al norte y sur, estaban confiados al Prefecto y comandante militar don Germán Astete.

Como complemento de estas líneas de batalla, que consideradas como defensivas eran más inexpugnables que las posiciones de los Angeles, Tacna y Arica, debe tenerse en cuenta que, además de las obras de fortificación, como reductos, trincheras, fosos, etc., se hizo uso de la moderna y terrible invención de las minas y bombas automáticas, de las que se hallaban sembrados los contornos de los principales fuertes, como San Juan y el Solar. Estas bombas, ocultas en la tierra, estallaban al sufrir presión y producían el formidable efecto de una mina; el inmediato y costoso descubrimiento que hicieron los chilenos de este medio de defensa no les arredró en las cargas, y a la bayoneta tomaron las alturas; pero esas funestas bombas estaban destinadas a hacer inmensa la desgracia de los infelices heridos que quedaron en el campo, pues a causa del terror inspirado por explosiones súbitas que destrozaron hombres y mujeres que

días después buscaban a sus deudos, nadie se atrevió a recorrer esos parajes en donde los heridos agonizaban al lado de los cadáveres horrorosamente fétidos, que ni perros ni gallinazos fueron a devorar.

Todavía hasta el 8 de Febrero fueron encontrados, por un colombiano y un ecuatoriano que buscaban un herido, tres de estos moribundos entre un matorral y al lado de un pantano. Uno de ellos, que por el pantalón de paño colorado parecía ser de artillería peruana, tenía rotas ambas piernas abajo de las rodillas; sus heridas eran espantosas gusaneras; su voz casi ininteligible, y los restos de berros que tenía en las manos desfallecidas, probaban que esas hierbas habían sido el único alimento que durante muchos días habían tenido él y sus desgra-

ciados compañeros, que ya no hablaban.

Episodios de horror indescriptibles han tenido lugar con esos pobres heridos, abandonados con la más fría crueldad a dos leguas de una ciudad populosa, entre cuvos habitantes hubo millares excusados del servicio militar con la insignia de las ambulancias. Creo que los jefes chilenos debieron tomar con empeño el humanitario cargo de sepultar los muertos y recoger los heridos; y va que el temor de las bombas automáticas les obligara, como en represalia, a dejar insepultos los primeros y abandonados los segundos, debieron facilitar a los habitantes de Lima todos los medios de seguridad personal para recorrer los caminos y chacras en busca de esos desgraciados que han expirado en horroroso abandono. De muchos deudos se sabe que al recorrer los campamentos han sido vejados, robados y aún heridos por soldados chilenos. La inseguridad y los peligros han llegado a ser tan grandes en esos lugares, que todo está a la fecha abandonado a la merced de ávidos merodeadores que todo lo roban y lo talan todo, y en esta labor de desolación no llevan la menor parte los chinos vengativos y los soldados de Chile.

Entre los episodios desgarradores que revelan la muerte con todo el horror del abandono y de la desesperación, narro el si-

guiente:

Un joven cuyos informes restos revelaban alguna distinción, y que vestía el uniforme de la reserva, debió de arrastrarse herido hasta un montón de tierra y al ángulo de unas tapias: allí expiró; pero antes de morir dejó una protesta escrita en la tapia con la sangre purulenta de sus heridas: «Aquí muero abandonado de mi familia». Faltóle vida o faltóle sangre para escribir su nombre, del que sólo alcanzó a trazar el primer rasgo de una letra que por ser común a muchas mayúsculas imposibilitaba la interpretación. Ni la fisonomía, ni el cuerpo,

ni los vestidos, prestábanse ya a un descubrimiento, por estar descompuestos por la putrefacción y destrozados por los perros. Y entre tanto ¿qué se ve en las calles y en los hoteles de Lima? Enjambres de hombres ciegos y egoístas, indolentes con sus compatriotas abandonados, que mueren de sed, mientras que ellos están sin pudor y sin vergüenza bebiendo en los mismos salones en que los oficiales de Chile se ríen con asco de su ridícula jactancia y de su infame cobardía.

Esta indolencia general y pública tenida con los heridos abandonados en Chorrillos y Miraflores, y casos particulares que pudieran citarse, ya de un padre que en el salón de un hotel habla indiferentemente de su hijo que no aparece al cabo de tres semanas; ya de algunos hijos que ignoran el paradero de su padre, a quien no han ido siguiera a buscar entre los muertos; ya de hermanos que ni aún se toman la pena de fingir intranquilidad por sus hermanos desaparecidos, o que ni los visitan si se hallan en los hospitales; ya, en fin, de esposas que creen llenar cumplidamente sus deberes encargando a extraños buscar el cadáver de su esposo muerto. Esta indolencia anti-social, por desgracia muy general, ¿qué prueba? Prueba que el Perú tiene entre otras gravísimas y profundas dolencias sociales que lo conducen inevitablemente a su ruina, una más intensa que el desconcierto de sus partidos de caudillaje, que su bancarrota fiscal, que su desmoralización administrativa, que su desorden eclesiástico, que su venal administración de justicia, que su corrompido ejército: esa gangrena social es la relajación de los vínculos domésticos, que destruvendo la familia acaba con la sociedad. Algo se remediaría si la escuela y el colegio pudieran corregir aquí los vicios de educación que priman en la familia, pero la una y el otro, lejos de corregir el mal, contribuyen a aumentarlo, pues en dondequiera que de la instrucción se haga una especulación, y que fundar una escuela o un colegio sea una empresa industrial como cualquiera otra, ni el maestro puede desempeñar el noble y elevado papel de sustituto del padre de familia, ni el colegio suplir, con su disciplina, la falta de buena organización de los hogares. Y sin educación doméstica, sin escuela, sin colegio, ¿cómo y cuándo podrá formarse en el Perú la generación que reemplace a la que ha conducido esta infeliz República al abismo?

Veamos ahora lo que sucedió, y cómo cayó la ciudad cuya resistencia vislumbró con épica inspiración el poeta nacional

señor Paz-Soldan, cuando dijo:

Los cañonazos que en la madrugada del jueves 13 anunciaron en Lima el principio de un combate, se dispararon en las posiciones de San Juan, que fueron las atacadas: buena táctica, embestir primero contra lo más fuerte, según las condiciones del terreno. Los chilenos cargaron con tan denodado ímpetu, que los peruanos fueron fácil y prontamente arrojados de sus posiciones, perdiendo en ellas su artillería y huyendo en confusión hacia Villa y Chorrillos. Una fuerza de caballería que cargó a los fugitivos, aunque contenida a las veces por el tuego y las tapias y zanjas, completó la dispersión de esa tropa, que no habiendo recibido apoyo en su rechazo, se desbandó casi totalmente. Algunos de esos soldados se incorporaron con los que se hallaban en el cerro del Fraile, y uno de ellos fué quien proporcionó estos datos.

Ante el fácil triunfo obtenido en San Juan, los chilenos atacaron las posiciones del Fraile, defendidas por los batallones Cajamarca, Guardia-Peruana y Ayacucho; desalojados estos cuerpos, no sólo del Morro sino de Chorrillos, en donde se hizo mayor resistencia, se replegaron sobre Miraflores; y el terrible desastre del día 13, precursor del final del 15, quedó consumado para el Perú. Más que las pérdidas en el personal y material del ejército, era irreparable la de las posiciones tomadas por el enemigo: la primera línea quedó perdida.

Desde antes de las seis de la mañana súpose en Lima el desastre de San Juan, pues ya habían empezado a llegar heridos entre ellos algunos jefes, y muchos derrotados, lo que probaba la ninguna o muy poca resistencia que se hizo en esas que

eran las más fuertes posiciones de la primera línea.

Aun cuando todas las versiones de origen oficial, muchas de ellas comunicadas en la ciudad por jefes y oficiales, aseguraban hasta las tres de la tarde que, después del primer rechazo, los cuerpos batidos habían recuperado las posiciones de San Juan y aún puesto en derrota a los asaltantes, el convencimiento de lo contrario había penetrado ya en el ánimo de todos. Eran demasiado elocuentes el aspecto y la expresión de los grupos de soldados sin armas que entraban a la ciudad.

¿Qué decían estos soldados a los curiosos interpelantes? Unos, que los jefes los habían abandonado al principiar el combate; otros, que no se les había mandado hacer fuego, lo que pretendían probar mostrando sus cartucheras llenas de cápsulas; éstos, que las municiones no correspondían al sistema de rifles que llevaban; aquéllos, que en vez de pólvora era arena lo que contenían las cápsulas; y todos, cualquiera otraimputación a los jefes que cohonestara su injustificable presencia en la ciudad. Todo esto ponía de manifiesto la cobar-

día e indisciplina de los soldados, como también la falta de prestigio y talvez de ejemplo de los jefes y oficiales, de los que

no pocos veíanse en las calles de Lima.

El número 7 del Diario de la Campaña, publicado en la tarde de este mismo día 13, explicaba el abandono de las posiciones de San Juan como efecto de una orden de repliegue, sobre las fortificaciones de Miraflores, dada a las diez de la mañana por el Jefe Supremo; y al relatar la subsiguiente pérdida de Chorrillos (aún cuando la exornaba con la relación de cargas a la bavoneta y alfombramiento de calles y malecón con cadáveres de enemigos), hacía esfuerzos inútiles para reaccionar sobre los ánimos abatidos, pues lo que se veía pesaba más que las figuras de retórica. Nadie paraba mientes en palabras como éstas: «Nuestro intrépido e inteligente Jefe Supremo está a la cabeza, y él nos llevará a la victoria»; porque, en efecto, el coronel Piérola estaba a la cabeza, o mejor dicho, a la cabeza de un moribundo, en cuvos funerales servían de blandones los siniestros y lúgubres resplandores que en las brumosas sombras de la noche arrojaba el incendio de Chorrillos y Barranco, ocupados va por el enemigo.

Algo casi tan grave como la derrota de este día para la causa del Perú, tuvo lugar en el recinto de la ciudad, entre dos y tres de la tarde. Si la derrota en las posiciones de San Juan había dejado en poder del enemigo, muertos, heridos, artillería y posiciones, el general don Manuel G. Lacotera (Ministro de Guera del general La-Puerta, sucesor de Prado, cuando el 21 de Diciembre de 1879 estalló el conflicto que dió por resultado la dictadura), al intentar una revolución contra Piérola al grito de «Viva la Constitución», cuando aún se peleaba en la primera línea, ponía en poder de los mismos todo el resto de esperanza que abrigaban los peruanos, pues el Jefe Supremo y los que fueran sus partidarios decididos, quedaban colocado entre el enemigo extranjero y el fermento de una revolución. Le referiré el hecho prescindiendo de los comentarios a que se presta, basados principalmente en la observación de que en el Perú no ha habido, durante su existencia de República, una sola revolución de principios ni de ideas: siempre el caudillaje, siempre el motín de cuartel, siempre la asonada obtenida con el soborno.

Un batallón de fuerza veterana que venía del Callao, fué aguardado por el general Lacotera en la plazuela de la Merced. El Jefe que lo comandaba oyó de boca del General la orden de hacer formar el batallón en la plazuela, orden que fué desatendida; y al continuar el desfile del batallón hacia la Plaza de Armas, el General, dirigiéndose a la tropa con el laconismo del multimillonario militar gritó: «Muchachos, ¡Viva la Consti-

tución!»; los soldados secundaron el grito sin contener la marcha, y luego victorearon a Piérola contestando el «viva» con que su Jefe aclamaba al Dictador. Esto debió de revelar al Jefe que la tropa no estaba en el complot, y se limitó a intimar por medio de un oficial al General, que seguía hablando en particular con algunos soldados, que si no se retiraba le prendía. Frustrado su torpe y antipatriótico proyecto, el ex-Ministro buscó asilo en la Legación Británica y después en un buque de guerra.

Los acontecimientos siguieron un curso rapidísimo, pues el deforme edificio levantado por la dictadura y apuntalado en sus bayonetas estaba tan desplomado, que apenas daba tiem-

po para verle caer con estruendo.

La noche aumentó con sus sombras la ansiedad del día. Las calles de Lima estaban silenciosas; el gas iluminaba una ciudad que parecía abandonada. Algún transeunte apresurado, algún disperso rezagado o herido levemente, alguna camilla de ambulancia, era lo que de vez en cuando atravesaba alguna calle o plaza silenciosa. Al mirar desde algún techo hacia el campamento, el resplandor del incendio de Chorrillos contristaba el espíritu, y esas llamas devoradoras de las suntuosas habitaciones de la aristocracia limeña, medida de guerra atroz, pero no inusitada, hubieran mantenido siempre en la memoria de todos un recuerdo execrando del vencedor, si las que se levantaron después en Lima para consumar un crimen sin ejemplo, no hubieran hecho desear en la capital la presencia del mismo vencedor.

El 14 por la mañana la mayor parte de los extranjeros organizados en ambulancias se dirigían al palacio de la Exposición, en donde desde la víspera prestaban importantes servicios a los heridos que llegaban en el ferrocarril. Un movimiento general y un sordo rumor agitaban la multitud ahí reunida cuando el pito anunciaba desde lejos la llegada del tren de Miraflores, y las colonias tomaban sus camillas para recibir a los heridos, o salían a buscarlos a los barrios apartados de la ciudad. Así, la Exposición y el hospital establecido en el orfelinato inconcluso de Santa Sofía eran los centros de mayor movimiento; en el resto de la ciudad dominaba una expectación silenciosa y llena de angustia.

Hallábame a las nueve de la mañana de ese día 14 en el gran salón de las máquinas del palacio de la Exposición, convertido en un punto de reunión de las ambulancias y en depósito de sus camillas y enseres, tomando parte en el cuidado de los heridos. Entré después a los salones del palacio transformados en vastas salas de hospital, y conmovido en presencia de cerca de mil lechos ensangrentados en que se quejaban o

morían las víctimas de la matanza de la víspera, y reflexionando en que la cruel vanidad de la gloria humana hace crecer en los campos de batalla los laureles que ciñen la sien de los guerreros, me decía: «No, estos son los sitios en que se afianza esa triste gloria; estos los campos, arados por el exterminio, donde germinan esos infaustos laureles; estos miembros cortados, estas ropas sangrientas, estos semblantes lívidos son los despojos y trofeos que adornan el carro triunfal».

A fin de distraer impresiones tan dolorosas, recorrí algunas avenidas del parque; el espectáculo había dejado honda huella en mi ánimo, y en el reverso de un *Diario de la Campaña*, bajo uno de los árboles, escribí las siguientes líneas que he en-

contrado después, fechadas el 14 de Enero:

"En el jardín del palacio de la Exposición, convertido hoy en

hospital de sangre.

«Cuán ocultos y desconocidos por el hombre son los caminos que abre la Providencia para aleccionar a los pueblos! Héme aquí en este lugar destinado para mansión de placeres y que es hoy un asilo de dolores donde se gime y se agoniza!

«Yo ví este palacio en días de bullicio y de festivales, cuando sus avenidas sombreadas por los mirtos y perfumadas por las magnolias y las rosas, hormigueaban con una muchedumbre alborozada y gozosa, que al son de las orquestas, rendía culto al placer en esta Capua americana; y ví también este parque, en noches de conciertos musicales, colmado de inmenso gentío que a la luz de faroles de colores, y bajo el tupido ramaje de las astrofeas y cipreses, apuraba sin saciarse la copa emponzoñada del deleite enervante. Hoy ha cambiado del todo la representación; pero quedan los mismos actores, y estos árboles, estas estatuas; estas fuentes están ahí como testigos mudos, como acusadores severos.

«Los lujosos coches de aquellos días, hoy son la ensangrentada camilla; el blasón de armas o el monograma de cifras aristocráticas es una cruz roja en fondo blanco; el látigo del cochero es hoy la banderola de la ambulancia, y la risueña beldad que perfumada y llena de vida y deslumbrante de joyas se lanzaba fulgente, como un meteoro, de la portezuela, es hoy el infeliz soldado cubierto de mugre y de sangre, cuyos labios crispados por el dolor pintan sólo la agonía como sonrisa de la muerte, y cuyos ojos, que empiezan ya a cerrarse a noche eterna, revelan el dolor profundo y la mortal angustia.

«Entonces cruzaban lujosas damas estas calles de árboles: hoy las recorren el fraile descalzo, y el padre lazarista, y el jesuita, y la hermana de la caridad. Entonces en este estanque y a la sombra de estos sauces jugueteaban los niños: hoy esas aguas antes cristalinas corren turbias por la sangre que se lava en ellas, y no los gansos blancos ni los cisnes negros nadan en sus ondas, sino las vendas y los paños ensangrentados que han restañado la sangre que iba helando la muerte.

«Y en los salones donde poco ha resonaba la algazara del concierto, y en donde expuestas a la vista de la mujer y del niño veíanse las estatuas desnudas con que el arte mal encaminado corrompe las costumbres, yacen hoy tendidos más de mil soldados que no cuentan, a pesar de grandes esfuerzos de caridad patriótica, con la décima parte de lo que los gobiernos que los llevaron al sacrificio gastaban en luces, flores, perfumes y vinos.

«Venid a buscar hoy en estos lugares el insultante orgullo que con librea de cordones y bordados encubría su vil servidumbre; venid a ver sí están por aquí los apóstoles de un falso patriotismo que lanzaron al sacrificio a millares de infelices, en tanto que ellos ponían en salvo su vida y su fortuna; venid a ver si curan una herida, o si recogen un suspiro, o si consuelan a la viuda o al huérfano los que pusieron las armas en manos de dos pueblos y que los unieron, no para el trabajo que engrandece, sino para la guerra que corrompe; venid..... sólo hallaréis al fraile más humilde, al descalzo, al jesuita abnegado, al lazarista infatigable y a la hermana de la caridad que hacen hoy su mansión de estos salones, porque en ellos moran el dolor, la agonía, la miseria y la muerte».

Volvamos a los sucesos de la guerra. En la mañana de ese día, 14 de Enero, el general chileno Baquedano envió al campamento de Miraflores, en calidad de parlamentario, al doctor don Isidoro Errázuriz, encargado de pedir el pase para el coronel peruano Iglesias, hecho prisionero en la jornada de la víspera, quien, bajo palabra de honor, traía una comisión para el coronel Piérola. La misión del coronel Iglesias se reducía a averiguar si el jefe supremo oiría proposiciones de paz, y, con respuesta afirmativa, regresó al campo chileno. Algunas horas después llegaba a los puestos avanzados peruanos un segundo parlamentario, y con él el comisionado señor don Guillermo Lira Errázuriz, cuya misión, se dijo, consistía en presentar bases inaceptables, como la desocupación de Miraflores, para la negociación de la paz; nada, por tanto, pudo hacerse en el sentido de poner término a los espantosos horrores de la guerra.

En la tarde del mismo día, una comisión del cuerpo diplomático residente en Lima, ofreció al Gobierno del Perú la amistosa intervención de aquél, y solicitó permiso para trasladarse al campo chileno. Aceptada aquélla, y obtenido éste, la comisión estipuló con el general Baquedano una suspensión de hostilidades que duraría hasta las doce de la noche del siguiente día 15, quedando ambos jefes en libertad de mover sus fuerzas dentro de sus respectivas líneas. Sabido esto en Lima por la noche, túvose la esperanza de que la paz se negociaría; los que apreciaban el desastre del día 13 y sabían sus causas, no dudaban de la derrota final; sin embargo, la situación de Piérola, con respecto a la política interior del país, hacía para él casi

imposible la negociación.

Difícil era en verdad, y angustiosa, para los gobernantes del Perú, o mejor, para su gobernante, la situación a que se había llegado el 14 de Enero, situación que sólo podía sorprender a los que se habían empeñado en engañarse y en hacerla más difícil, eludiendo en las conferencias de Arica la oportunidad de darle solución. Desde que se perdió con la Independencia y el Huáscar la fuerza naval, y con los ejércitos que se desbandaron en Dolores y en Tacna todo el Sur del Perú, era claro que pensar en vencer era una manía, y el buen sentido y el patriotismo aconsejaban salvar el país del extremo a que lo reduciría la ocupación de la capital: no se trataba ya, como ridículamente había dicho el Presidente de Bolivia, general Daza, de «ir a hacer errar su caballo en la plaza de Santiago», sino de librar al Perú de la afrenta de que la bandera de Chile flameara en el palacio de los virreyes; pero los peruanos desconocían o fingían desconocer la situación, y se creían invencibles porque los periódicos de Lima dieron en la manía de hacer de todos, y de cada uno de ellos, héroes legendarios, y de los chilenos rotos enhambrecidos que vendrían a servir de pasto a los perros de Lima».

Era ya convencimiento general en los directores de la política (pues disimulárselo sería insensatez), el de la seguridad del fracaso final y la inutilidad de los esfuerzos, caso que éstos se hicieran; pero ¿cómo poner remedio al mal con una capitulación que tendría por bases esenciales cesión territorial, desarme del Callao, entrega de buques, disolución de la confederación perú-boliviana, indemnización de guerra, etc., etc.? Muchas opiniones particulares, y no sería aventurado decir que tal vez de un gran número, aunque veladas por el orgullo nacional y contenidas en los límites infranqueables que les trazaba como última razón la reserva del jefe supremo, declaraban la necesidad de celebrar un arreglo; pero el peruano se resigna a pasar por todo, hasta por traidor, menos por cobarde, y la necia presunción de aparentar esfuerzos desesperados y de poder decir después que sucumbieron luchando, debieron ser obstáculos insuperables.

Otra consideración, y no de poca importancia, debía presentarse a Piérola y sus sostenedores para retraerlos de toda

negociación: transigir con Chile era sancionar la desmembración del territorio, la entrega de los buques, el desarme de los puertos, etc., etc., concesiones cuyo desconocimiento formaría cualquier día la bandera, demasiado simpática al sentimiento nacional, que enarbolara la facción o partido que intentara echar por tierra al Dictador. Preciso era, pues, que si el pierolismo deseaba evitar al Perú cruentos sacrificios, derrotas vergonzosas y disminuciones de gravámenes, cuando Chile dictara a su antojo, y sin ninguna consideración, las bases de paz, se resolviera a desprenderse del mando y depositarlo en el elegido por una Convención: necesitábase, por tanto, un acto de desprendimiento heroico, y es claro que el jefe del pierolismo no estaría dispuesto a descender del solio alcanzado después de tanto bregar.

Con la noticia de no haberse llegado a un avenimiento que sirviera de base a la negociación de la paz, se supo en Lima, en la tarde del mismo día 14, el término de la suspensión de las hostilidades, y por tanto se contaba con la seguridad de que en todo el día siguiente no las habría, y alguna esperanza quedaba-aún en los esfuerzos que el cuerpo diplomático hiciera en dicho día I5: en tales situaciones la expectación es

impaciencia.

Entre tanto no dejaban de llamar la atención, por su insólita extravagancia, algunas relaciones que daban alimento a la avidez pública y las que en hojas impresas y al parecer permitidas por la autoridad, adquirían en la opinión del mayor número fuerza de certidumbre. Decíase aún que «los hechos de armas de la madrugada del 13 no habían sido desfavorables»; que «el ejército de línea estaba intacto y la reserva robosando de entusiasmo»; que «los chilenos habían ya principiado su reembarco el 13, perseguidos a bayoneta, que sólo la suspensión de los fuegos peruanos, por falta de municiones, los había alentado para volver a la carga»; que «el estrago en las fuerzas chilenas era horroroso»; en fin, que el «jefe supremo, con la doble fuerza de la inteligencia y del valor, velaba por su pueblo». (Todo esto es textual).

Calmábase también la ansiedad pública leyendo que «las fuerzas peruanas tomaron prisioneros cuyo número debió haber sido muy grande, pero que habían logrado escapar por estar exactamente uniformados a la reserva»; que «las fuerzas enemigas no se atrevían a avanzar de sus posiciones, a pesar de que las peruanas las hostilizaban a corta distancia»; que «era competente el número de rifles Comblain tomados al enemigo»; que «los chilenos mismos confesaban el valor y empuje de las tropas peruanas»; que «lo prime» que hacían

los chilenos con los prisioneros peruanos era quitarles las botas». Esto último, como todo lo demás, tiene fácil explicación corrigiendo los hierros de imprenta. Los soldados peruanos estaban muy pobremente vestidos; ninguno de ellos calzaba botas, por lo que puede creerse quiso decirse que los chilenos quitaban a los prisioneros las jotas, especie de abarca de los aborígenes del Perú.

El 15 por la mañana los ánimos presentían algo como la explosión que sigue al bramido de un volcán; nada había resultado en favor de la paz, y todos aguardaban la catástrofe como resultado del combate que debía librarse, pues ya no había dudas ni ilusiones acerca de lo que había ocurrido el día 13: la artillería toda estaba en poder del enemigo; la primera línea de batalla y los principales puntos de extrema derecha estaban perdidos; los hespitales colmados de heridos y las calles de dispersos, y el incendio había arrasado a Chorrillos y Barranco. Si siquiera se conservara el prestigio de los jefes; pero éstos eran el blanco, con fundamento o sin él, de las murmuraciones de la tropa de línea desbandada, y sobre muchos recaían inculpaciones atroces. ¿ Quén podría tener fe en los esfuerzos que se hicieran para hacer propicia la fortuna?

El riesgo de la situación, apreciado por el sentido particular de cada uno de los habitantes de Lima, se manifestaba en la confusión, cada vez mayor, que reinaba en la población. Las casas de las diversas legaciones, los lugares de asilo establecidos para familias por algunas colonias extranjeras, las casas y establecimientos de beneficencia, se hallaban colmados de mujeres y niños que buscaban seguridad. Por las calles circulaba confusa multitud que cargaba equipajes ligeros y provisiones, y no pocos oficiales y jefes que a tales horas se hallaban a más que prudente distancia del campo de batalla.

Poco después de medio día, y con sorpresa que causó estupor por lo inesperado, oyéronse cañonazos en el campamento. La ansiedad comenzó de nuevo, las carreras se multiplicaron, el temor general se pintaba en los semblantes. Miraflores, centro del combate, dista de Lima apenas dos leguas, razón de más para que desde las tres de la tarde fueran numerosos los individuos del ejército que entraban a la capital; todos decían estar triunfantes, sin pensar que en achaque de combates, más que en otra cosa cualquiera, tiene exacta aplicación el refrán «del dicho al hecho hay gran trecho».

En vista del considerable número de soldados que iban llenando las calles, armados unos, inermes los más; oyendo a muchos cuyas respuestas, cuando no contradictorias, revelaban ignorar lo que había sucedido; viendo el andar precipitado de los que venían a caballo, de los que casi todos hablaban de un triunfo que sorprendía por su facilidad y prontitud; en vista de todo esto era fácil comprender que se trataba de ocultar un

desastre tan completo como rápido.

Fuera con este objeto, o fuera como se dijo después, que apoderados los chilenos de la oficina telegráfica de Miraflores, tuvieron tiempo hasta para divertirse comunicando enormes, descomunales noticias, es lo cierto que referente a un telegrama suscrito con el nombre de Piérola, circuló rápidamente por todas partes la nueva de que el general en jefe Baquedano y varios personajes de su Estado mayor estaban prisioneros. Individuos de muy alta posición y respetabilidad en Lima tomaron a su cargo la caritativa misión de trasmitir tan fausta noticia a muchos centros de asilo, y ya es de suponerse cómo obraría esa nueva en el ánimo de las mujeres, organizadas por la naturaleza para experimentar las más violentas transiciones: en los patios y corredores de los asilos se desencadenaron tempestuosos plácemes que estallaban en vivas, besos y abrazos que, según de donde procedieran, ponían en peligro el carácter neutral; y como en las grandes poblaciones es fácil mentir en grande, a la noticia de la prisión de Baquedano y de su Estado Mayor siguió la de su traída y encierro en el palacio de Gobierno.

Pero "para verdades el tiempo". El sol del 15 de Enero se había hundido en el ocaso, y con él la esperanza de cuantos dieron y recibieron abrazos por la prisión de Baquedano. Vino la noche, y vinieron con ella los gruesos pelotones de dispersos y los catorce batallones de la reserva, situados en el ala izquierda, cuyos comandantes recibieron orden de su jefe de Estado Mayor, coronel don Julio Tenand, de concentrarlos en la ciudad y disolverlos, sin haber disparado un sólo tiro sobre el enemigo. El coronel Piérola no entró con ellos: era mucho lo que se había ofrecido a la capital y a las tropas, y el triste resultado final estaba muy lejos de corresponder a tan pomposas pro-

mesas.

De las relaciones sobre los acontecimientos de esa tarde resulta que el inesperado combate se trabó porque los peruanos, situados en los reductos de Miraflores, violaron el armisticio: que los batallones situados en la extrema izquierda, considerablemente más numerosos que los que combatieron en la extrema derecha, no tomaron parte alguna en la acción ni recibieron más orden que la de replegarse en la noche a Lima y disolverse; que el combate duró apenas una hora, y que el jefe supremo estuvo en Vásquez (extrema izquierda) de siete a ocho de la noche, des-

de donde tomó el camino de la sierra después de comer en dicha hacienda.

Toda la fuerza que cubría el ala izquierda en los acantonamientos de la Rinconada y Vásquez quedó, como se ha dicho, sin combatir, no porque esos batallones y baterías de artillería no fueran pedidos, sino porque el coronel Tenand, como también se ha dicho, contestó más de una vez que tenía orden para no mover un solo hombre de la izquierda. Otras relaciones sobre los acontecimientos de este día aseguran que Piérola había dispuesto que la izquierda entrara en combate llegado el caso oportuno; pero el rompimiento de los fuegos de la derecha. con violación del armisticio, debió de trastornar completamente todo plan.

Gravísima responsabilidad la de los peruanos por la violación del armisticio, y más grave aún la del jefe supremo, que, en una nota oficial fechada en Canta el 20 de Enero y dirigida al Decano del Cuerpo Diplomático, la achacó en lenguaje acre al ejército chileno, de quien dijo había "consumado un acto de perfidia que es dudoso encuentre semejantes aún entre las tribus semi-salvajes del Africa o de la Araucanía". Esto es incalificable, teniendo en cuenta que el Cuerpo Diplomático celebraba una conferencia en Miraflores en el momento mismo de la ruptura, y que corrió los riesgos de caer bajo los fuegos chilenos. Se asegura que esa nota causó tal indignación en los comisionados del Gobierno de Chile en Lima, y en los jefes del ejército, que a ella debió el coronel Piérola el que sus repetidas solicitudes de negociación fueran desechadas, e inútiles los pa-

sos dados en el sentido de que se le reconociera.

En la mañana del Domingo 16 se conocía perfectamente el desastre v se medía su magnitud. El recio v sangriento ataque de Miraflores, embestido por los chilenos, furiosos por la infidencia cometida, fué apenas medianamente sostenido por tres o cuatro batallones de la reserva y algunos restos de cuerpos de línea. Asegúrase que muchos jefes y oficiales pidieron al comandante en jefe de la reserva, coronel Echeñique, que apoyara la derecha con algunos de los cuerpos que intactos, y sin disparar un tiro, permanecieron en la izquierda, a lo que no accedió, manifestando carecer de órdenes del Jefe Supremo en tal sentido. Seguramente el coronel Echeñique estaba ya instruído acerca de lo que debía hacer; seguramente se conocía que llevar esos batallones al combate era llevarlos a un sacrificio inevitable y estéril, y a la humillación de una derrota tanto más vergonzosa cuanto menos disputada. Pero entonces ¿por qué se consintió en que sólo cuatro batallones de la reserva se empeñaran en la derecha? ¿Por qué se dejaron a tanta distancia

del punto en que forzosamente se empeñarían los demás cuerpos? ¿Por qué catorce batallones que quedaron intactos, y que
fueron mandados disolver en la noche del 15, no recibieron orden de seguirle, una vez que era su intención declararse en ejercicio del poder dictatorial, como aparece de su decreto de 16 de
Enero, expedido en Chocas? Acerca de muchos acontecimientos relacionados con los desastres de los días 13 y 15 de Enero,
no es aún tiempo de formular juicio, pues no se conocen en su
conjunto ni en sus detalles; hay que aguardar a que la historia
y el tiempo los ilustren, para saber si es cierto, como muchos
peruanos y miembros del ejército lo aseguran, que en esas derrotas hicieron su papel respectivo: cobardía, ineptitud, de-

sorden y corrupción.

Ardoroso ha sido mi empeño, como si en ello hubiera estado interesado por vínculos de sangre o por solidaridad nacional, en desvanecer el cargo que a primera hora se ha hecho generalmente a los dos principales jefes de la reserva: a su comandante en jefe, coronel Echeñique, y al jefe de Estado Mayor coronel Tenand; y es que el honor se subleva ante la idea sola de la traición por dinero; pero las inculpaciones toman un carácter muy grave cuando se hacen por personas cuya respetabilidad las abona. Confundido quedé al oir de boca de un distinguido caballero de Lima, cuya circunspección está a la altura de su honradez, la relación siguiente con respecto al jefe de Estado Mayor de reserva; la transcribo, no porque yo asienta a ella, sino para que se juzgue de la naturaleza de los cargos en que fundaban muchos sus juicios. Un empleado subalterno de la Tesorería General fué encargado por el Tesorero de entregar al coronel Tenand, el día 14 a medio día, una nota importante en que, de orden terminante del jefe supremo, se le intimaba la entrega de 180,000 incas en el término de veinticuatro horas. Los hechos se precipitaron de una manera funesta cuanto deshonrosa para el Perú; los fuegos se rompieron inesperadamente; la izquierda no tomó o no pudo tomar parte en el combate, y de todo esto deducía la malicia de unos y la suspicacia de otros, las acusaciones que se formulaban.

Si los ejércitos peruanos habían desaparecido con el humo y como el humo de los combates, no así los peligros para la capital que abrigaba en su seno esos ejércitos desbandados, indisciplinados y con armas, y un populacho heterogéneo e híbrido de la peor especie que puede presentarse en las grandes ciudades; y para contrarrestar semejantes elementos de inminente catástrofe existía sólo un Alcalde Municipal nombrado a última hora, como si dijéramos a la grupa del Dictador cuando trepaba hacia la sierra.

Hubiérase creído, en vista del considerable y variado número de banderas que ondeaban en techos, miradores, balcones, puertas y ventanas, que Lima engalanada se preparaba como en los días de sus frecuentes festivales a entregarse, gozosa y aturdida, a los placeres que la han enervado. Todas las banderas del mundo comercial flotaban en la capital peruana, menos las de Chile, Bolivia y el Perú: en los hospitales de sangre ondeaba la bandera de la cruz roja, y en los de caridad, casas de asilo, orfelinatos y demás establecimientos de beneficencia desplegábanse al viento grandes banderas blancas con una imagen de la Inmaculada Concepción. Agréguese a esto que todos los establecimientos de comercio y casas particulares de los extranjeros, y muchas de ciudadanos peruanos, ostentaban, en solicitud de seguridad, en puertas y ventanas, placas con la bandera de su nación y el sello y la firma de su respectivo representante diplomático, y se formará una idea de las precauciones que se tomaban contra el enemigo que estaba afuera, sin pensar siguiera en que estaba ya adentro el que había de violar toda fórmula de seguridad para incendiar, robar y asesinar.

La situación empeoró a medio día, a consecuencia de los mayores desórdenes que se previeron con el desatentado proyecto de don Germán Astete, comandante de armas y prefecto del Callao, quien marchó a Lima con unos dos mil hombres apellidando a las armas contra el enemigo. El toque de generala con que hizo su entrada aumentó la confusión, sin obtener que nadie acudiera; esa fuerza, desbandada a poco rato por algunos tiros quo se overon fuera de la portada de Guadalupe, aumentó la inseguridad y los riesgos de Lima. La conducta del comandante Astete era tanto más irregular y desacordada. cuanto que ya se había celebrado una Junta de Notables, convocada y presidida en la Municipalidad por el alcalde señor Torrico, la que unánimemente y urgida por la necesidad de resguardar la capital, había dirigido una nota al general Baquedano haciéndole entrega incondicional de la plaza y pidiéndole la inmediata ocupación.

El comandante Astete cometió además el incalificable atentado de desconocer y deponer al señor Torrico, única esperanza de seguridad en la capital, y el único peruano que en la esfera de sus atribuciones ha sabido comprender el patriotismo y merecer bien de su patria; y si hay alguien sobre quien pueda recaer más directamente la responsabilidad de los espantosos crímenes de esa noche y de la deshonra que imprimen al Perú, es sobre dicho comandante, de quien puede sin ligereza creerse que todo el aparato de ataque, y toda la bambolla y el ruido fué sólo el biombo que debió ocultar su vergonzosa fuga.

Su puesto estaba en el Callao, o en Lima, al lado del señor Torrico, que ha sabido quedar vencido pero acatado por el vencedor.

Después de haber dado noticia de la actitud belicosa asumida por el comandante Astete lejos del puesto que le correspondía defender, y por haberla calificado de biombo para ocultar su fuga, forzoso es referir el desenlace de ese sainete en que hizo el primer papel. Desbandados en Lima los dos mil veteranos con que se presentó, regresó al Callao y se puso a bordo de «La Unión», el mejor de los buques de guerra que quedaban al Perú; «La Unión» dejó su fondeadero e hizo rumbo hacia el centro de la bahía, movimiento que causó grande excitación en los buques de guerra neutrales, pues se crevó por un momento que «La Unión» iba a repetir la hazaña de Arica rompiendo el bloqueo, o a buscar glorioso fin sucumbiendo como la «Esmeralda» en lucha heroica y desesperada: las tripulaciones y guarniciones de los buques neutrales, encaramadas en las jarcias, se preparaban para saludar con un «hurra!» el primer cañonazo de «La Unión», sobre los buques chilenos; pero la expectación duró poco. Llegada al centro de la bahía, «La Unión» se detuvo, el humo del incendio empezó a salir de su casco, y un bote que se desprendió de ella y en el que iba el comandante Astete, se dirigió al buque del almirante francés, «La Victorieuse», a solicitar asilo, que le fué negado. Al remar hacia el puerto, una lancha chilena de vapor lo persiguió para cortarle el rumbo o disparar sobre él, lo que se hubiera verificado sin ni la interposición de un bote francés que, puesto al habla con el comandante Astete, hizo saber luego al jefe de la lancha que aquél se entregaba prisionero.

Otro de los jefes responsables también por su prescindencia, es el comandate señor Villavicencio, que en dicho día 16 se hallaba en su puesto de la «Ciudadela Piérola». Nadie puede dudar que la iniciativa que él hubiera tomado para reunir los desbandados y dar al Alcalde Municipal el apoyo que la situación exigía, hubiera sido atendida en Lima, en donde más que en parte alguna basta un hecho, como el rompimiento de un bloqueo, para dar prestigio a un militar. Se asegura—no me consta—que el comandante Villavicencio resistió las exigencias de algunos que querían disparar sobre Miraflores y sus alrededores; y que cuando, atendiendo a una indicación del Cuerpo Diplomático, aseguró que no expondría con sus cañones la ciudad a una sangrienta represalia, estaba ya casi completamente abandonado de la guarnición del reducto y de algunos desbandados que se le habían reunido: razón de-

más para contribuir a salvar la ciudad, puesto que estaba expedito.

El saqueo de tiendas, zapaterías y depósitos de efectos chilenos empezó muy temprano en algunas calles. En la muy extensa de Malambo, donde abundan negros y mulatos, hubo violencias desde las tres de la tarde; en el centro de la ciudad, desde las cinco; y debe tenerse en cuenta, a fin de no dar crédito a los que intentarán después exculpar a los bandoleros, alegando el hambre del pueblo, que en lo que menos pensaban era en depósitos de víveres. De éstos los robados fueron de los menos notables: de chinos muy pobres y los de algunos italianos cuando por la noche les invadió el fuego. Los ricos almacenes de mercancías asiáticas de las calles de Espaderos, Melchor Malo y Bodegones; algunos establecimientos europeos de ropa hecha, y todas las tiendas y casas ricas de préstamo asiáticas de Zavala, Albaquitas Paz-Soldán, Capón, Hoyos, Mercedarias y otras, fueron atacadas en la noche, antes de que las colonias extranjeras pudieran organizarse y prestar los importantes servicios que salvaron la capital. El mayor número de los asesinatos perpetrados en asiáticos se verificó en las calles del Capón, Albaquitas y Mercedarias; muchos de esos infelices perecieron asfixiados o bajo los escombros de sus habitaciones.

Los ladrones invadían las calles por todas partes y en grupos que victoreaban al Perú y a Piérola, sin acordarse para nada de los chilenos, y se dirigían a las calles escogidas que eran designadas a gritos por la turba. A las ocho de la noche un tiroteo nutridísimo se oía en toda la ciudad; al principio fueron disparos hechos contra las cerraduras para forzar las puertas, o lanzados en todas direcciones como medio de intimidación; pero desde las diez se trabó combate con los pocos extranjeros que, en distintas partes, defendían las puertas de sus casas y tiendas desde los techos.

Pero aún no había llegado el momento solemne del incendio con que los malvados apoyaron la perpetración de sus crímenes. Ese pueblo de Lima, tan encomiado por su prensa, «cuyos pechos y cadáveres», decía, «formarían valla infranqueable para el invasor»; esos soldados, que habían huído tan cobardemente ante el enemigo, entraron a la capital a incendiar, a robar y asesinar en sus hogares a los más laboriosos e indefensos de sus confiados huéspedes, que eran para ellos también los más útiles. La numerosa colonia asiática, desde las ricas casas de Wing-On-Ching y de King-Tong hasta el infeliz y laborioso vendedor de fósforos de palo, fué el blanco del desborde cobarde y vandálico de los incendiarios, ladrones y asesinos.

Injusto sería, es cierto, lanzar tan tremendo cargo contra todos los soldados de la reserva y del ejército de línea, y líbrenos Dios de tan calumniosa injusticia, pues la primera en su mayor parte estaba compuesta de ciudadanos honrados que estarían deplorando en sus casas los excesos, y profundamente lastimados por ellos; pero con esa conducta estuvieron muy distantes de cumplir su deber; pues más de ocho mil hombres de la reserva, armados todos de excelentes "Remingtons", habrían restablecido la confianza, dominado el populacho y evitado que cavera sobre el Perú un borrón más feo que el de sus injustificables derrotas. Causa asombro el pensar que cuando el robo, el asesinato y el incendio amenazaban señorear a Lima, había dentro de ella, muy tranquilos en sus casas, muchos jefes y oficiales de la reserva cuyos cuerpos habían sido disueltos apenas veinticuatro horas antes: a no haber estado poseídos de un miedo sin ejemplo o de un indiferentismo criminal, fácil les hubiera sido apoyar al Alcalde y a las colonias extranjeras. En cuanto a los soldados del ejército de línea, fué muy poca su culpabilidad en los desórdenes, pues en su mayor parte iban a esa hora camino de sus pueblos, y sólo recuerdo haber visto dos o tres entre los muertos en algunas calles: del populacho y soldados de la reserva vi en muchas.

Para que la capital peruana atenuara la responsabilidad que algunos malvados echaban sobre ella, y para quitar en parte la mancha con que empañaban más sus armas vencidas, hubiera sido preciso que una expresa indignación por los atentados y delitos cometidos, traducida, va que no en hechos, siquiera en protestas, recayera sobre aquellos a quienes muy fácilmente se habría podido convencer de participación. Castigarlos a todos era imposible; pero ¿no estaban ahí, en muchas habitaciones, los efectos robados cuva legítima adquisición no podrían comprobar los que los guardaban? La conducta que se observó en la pesquisa de lo robado no estuvo a la altura de las circunstancias, y la guardia urbana, lejos de ser formalmente organizada y apoyada, fué disuelta cuando aún quedaban todos los efectos en poder de los ladrones. Apoyados en las bayonetas prusianas, los soldados de M. Thiers fusilaron por centenares a los incendiarios de París, y satisficieron a la Europa: los incendiarios de Lima se paseaban al siguiente día sobre los escombros humeantes, reían de sus víctimas e inculpaban a los extranjeros el asesinato del pobre pueblo enhambrecido; y ni la autoridad, ni los ciudadanos notables hicieron nada para castigar a uno solo. ¿Sería porque todo se había perdido, méme l'honneur?

Muy laudables fueron los esfuerzos y la abnegación con que la mayor parte de los extranjeros salvaron a Lima. Las bombas francesa, inglesa e italiana, servidas por sus respectivas colonias y apoyadas por las demás, luchaban contra el incendio bajo el fuego de los que huyeron ante los chilenos, y por desgracia hubo víctimas generosas.

Nada más horroroso que el siniestro cuadro que Lima ofrecía esa noche, y nada más propio para explicar y comprender las causas de la decadencia de ese pueblo, que de tiempo atrás ha estado ocultando úlceras profundas con las lujosas galas en que ha derrochado sus ingentes riquezas.

Ahí estaba Lima incendiada por sus propios hijos, no «cual nueva Sagunto para asombrar al Universo»; no para cerrar sus puertas y cavar la tumba al enemigo que venía, sino para mostrarse al mundo retorciéndose en una agonía de bacante que no inspira lástima sino indignación; ahí estaba esa ciudad que hasta la víspera lanzaba a los cuatro vientos el denuesto y la procacidad contra sus enemigos, clamando porque entraran y la salvaran de una destrucción más vilpendiosa que el

vencimiento y el perdón.

En la tarde del Lunes 17 entraron a Lima los primeros batallones chilenos, que la salvaron ocupándola, y cuya actitud digna, circunspecta y grave, obra de la disciplina y de la conciencia de su fuerza, ha debido ser uno de los más severos castigos infligidos al Perú por el Supremo Juez de las naciones. Durante dos años la prensa de Lima, así la seria como la fútil, parecía empeñada en excederse en la tarea de presentar a Chile como una horda de facinerosos, y a sus gobernantes como jefes de cuadrilla. En La Patria de Lima escribía un miembro notable del foro peruano: «No hav más que salteadores; salteadores los que vienen, y salteadores los que envían a los que vienen»; y el 17 de Enero joh crueles ironías del destino! Lima, haciéndose la desdeñosa a la manera de ciertas gentes, respiraba al fin, después de la horrenda noche, al oír la acompasada marcha y las cornetas de los batallones chilenos que la ocupaban. Los peruanos no habían encontrado aceptable el consejo del mismo flamante escritor que les dijo: «El partido que debemos tomar es el del deber: luchar hasta vencer o morir»; y no lo siguieron talvez porque estaban seguros de que no se cumpliría la profecía del mismo: «La victoria está reservada a la constancia peruana, al peruano, al desprendimiento peruano».

General era la creencia de que los vencedores harían ruidosa ostentación de su triunfo, y que el himno nacional chileno y la bandera de la estrella harían apurar al vencido las amargas heces de una derrota que carecía de esos hechos gallardos y de esos nobles esfuerzos que hacen interesante al caído y respetable la tumba de los que sucumben; pero el ejército de Chile hizo su entrada con una moderación que ponía de manifiesto la disciplina de los soldados y la sensatez de los jefes, así como sus triunfos habían atestiguado su bien dirigida bravura. Los peruanos, mal de su grado, debieron sentir la superioridad de un enemigo que después de vencerlos les devolvía la seguridad de sus hogares, sin insultarlos siquiera con la risa burlona o la mirada compasiva de los fatuos.

¡Cuán diverso habría sido este cuadro final, si los sucesos de la guerra hubieran abierto las puertas de Santiago a caudillos y periodistas que proclamaban guerra sin tregua ni cuartel, y a batallones como los que desbandados incendiaron

a Lima!

DOCUMENTOS

Lurín, punto ocupado por los chilenos, dista de Lima 33 kilómetros. La villa de Lurín, capital del distrito, tiene 908 habitantes, es reducida y de muy poco valor. Sus casas, de tristísimo aspecto, son de quincha; hay en ella una plaza y una capilla.

El caserío *Puente* con 99 habitantes, el de *Pacha* con 42 y el de *Lucuno* con 37, son muy pobres: sus pocas casas son construídas del mismo material que las de Lurín. Los tres estaban situados en el mismo vallecito que da su nombre a este

distrito (Lurín).

Las haciendas son las de San Pedro, con 427 habitantes; la de Buenavista con 99 y la de Palma con 56.

CABLEGRAMA DE IQUIQUE

Cruz de Palo (al norte de Chilca), Diciembre 24 de 1881). El 19 fondeó el *Itata* en Pisco. Las 2.ª y 3.ª divisiones estaban embarcadas. La 1.ª brigada de la 1.ª división se hallaba en Tambo Mora, marchando por tierra sobre Chilca. La 2.ª brigada de la misma regresó a Pisco por orden superior. La 1.ª brigada, al mando del coronel Lynch, lleva el regimiento de Granaderos. El regimiento de Artillería de Marina marchó también a poca distancia detrás de la 1.ª brigada de la 1.ª división.

El 20 a las 7 P. M., se pusieron en marcha 34 buques en convoy hacia Chilca. La Fresia (lancha cañonera) ha sido puesta a flote y estará pronto lista. Reventó el cañón del An-

gamos (era un famoso Krup de a 70, y de siete mil metros de alcance), al hacer un disparo sobre el Atahualpa, causando la muerte de varios.

A las 10 A. M. del 21 llegó el convoy a Chilca sin novedad; hallándose la caleta abandonada, fué tomada: un portugués era el único vecino del pueblo. El 21 solo desembarcaron 25 hombres del Bulnes, por falta de agua en tierra. El «Cochrane» (blindado) reconoció el 21 la caleta situada al Norte de Chilca, entre ésta y Lurín, cuatro millas al Norte de Chilca. El mismo día 21 llegó el Paquete del Maule a Chilca, juntándose 35 buques.

A las 4 A. M. del 22 salió todo el convoy para la caleta de Pescadores o Cruz de Palo, cuatro leguas del pueblo de Lurín, por tierra. Llegamos aquí a las 6 P. M. del 22; son tres caletas desiertas con buen desembarcadero. Sólo se avistaron vigías enemigos ocho millas al Norte, en los cerros que limitan la ribera Sur del río Lurin. Desembarcaron en Lurín el Lautaro, Esmeralda, Chillan, parte del 3.°, Buín y Cazadores de a caballo. Asegúrase en Lurín que existe un cuerpo de diez mil hombres defendiendo el agua. Los cuerpos desembarcados se pusieron en marcha a Lurín a las 4 A. M. del 23.

El 24 siguió el desembarco con algún retardo. La tropa que avanzó sobre Lurín es la 1.ª brigada de la 2.ª división, al man-

do del coronei Gana.

A las 10 A. M. del 23 llega la noticia de que la fuerza de Gana encontró un cuerpo enemigo defendiendo el río. El general Sotomayor avanzó con el 3.º de línea. Se inició un tiroteo entre las avanzadas de Gana y los enemigos, a 2,000 metros de distancia. Al avanzar nuestra fuerza, los enemigos abandonaron el bosque y se retiraron hacía Lima: eran unos mil hombres con dos ametralladoras. Nuestras tropas se apoderaron de la aguada.

Hoy 24 continúa el desembarco en Cruz de Palo.

(Tomado de La Patria de Valparaíso).

Cablegrama dirigido al Presidente de Chile, por el general Baquedano.

Curayaco, Diciembre 24 de 1880.

Señor Presidente.

Habiendo partido de Arica, como anuncié a V. E. en la tarde del 14, con la 8.ª división y una brigada de la 2.ª, llegué con parte del convoy a Pisco en la noche del 18. Aquí supe que la 1.ª división, que debía haber emprendido su marcha por tierra el día 11 para llegar a Chilca el 21 o 22 juntamente con el resto del ejército que iba por mar, solamente la 1.ª brigada, a las órdenes del coronel Lynch, había avanzado hasta Cañete el mismo día 18 estando aún la otra brigada con el general Villagrán en Tambo Mora, a una jornada de Pisco; y en consecuencia, me ví obligado a dar la orden de que esa 2.ª brigada retrocediera a Pisco para embarcarse allí oportunamente. La del coronel Lynch, con la caballería y artillería de toda la división, debía seguir avanzando por tierra.

Reembarcada en los días 19 y 20 la 1.ª brigada de la 2.ª división, salimos en la tarde del último día con rumbo a Chilca, donde llegamos a la 1 P. M. del 21. Se ocupó el resto de ese día en hacer reconocimientos de las caletas que hay al Norte de Chilca; y con 25 hombres del batallón Búlnes que

desembarcaron, los de las aguadas de ese pueblo.

El resultado de esta operación fué se acordara hacer el desembarque en la caleta Curayaco y otras adyacentes, operación que principió con toda felicidad, y sin resistencia alguna, en la mañana del 23.

Ayer a las once y media A. M. el general don Emilio Sotomayor, con una brigada de su división, se apoderó de Lurín. Doscientos hombres de infantería y ciento de caballería que se encontraban en aquel punto se retiraron al acercarse nuestras fuerzas, haciendo algunos disparos que no nos causaron ningún daño.

Hoy quedará desembarcada toda la artillería y caballería. De la brigada del coronel Lynch, se sabe que pernoctó anoche en Chilca y va en marcha para Lurín.

Los buques en que debe reembarcarse la 2.ª brigada de la

1.ª división salieron ayer para Pisco.

Nos hallamos, pues, en posesión de un punto estratégico e importantísimo, como es el río y valle de Lurín, y a dos jornadas cortas de Lima. Espero que la fortuna ha de seguir siéndonos propicia como hasta aquí.

Dios guarde a V. E.

MANUEL BAQUEDANO.

DIPLOMACIA DE AYER Y DE HOY

La palabra diplomacia deriva de una expresión griega que no es empleada por los clásicos. Cicerón la usa en el sentido de «carta de introducción». Plutarco para describir ciertos privilegios o licencias acordados por un magistrado o gobernador. En el lenguaje moderno se emplea para indicar ciertos certificados o cartas credenciales; en efecto, sabemos que el diplomático presenta sus «credenciales» al gobierno ante el cual ha sido acreditado.

El que en forma más feliz ha definido la diplomacia ha sido sin duda el tratadista francés Paul Fauchille, quien expresa: «La diplomacia es una ciencia y un arte. Como ciencia tiene por objeto el conocimiento de las relaciones jurídicas y políticas de los diversos Estados, de sus intereses respectivos, de sus tradiciones históricas, de las disposiciones contenidas en los tratados. Como arte ella tiene por objeto la gestión de los asuntos internacionales: ella implica la aptitud de ordenar, de dirigir y seguir con conocimiento de causa las negociaciones políticas».

Los términos de la anterior definición hacen suponer la existencia de un organismo que dentro de cada país dirija estas actividades y de representantes de él que en el exterior secunden esa labor; es decir, de un Ministerio de Relaciones y de un

Cuerpo Diplomático.

En la antigüedad griega y romana estos elementos no existían con las características de hoy. En Atenas la «Eclesia» dirigía tanto los asuntos exteriores como los interiores. Ella recibía los representantes de los Estados extranjeros y era la autoridad que negociaba los tratados, nombraba los funcionarios que debían tomar parte en las misiones enviadas al extranjero quienes a su regreso debían dar cuenta a este organismo del resultado de sus misiones. Thucydide nos cuenta la recepción de Atenas a la Embajada de los Mitilenos sublevados y de la anulación por la «Eclesia» del decreto de Cleón que condenaba a muerte a toda la población masculina de esa isla.

Aceptar una Embajada en tiempo de los Griegos era acto que importaba sus riesgos, pues el fracaso exponía al diplomático a un proceso público con severas penas. Estos enviados tomaban en Grecia el nombre de «presbeis» y en Roma el de «legatis». Estaban colocados durante el desempeño de sus misiones bajo la protección de los Dioses, por lo que se les rodeaba de toda clase de consideraciones. Este es sin duda el origen de las inmunidades y privilegios diplomáticos que no siempre se cumplían, como fué el caso de aquel legado de Roma que los Cartagineses encerraron en un ataud erizado de puntas de hierro y lo echaron a rodar por la pendiente de una montaña. Como se ve, los procedimientos ejecutivos no son un privilegio de nuestros tiempos.

La Iglesia Romana, fuera de sus dignatarios eclesiásticos, adoptó la costumbre de enviar misiones especiales. Así mismo la Corte Bizantina empleó en sus luchas orientales numerosos procedimientos diplomáticos. Pero es en Venecia y en el Papado donde hay que buscar los orígenes verdaderos de la Diplomacia. La Serenísima República de Venecia como una manera de obtener informaciones para su comercio organizó un

verdadero servicio diplomático.

En la Edad Media los diplomáticos eran generalmente clérigos, por ser éstos los que poseían una cultura regular y el

latín que era entonces la lengua de la diplomacia.

Ya en el siglo XV aparecen los diplomáticos laicos. Francisco I fué el primer monarca que estableció un servicio diplomático completo, difundiendo en Europa los principios puestos en práctica por los diplomáticos italianos y muy especial por Machiavello en su conocida obra «El Príncipe», inspirada

en los procedimientos de César Borgia.

El Tratado de Westfalia de 1648 que estableció el equilibrio europeo obligó a las Potencias, para vigilarse mutuamente, al mantenimiento de misiones permanentes; de aquí que se considere esta fecha por muchos autores, entre los cuales podemos citar a Wheaton y Koch, como el punto inicial de la historia diplomática. En el siglo XVII este uso se generalizó en toda Europa convirtiéndose con el tiempo en una verdadera profesión que en nuestros días ha alcanzado un alto grado de perfeccionamiento.

Era costumbre reclutar en aquella época los diplomáticos entre los eclesiásticos. En Francia, en los tiempos de Enrique

II y Francisco I, una misión comprendía al lado de un laico de alto rango, un obispo y un jurista. La Corte de España empleaba también los eclesiásticos. Estos enviados se escogían entre la alta nobleza debido a que debían formar parte de la Corte del país a donde se dirigían.

Los Embajadores llevaban con ellos jóvenes de familias nobles y que eran considerados como amigos personales del jefe

de la misión; de aquí el origen de los «attachés».

Las cualidades que debían adornar a un Embajador eran objeto de especial cuidado. Así Octavio Maggi, veneciano, escribía en 1596: «El Embajador no debe solamente ser un buen cristiano sino también un teólogo instruído; debe ser un filósofo, bien versado en Aristóteles y Platón, y capaz, en todo momento de establecer en una forma dialéctica correcta la exposición de los problemas más abstractos; debe conocer los clásicos y ser experto en matemáticas, en arquitectura, en música, en física, en Derecho Civil y Canónico. No debe solamente saber escribir y hablar el latín con un refinamiento clásico, sino así mismo ser un maestro en griego, en español, en francés, en alemán y en turco; debe tener un conocimiento profundo de la historia, de la geografía y de la ciencia de la guerra, pero no debe por esto descuidar a los poetas y no debe jamás encontrarse sin su Homero».

Bernard en el siglo XIX habla en esta forma: «Un embajador perfecto, como un orador perfecto, debería tener todas las virtudes y todas las gracias. No debería jamás ser ni muy viejo ni muy joven, ni muy pequeño ni muy grande; no tan pequeño como aquel embajador de Bolonia que el Papa Bonifacio VIII deseaba ver levantarse, creyéndolo arrodillado, cuando él ya estaba de pie, ni tan alto como aquel enviado inglés que cuando se paseaba por la ciudad se veía obligado a agacharse para mirar un negocio y a quien el comerciante cortesmente lo invitaba a descender del caballo».

En aquella época se pensaba que era conveniente para un embajador el ser joven y de buena figura, si iba a la Corte de Catalina II, y de ser capaz de tomar hasta que los nacionales estuvieran debajo de la mesa, si era nombrado en Suiza, Alemania, Polonia, Dinamarca o Rusia.

Los tiempos han cambiado; la vida moderna se ha hecho complicadísima, sobre todo en sus aspectos económico y social. De ahí que una de las nuevas tendencias de la diplomacia sea su democratización abandonando los abolengos para preferir en la selección del personal diplomático a los hombres competentes. La diplomacia debe salir de los salones para entrar de lleno en los centros en que se desenvuelve la vida econó-

mica y social de los pueblos. Sabido es el culto que a la gastronomía rendía la diplomacia antigua; una digestión placentera daba a un soberano o a un ministro un buen humor que el diplomático sabía utilizar siempre con provecho. Tayllerand al partir a la Conferencia de Londres de 1830, antes de buscar sus secretarios, escogió al mejor cocinero de París, estimando que ese era el secreto del éxito. Tayllerand triunfó ampliamente en esa reunión. ¿Qué parte tuvo el cocinero en esta jornada? Es algo que no nos dice la historia.

La creación de los agregados comerciales y las numerosas conferencias económicas internacionales son una prueba elocuente de la importancia que estos problemas han adquirido

en la vida internacional moderna.

Como consecuencia del espíritu de la diplomacia antigua las cuestiones protocolares, de cortesía, y sobre todo de precedencia, ocupaban vivamente la atención del mundo diplo-

mático siendo ellas origen de numerosos conflictos.

Como lo afirma Mr. Jules Cambon en su espiritual obra «Le Diplomate», el origen de la cortesía no es otro que el miedo. Y en este sentido no hay gente más ceremoniosa que los salvajes. Cuando dos Tuaregs se encuentran en el desierto del Sahara, al apercibirse de lejos se detienen, descienden de sus cabalgaduras, se saludan y hacen con sus lanzas y sus escudos de cuero de gacela gestos que tienen mucho de ritual. Un Tuareg que fué llevado a París a la Exposición de 1889 declaraba poco después que lo que más le había sorprendido era el espectáculo de la calle. No podía comprender que se pudiera marchar en medio de la multitud sin precauciones y sin armas.

En las ceremonias con que se recibían los delegados de Roma y en las atenciones que se les prodigaba había sin duda mucho de temor.

Esta costumbre de rodear a los enviados extranjeros de todo un aparato de cortesías se hizo una regla obligatoria con el tiempo, sobre todo después del establecimiento de las embajadas permanentes. Hoy día es un verdadero culto con sus prácticas y sus misterios y cuyos sacerdotes son los introductores de embajadores.

Antiguamente los embajadores hacían una entrada triunfal en una carroza tirada por seis caballos blancos desde los afueras de la ciudad a donde iban a esperarlo los demás em-

bajadores y autoridades.

Al poner término a su misión un embajador recibía presentes magníficos. En Francia al embajador de Venecia en su audiencia de despedida el rey le colocaba al cinto su propia espada dándole un abrazo, le regalaba su vajilla de plata y su retrato ornado de brillantes. Al cardenal de Ossat que quiso en Venecia romper con este uso se le significó que su conducta sería considerada poco menos que un insulto a la República. La Reina Isabel de Inglaterra fué famosa por sus regalos; y en cuanto al Papa, según la expresión de un antiguo autor, «no se quedaba corto en bendiciones, medallas e indulgencias».

La historia diplomática está llena de los conflictos suscitados por cuestiones protocolares, sobre todo en los Congresos Internacionales. En Westfalia los holandeses se obstinaban en ser tratados al igual de Venecia, y la Saboya al igual de Holanda y Génova; los diversos representantes se disputaban el título de Excelencia.

Para evitar dificultades en el Congreso de Carlowitz de 1699, los negociadores se encontraron en un edificio construído expresamente con cuatro puertas en los cuatro costados, de suerte que los cuatro principales miembros del Congreso pudiesen entrar al mismo tiempo a tomar colocación en la mesa, que por otra parte era redonda, para evitar las cabeceras.

En 1661 se vió en Londres, con ocasión de la entrada de un Embajador de Suecia, el séquito del Conde de Waterville, Embajador de España, querellarse con los lacayos del Conde de Estrade, Embajador de Francia; se cortaron las riendas de los carruajes, se desenvainaron las espadas, quedando el suelo sembrado de cadáveres.

Este estado de cosas hacía exclamar a Rouseau: «Se reunen de tiempo en tiempo entre nosotros especies de Dietas Generales bajo el nombre de Congreso, a donde se va solenemente de todos los Estados de Europa, para volverse igual; donde se reunen para no decir nada; donde todos los asuntos públicos se tratan en privado; donde se delibera en común si la mesa será redonda o cuadrada, si la sala tendrá más o menos puertas, si tal plenipotenciario tendrá la cara o la espalda vuelta hacia la ventana, si tal otro andará dos pulgadas más o menos en una visita, y sobre mil cuestiones de parecida importancia, discutidas inútilmente desde hace tres siglos y muy dignas seguramente de ocupar la atención de los políticos del nuestro».

De todo este ceremonial quedan solo los vestigios. Los Congresos de Viena y de Aix-La-Chapelle fijaron el orden de precedencia de los diplomáticos.

Sin embargo, la presentación de los credenciales se hace aún hoy día con cierta solemnidad ante el jefe del Estado generalmente rodeado de sus Ministros. Se cuenta el caso de un Embajador que habiendo olvidado en su hotel sus cartas credenciales, al darse cuenta de este olvido, en circunstancias que estaba ante el Soberano, sacó de su bolsillo un pliego en blanco, lo dobló cuidadosamente y lo entregó con toda gravedad al rey; la ceremonia no fué por esto menos imponente, pero al día siguiente el Embajador se apresuró a excusar su falta ante el Canciller.

Las carrozas tiradas por los seis caballos blancos han sido reemplazadas por los caballos mecánicos de los autos fiscales, y los regalos, por las condecoraciones; sistemas que como se ve son

más prácticos y menos costosos.

El alternado, o sea el orden en que aparecían mencionados los Estados en los tratados ha sido, asimismo, objeto de conflictos; todos se disputaban antes el primer lugar. Para evitar esto, hasta antes de la guerra se había establecido que en el documento que se enviaba al Estado interesado, éste aparecía en el primer lugar y el resto de las Naciones por orden alfabético. La Sociedad de las Naciones ha introducido una feliz innovación; hoy no existe sino un solo texto original el que se deposita en el Secretariado de la Sociedad de las Naciones el cual se encarga de enviar a cada interesado copias autorizadas. Así se ha terminado con las controversias a este respecto y con las maniobras de algunos Estados para aparecer mencionados antes que otros, como ha sido el caso de los Estados Unidos que debían aparecer en la letra E después de Argentina, Abisinia, etc. Como esto molestara el amor propio de dicha Nación, en un Documento reciente, se han hecho poner «América», v entre paréntesis «Estados Unidos de».

El idioma en que debían escribirse los tratados y celebrarse las Conferencias ha sido igualmente objeto de querellas. Durante largo tiempo se usó el latín, especialmente en la Edad Media; en el siglo XV y XVI el español, hasta que el poderío y gloria del reinado de Luis XIV, lo mismo que las cualidades de precisión del idioma, consagraron al francés como lengua de

la diplomacia.

Con justa razón ha podido decir Pascal que una misma idea

cambia según las palabras que la expresan.

Cuenta en la obra ya citada Mr. Jules Cambon que un día en Washington se admiraba ante un jurista eminente del estilo de las leyes inglesas cuyos textos en páginas enteras no tienen puntos ni comas y lo comparaba al estilo tan claro del Código francés. «Es necesario, respondió sonriendo el interrogado, dejarle alguna cosa a la jurisprudencia», y agrega Mr. Cambon: «Entre Naciones son los Congresos, los Arbitrajes y algunas veces las guerras los que fijan la jurisprudencia; vale más hablar claro para evitar en lo posible el dejar alguna cosa a la

interpretación de los Gobiernos». Tayllerand comprendía perfectamente la anarquía de ideas que se produce del hecho de no hablar claro cnando exclamaba: «Las frases, como los pa-

dres de familia, son capaces de todo».

No siempre las Naciones han aceptado de buen grado el predominio de una lengua. La exageración del nacionalismo produce graves perturbaciones a este respecto. Así, el Conde Osten Sacken, embajador del Czar en Berlín y que se caracterizaba por su admiración de la lengua francesa, recibió un día de la Cancillería una comunicación redactada en alemán. El respondió inmediatamente en ruso y el Ministro alemán comprendiendo la lección y de que la implantación de tal sistema podría producir el envío de comunicaciones en chino o en turco, envió inmediatamente de nuevo la nota y esta vez redactada en francés.

Después de la guerra se ha producido una especie de anarquía en este sentido. El Tratado de Versalles ha sido redactado en inglés y francés y ambos son considerados textos oficiales, lo que ha motivado ya una serie de dificultades de interpretación. Asimismo en la Sociedad de las Naciones ellos tienen un carácter oficial. El Italiano ha obtenido a este respecto ciertas prerrogativas y ya se han levantado pretensiones en el mismo sentido de parte de Alemania y España que amenazan convertir a la Sociedad de las Naciones en una nueva Babel. Se ha llegado a hablar del Esperanto como una solución transaccional. Creemos que no está lejano el día en que esta Lengua obtenga una consagración oficial.

De acuerdo con la definición que diéramos al comenzar, la diplomacia tiene por objeto principalísimo la gestión de los asuntos internacionales, es decir la negociación. Burke ha dicho que gobernar es transigir. La diplomacia tiene de parecido con el gobierno de que toda acción diplomática conduce a una negociación y quien dice negociación, a lo menos en parte, dice transacción. Y es esto precisamente lo que distingue el espíritu diplomático del espíritu jurídico; mientras que el primero es rígido e inflexible en la expresión de la justicia, el segundo se inclina a menudo ante la fuerza de los hechos y acepta situaciones en consideración a la oportunidad de ellas y a sus repercusiones lejanas. Bien es cierto que ninguna acción diplomática será duradera si no se apoya en los dictados de la justicia, pues es sabido que la verdad ofendida tarde o temprano recupera sus derechos.

No siempre han sido la sinceridad y la buena fe las directivas de la diplomacia; muy por el contrario, en épocas pasadas, eran el engaño y la perfidia las armas que solían emplear con frecuencia los diplomáticos en el desempeño de sus misiones; de aquí cierto desprestigio que los alcanza aún hoy día y que los desconceptúa ante la opinión pública.

La Bruyére traducía este sentimiento cuando expresaba:

«El Ministro o el Plenipotenciario es un camaleón, es un Proteo; sabe hablar en términos claros y formales; sabe aún mejor hablar ambiguamente, de una manera confusa, usar subterfugios o palabras equívocas que hace valer o no según las ocasiones y según sus intereses; pide poco cuando no desea dar mucho; pide mucho para obtener algo y para alcanzarlo con mayor seguridad; todos sus objetivos, todas sus máximas, todos los refinamientos de su política tienden a un sólo fin, que es el de no ser engañado y de engañar a los demás.

Gentilis, en su obra, emplea en relación al diplomático la expresión tan en boga en su época: «mentir como un médico». Y a la verdad que no le faltaba razón pues Luis XI decía a uno de sus embajadores: «Si os mienten mentidles aún más», y Machiavello en carta a Rafael Girolami, enviado de Florencia ante Carlos V, le aconsejaba que si es necesario disimular

hay que arreglarse en forma de no ser descubiertos.

Estos métodos si bien no han desaparecido del todo, por lo

menos se han modificado profundamente.

La diplomacia según la expresión de Brentano y Sorel tiene por objeto no el engañar sino el «mantener, afirmar y desarrollar las relaciones pacíficas...» Sin duda alguna la nueva diplomacia es una diplomacia de buena fe y de sinceridad. Esto nace del hecho de que en las democracias modernas los pueblos controlan el pensamiento de sus dirigentes y las masas en sus sentimientos son eminentemente sinceras y más inclinadas al bien que al mal, a los sentimientos de fraternidad que a los de odio.

Lord Clarendon, Canciller de la reina Victoria, respondiendo a alguien que le preguntaba si era necesario algún arte especial al diplomático, decía: «No, yo pienso que el solo arte especial necesario es el de ser perfectamente honesto, sincero y anhelante de marchar siempre derecho ante sí». Y Choiseul exclamaba: «La verdadera finura consiste en la verdad, dicha clamaca recesarios es el deservor receivos es estados de la verdad.

algunas veces con fuerza y siempre con gracia».

La mala fe, la ambición y el engaño encontraron en la antigüedad en la diplomacia secreta el medio de obtener sus logros inmorales. Ella dió vida al Concierto Europeo, intrigó con la Santa Alianza y fué la causa de todas las guerras que han desolado a la humanidad hasta llegar a la última hecatombe del año 14. La nueva diplomacia la ha relegado al panteón de las grandes miserias humanas. El Presidente Wilson en su discurso llamado de los Catorce puntos se hizo el portavoz de este anhelo que ha sido consagrado en el artículo 18 del Pacto de la Sociedad de las Naciones que exige la publicación y registro de los tratados. Se ha obtenido en esta forma lo que podría llamarse el control democrático de la diplomacia sancionado por el juicio severo de la opinión pública. Diplomacia abierta no quiere decir diplomacia de plaza pública; las turbulencias de la calle no se avienen con el ambiente sereno que es el que conviene a la gestión de los negocios internacionales y por consiguiente hay que tener un especial cuidado en evitar en este sentido las exageraciones.

La feliz innovación introducida después de la guerra de la negociación directa de los Cancilleres es una manera de ejercitar el control popular por medio del Parlamento. Por otra parte los leaders de las mayorías parlamentarias están más atentos e interpretan mejor los sentimientos populares que los soberanos, quienes hasta ahora han tenido el manejo casi exclusivo de las relaciones exteriores. Las Conferencias de Génova, de Londres, de Locarno y las últimas conversaciones de Thoiry son una prueba elocuente de este aserto.

Si hubiéramos de resumir en una sola expresión la directiva que deberá seguir la diplomacia del porvenir, diríamos con Murray Butler que es el espíritu internacional de justicia y buena vo-

luntad el que deberá presidir sus destinos.

La diplomacia no ha hecho su época; pensamos con el Duque de Broglie que la diplomacia es lo que la civilización ha imaginado de mejor para impedir que la fuerza presida sola las relaciones internacionales.

La mujer ha tenido una participación descollante en la diplomacia; ella ha sido siempre la colaboradora eficaz de los jefes de misión; en la época galante ella puso en los salones una nota de arte y de belleza; la malicia femenina adivinó peligros y obtuvo muchas veces triunfos que no logró el más destaca-

do talento diplomático.

En nuestra época de grandes convulsiones sociales y de renovación de valores ella se ha redimido de su esclavitud dorada y comienza a tomar una participación efectiva en el mundo de la diplomacia. El cable nos ha traído últimamente la noticia de que el Soviet ha nombrado su primera embajadora: Mme. Kolontaf. Es halagador hacer notar de que fué un país sud-americano, el Uruguay el que primero entró por este camino en 1912, nombrando a la Doctora en Derecho señorita Clotilde Luisi para la Legación en Bruselas. Suecia y Bulgaria imitaron poco después este ejemplo.

Sin duda el ideal de paz habrá dado un gran paso el día que la diplomacia abra francamente sus puertas a la mujer. ¡El corazón de una madre no se inclinará con ánimo ligero a sentimientos de violencia! Y conociendo como conocemos las altas virtudes femeninas podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, de que en el orden internacional la mujer se nos presenta como la gran reserva del porvenir.

Santiago, 12 de Noviembre de 1926.

ENRIQUE J. GAJARDO VILLARROEL.

FRUTO PROHIBIDO

(A Daniel Vial Carvallo)

"La Providencia me ha colocado innumerables veces cerca de la fortuna, de la ocasión, del deleite supremo, de lo ilicito; sin embargo, entre mis dedos sólo se ha enredado un poco de emoción, de esperanza y de tristeza".

J. B.

Tenía 15 años Laurencio Figueroa cuando entró a mi servicio.

Ensillaba el caballo en la mañana antes de que el sol saliera, rodeaba en él las vacas y las llevaba al potrero, después de ordeñarlas. Los demás quehaceres de la casa, barrer, partir la leña, y hacer los quesillos, le resultaban tarde, mal y nunca.

En la casa era un muchacho alto, flacucho, de cara macilenta y de movimiento desganado; pero cuando yo le decía: «Mañana iremos al cerro a ver la crianza, que los caballos estén listos antes de las cuatro», los ojos pardos y amables de Laurencio refulgían, sus nervios se ponían tensos, su talle cobraba cierto donaire y flexibilidad y su cariño y estimación por mí acrecían.

A caballo, Laurencio era la estatua ecuestre de San Martín. Entre sus piernas largas y aceradas los caballos más gruesos quedaban perfectamente embutidos, su talle y espalda, modelados ya por el prematuro manejo del hacha, formaban un solo cuerpo con los lomos más esquivos.

El padre de Laurencio había sido amansador. Esta ascendencia debía tener en Laurencio fuerza fatal de ley. Así lo comprendí yo el día que llegó a mi casa y me dijo su padre, el

viejo Figueroa, desde su caballo.

—El chiquillo es bueno, mejor en el campo que en la casa,

mejor a caballo que en el suelo, pero es bueno.

Al viejo Figueroa le llamaban «El chuncho», no porque tuviera los hombros subidos ni la mirada fija, sino porque nadie lo vió jamás en otra forma que suspendido entre el cielo y la tierra sobre su caballo.

Laurencio había heredado de su padre esta genialidad y por eso pocas veces se desmontaba cuando salía los días de fiestas a

dar una vuelta por los ranchos.

Cruzado el caballo sobre el varón de la casa de Rosa,—en El Ranchillo, así le decían,—con una pierna en la cabecilla de la montura, Laurencio se hacía servir el rosado chacolí de la zona mientras se armaba la topeadura de casi todos los Domingos.

El chacolí y los ojos verdes de Rosa solían hacerle efecto. Se erguía entonces sobre el caballo y en brusco movimiento y sin decir «agua va» partía como una exhalación a «revolver» el caballo» «escaramuseándolo» en tal forma que al cabo de un minuto la casa de Rosa quedaba envuelta en una espesa nube de tierra.

La gente de la casa salía a presenciar el acto y mientras estallaban los aplausos y «chivateo» Laurencio estrechaba los círculos y las «revueltas» «hasta rayar el suelo con los estribos» y «barrer el suelo con la cola».

Las plateadas espuelas caían sobre las infladas costillas del famoso «Tordo» «en rij raj» sonoro, violento y descompasado, sin que su cola se moviera en señal de protesta, sin violentar mucho el natural «hijadeo», como quien ha perdido su perso-

nalidad al entregarla toda entera a su amo y señor.

Terminada la escaramusa, otro trago de chacolí, mirando a Rosa a través del vaso, una revuelta brusca sobre las patas del «Tordo» y a la casa, en desenfrenada carrera, para llegar a la hora de la comida y acostarse después a dormir, soñando con la Rosa, con el «Tordo», con los grandes «rodeos» y «correteadas» que se le esperaban, con los viajes al cerro o a la cordillera, en que su lazo certero caía a cada rato sobre los toros salvajes o potrancas chúcaras al borde de los barrancos profundos...

Durante los cinco años que estuvo Laurencio a mi servicio el programa de su vida no tuvo otras variaciones importantes.

Es así la vida cordillerana. En el invierno corre la vida alrededor del brasero familiar, en la primavera y en el verano bordea las quebradas o remonta el cerro y los ríos. El ronquido de una tetera o de un mate que se agota, el tintineo de una cuerda de guitarra, el grito implorante de los vaqueros mezclado al ladrido autoritario de los perros, apenas tienen eco en ese ambiente de nirvana y panteísmo que envuelve a la montaña. Se puede vivir muchos años en el sosiego de esta clase de vida sin que hastíe ni haga desear otra mejor.

Es por eso que en parajes como El Peñón, casi todos los hombres son más filósofos que poetas. Las rivalidades humanas se emparejan en la paz y bienestar del que no desea otra cosa que vivir, del que no desea oponer ninguna resistencia a la suave sucesión de las cosas naturales y sordas a la civilización. No existe sobresalto en las almas montañesas. Se ama con la fuerza del instinto, no con el impulso ciego del sentimiento o de la pasión. Dentro del corazón campesino las tempestades duran poco y cuando suelen estallar, siempre terminan con la muerte. El cuchillo de cada montañés hace su justicia absoluta de tarde en tarde y ésta jamás podrá ser reemplazada por la justicia simbolizada por un ridículo juez automático hipnotizado por la letra de los Códigos.

Por eso en la montaña la muerte no deja rastro.

Si dos hombres se disputan el cariño de una mujer muere generalmente el más débil, es decir, el que menos era amado por la mujer, y la justicia está hecha...Si riñen para medir sus fuerzas, muere siempre el menos fuerte y entonces la selección de la raza se realiza en condiciones superiores: al fin todos son fuertes.

Y esta fuerza la reclama la naturaleza. El roble es demasiado corpulento para que luche con él un hombre débil, el litre tiene músculos capaces de resistir la mordedura del hacha más afilada, los troncos y los peñascos están demasiado adheridos a la tierra para que manos débiles pudieran desenterrarlos; los surcos son demasiado profundos y prolíficos para que una mano que no sea incansable pueda extraer de ellos los frutos inagotables y macizos; las entrañas de las madres son moldes cincelados en acero de las cuales la figura del hombre surge recia y uniforme en serie infinita de estatuas apolíneas...

El alma de Laurencio tenía la estabilidad de todas estas cosas y parecía no alarmarse jamás por nada. Sólo la humilde y agradable fígura de Rosa Beltrán era capaz de hacer que en sus ojos se notara cierto fulgor y que sus fuerzas hercúleas se emplearan inútilmente en hacer del «Tordo», del famoso «Tordo», no un caballo «revuelto» solamente, sino un despertador sonando a toda cuerda.

Pero un buen día al bajar del cerro, nuestra conversación, después de haber recorrido algunas historias de amor que yo

solía repetirle a Laurencio para removerle un poco la impavidez de su alma de cántaro, me interrumpió, suspirando:

-¡Ay! señor, quién pudiera querer como ese caballero! Se

refería al amante de Manon Lescaut.

-¿Y tú, Laurencio, le pregunté, cómo amas a Rosa?

—Yo, señor, contestó, cuando me siento al lado de ella, a la sombra de un boldo o de una patagua y me la quedo mirando, siento que me duelen todos los huesos y me dan unas ganas de llorar y de que ella llore conmigo...

-¿Y desde cuándo es tuya la Rosa? le pregunté maliciosa-

mente.

—Desde el primer día, desde que mi padre se la pidió a mi padrino y se la llevó a la casa y estuvo ayudando a los quehaceres como tres años. Dormíamos en la misma pieza porque no había otra, íbamos siempre juntos a limpiar la chacra y a buscar la leña... Pero ahora es otra cosa, la Rosa está hecha una mujer y yo un hombre, las chiquilladas han cesado porque en lo mejor resultamos casados sin querer...

—¿Y por qué no se casan?

—Si Ud., señor, hablara con mi padre y con el de Rosa.

—¿Y por qué nó?...

Un largo silencio, durante el cual se oía el monótono golpeteo de los cascos de nuestros caballos, interrumpió nuestro diálogo. Mi imaginación recorrió parajes encantados y románticas horas semejantes a las pasadas por Laurencio y Rosa. Una aureola de juventud y de vida nos envolvía al bajar la última ladera, alumbrados por el postrer rayo del sol.

Laurencio no despegó los labios hasta que, al abrir la última «puerta de trancas», asomándose por debajo de la primera va-

ra, se atrevió a advertirme.

—Que no se quede todo en proyectos, pues, patrón...

A la vuelta de dos meses se realizó el matrimonio. Fuí yo el padrino.

La novia en mi caballo «Regalón». Laurencio en su «Tordo». Los demás, que eran veinte, en los mejores caballos de la hacienda luciendo sus chamantos domingueros y sus polleras más floreadas, nos largamos en grupos desiguales por el camino del Guaico en demanda de la parroquia de Villa Alegre y de los clásicos latines con que el señor Luquín, cura recién llegado de Navarra, haría bajar de lo alto la bendición divina sobre Laurencio y Rosa.

Era en los últimos días de Septiembre, cuando el campo empieza a verdear en tonos luminosos y la noche a acortar, cuando el río baja un poco el tono de su voz estridente, cuando el camino se cubre de escrituras egipciacas que los ganados imprimen durante la primavera y el verano y que el invierno borra, cuando los amores enclaustrados en cada rancho durante el invierno se asoman al barranco del río y al mirarse en el espejo del agua aparecen sonrientes y azules y se disponen a remedar a las flores exhalando perfumes. Era en esos días primaverales en que debieron tener lugar todas las epopeyas de la humanidad y en que se hicieron carne los románticos sueños de los amantes de todos los siglos...

La ceremonia fué sencillísima en la pequeña parroquia de Vi-

lla Alegre.

Sin aspavientos ni artificios, en medio de la fúnebre seriedad de los circunstantes, avanzaron los novios al altar, al final de la misa dominguera.

El, alto y fornido, equilibrándose en los tacos inverosímiles

de sus zapatos de montar y calzar espuelas.

Ella, mediana, de talle frágil, con sus ojos verdes e impávidos en el óvalo perfecto de su cara morena; vestida de negro y con una rosa blanca en el moño acaramelado. Llevaba la cabeza inclinada como la vaca que se allega a la estaca después de enlazada. Su personita simpática y agradable trashumaba cierta voluptuosidad dócil a la mirada y vulnerable al halago.

Los demás, eran los de siempre: hombres de palo, de movimientos tardíos, con piernas y brazos que parecen troncos de espino y que en el momento de alzar, de arrodillarse y perder la estabilidad pendiente de los altos tacones, suenan en las ta-

blas de la capilla como pesados fardos de leña.

El párroco, el señor Luquín, representante de Dios en Villa Alegre, estaba en su día. En el momento de atar con nudo indisoluble a los jóvenes contratantes, su cara de ternero de año estaba inundada por una sonrisa primaveral y su voz terneril cobraba un tono dulzón de gaita gallega. Añoraba quizás la casa paterna en Navarra, asistía con el recuerdo al matrimonio de su hermana Encarna que fué la única que contrajo, entre los ocho que con él formaban la familia; las demás eran monjas.

La ceremonia terminó como había empezado, sin aspavientos ni artificios. Concluídos los latines, el señor Luquín cruzó los brazos y, ampliando la sonrisa y viendo que nadie se movía de su sitio, paseó una mirada interrogante por la concu-

rrencia y dijo en tono de broma:

—Ahora, a casita; y a criar hijos para Dios.

Salió la piñada desganadamente de la capilla en busca de los caballos y después de arremolinarse un poco en la plazuela de la parroquia, iniciamos la vuelta al Peñón que fué la de todos los novios de esos lugares; se hace un aro en cada casa

del camino y en algunas un poco de baile y broma, se sale de Villa Alegre con la cabeza despejada y se llega al anochecer a casa de la novia con la cabeza rota y el corazón temerario. El alcohol es así. En los cuerpos sanos, en las almas impávidas de los montañeses se transforma en un dinamo de alta potencia capaz de convertir el alma de oveja de un campe-

sino en un potrón corcobeando cuesta abajo.

La casa de Rosa estaba situada en el fondo de una quebrada perdida entre los boldos y a la orilla de un torrente que se despeñaba dando tumbos desde la cumbre de un cerro bastante elevado. Era tan pintoresca la casita de Rosa y tan conocida en el lugar como una maravilla artística que, con ser como era, le dió nombre al camino que la unía a la calle pública de El Guaico y todos le decían El Ranchillo con la familiaridad con que el pueblo español le dice Giralda a la Giralda y Escorial al Escorial.

El camino de El Ranchillo era una especie de socavón hecho de enredaderas y quilas, húmedo, sombreado y oloroso. Las madreselvas, el romerillo, los boldos y arrayanes, lo perfumaban con una esencia cosmopolita y enervante que se infiltraba en el cerebro, saturándolo de voluptuosidad y de deseo como si fuera el ambiente de esas alcobas desordenadas

y recién abandonadas por nuestras dueñas.

Esa noche el camino estaba alumbrado por los escasos rayos de luna que se filtraban a través del espeso ramaje. La
cabalgata al penetrar apelotonada al camino de El Ranchillo,
era una masa informe y rugente, animada por un impulso brutal y ciego hacia la apoteosis de un entusiasmo que sólo puede tener término cuando el alcohol momifica como fetos en
conserva todos los movimientos físicos, todas las pasiones
exaltadas hasta el delirio, todos los gestos carnavalescos de
una borrachera zarandeada en diez leguas, ida y vuelta, de
galopar y golpearse a caballazos para que la pócima alcohólica ingerida inunde a costa de ser batida, el último resquicio
en que el alma campesina trata de esconderse para no quedar
momificada en la inconciencia.

El camino remata frente al rancho de Rosa en una plazoleta cuyo único monumento es un peral gigante de edad inave-

riguable.

Una fogata inmensa iluminaba esa noche el maravilloso escenario. El fuego mezclado a la luz de la luna teñía con una llamarada amarillenta el primoroso encaje del emparrado que sirve de cortina al amplio corredor de El Ranchillo. El peral parecía una cascada pirotécnica de pequeñas monedas de oro viejo que amenazaba derrumbarse sobre una pipa de cincuenta

arrobas allegada al tronco y suspendida sobre dos caballos de madera y que parecía sacar la lengua socarronamente al largar a cada rato el chorro de espumante chacolí.

Dos muchachos sostenían en un asador de boldo todo el costillar de una ternera y lo daban vuelta para no perder el jugo. Dos mujeres y un viejo rasgueaban una cueca en arpa y guitarra y una pareja de bailarines hacía tremolar los pañuelos al compás marcado del "zapateo" clásico.

Sillas no había otras que las que ocupaban las "cantoras", los demás circunstantes o se tendían o se sentaban en el suelo a esperar que el asador se colocara frente a ellos de punta a la tierra para sacar una lonja, a la usanza cuyana, con el propio cuchillo.

Luego que los de a caballo pusimos pié en tierra, las parejas de bailarines rodearon la fogata y el vaso enorme en cada aro era vaciado en dos segundos. Las niñas mojaban los labios monjilmente. Los hombres al decir ¡ciego! lo daban vuelta boca abajo con el desprecio de quien se divierte para quedar largo a largo cuando le toque.

La novia estaba en su noche: todos le ofrecían el vaso para beber con ella, pero nadie se atrevía a "sacarla a bailar". Pero luego me llegó el turno de ofrecerle un trago. Hubo expectación cuando me acerqué a ella y en la cara maliciosa de los más próximos a mí noté que algo tramaban en mi contra.

¡Aro, aro!—gritaron todos. ¡La primera es del patrón! ¡Vivan

los novios! ¡Cancha!, ¡Cancha!

Echándome el sombrero al ojo le ofrecí el brazo a Rosa y estalló el palmoteo y gritería más colosales que jamás hayan animado una cueca en Chile.

Las demás parejas se agruparon a un lado para despejarnos la cancha y Rosa y yo quedamos parados frente a frente esperando el canto.

Los ayes volaron barranco adentro por entre cien manos que palmoteaban en ronca sonajera y mis espuelas en tintineo alegre y liviano seguían el clásico compás que tiene de la jota española y del pericón argentino, pero que es cosa muy distinta en cuanto significado artístico. En la jota y el pericón la gimnasia y plasticidad priman por sobre la malicia inherente a toda danza; en la cueca todo es malicia. De tal modo que el respeto y delicadeza que una novia como Rosa, sencilla y buena como el agua, podía inspirarme artísticamente, se diluyó entre los vaivenes de la cueca y el palmoteo y luego quedé convertido en uno de tantos saltimbanquis, (orador, cómico, bailarín) que hacen lo que pueden por provocar un aplauso y que en la mayoría de los casos lo consiguen a poca costa...

Treinta y tres piés de cueca nos obligaron a bailar. Manta,

sombrero, espuelas, botas, chaqueta, fueron volando a medida que las exigencias arreciaban. Cada pié era anunciado en voz alta por todos los circunstantes. Uno, dos, hasta treinta y tres, con sus respectivos aros que significan un trago obligatorio y casi siempre largo.

"Ya la cueca se acabó

¡Ay! sí sí,

pregunteselo a los piés

jay! no, no,

Si no me engaño en la cueca

jay! sí, sí,

Con este son treinta y tres.

¡ay! no, no".

Con la cabeza bamboleante y la inconciencia que produce el mareo, quedé tendido largo a largo cerca de la fogata. Mis labios balbucearon un «¡ay! no, no», y me quedé dormido profundamente.

Lo que pasó durante mi sueño bien puede imaginárselo cualquier huaso chileno... Todos fueron cayendo a la orilla del fuego hasta formar un corrillo de roncadores que entre ronquido y ronquido canturreaban o rebusnaban alguna versaina o pedían «más trago».

Cuando desperté, las diucas madrugadoras empezaban a in-

terrogarse sobre sus simplicidades domésticas.

La fogata se había apagado.

En el borde del corredor, bajo el encaje del emparrado, Laurencio y Rosa con los codos apoyados en las rodillas me observaban maliciosamente.

-¿Y Uds., les dije, todavía no se han recogido?

—No, patrón, me contestó Laurencio, como avergonzado, por si acaso algunos quisieran «seguirla».

Me quedé mirando a Rosa con compasión y en son de des-

pedida les dije:

—¡Qué linda está tu Rosa, Laurencio, guárdala como reliquia y quiérela mucho!

—¿Tan linda la encuentra, patrón? Aquí la tiene. Colóquesela en el ojal.

Y la empujó hacia mí bruscamente.

Miré a Laurencio sorprendido y al medir el abismo de su enorme ignorancia, le di una palmada cariñosa en la mejilla a la mansa muchacha, volví las espaldas en silencio y me encaminé a buscar mi caballo para alejarme de El Ranchillo por el obscuro camino de quilas alumbrado apenas por la aurora, contemplando a la vez distraídamente el cuadro más hermoso de que ha formado parte en mi vida...

Luz tenue de aurora envolvía el paisaje. Orquestas de pájaros entonaban un himno magnífico de amor en la enramada.

El frenesí contenido de los que no debemos saciar nuestra sed en los frutos prohibidos sino en la contemplación ascética de ellos, golpeaba en mi corazón hasta romperlo, al compás de la marcha desganada de mi caballo trasnochado.

Y detrás de mí, a lo largo del socavón de boldos y quilas, hilos invisibles como los de la tela de la araña pegados a mi espalda y pendientes de los dedos de Rosa, iban alargándose, alargándose hasta cortarse, al caer pesadamente yo y mi caballo desde el obscuro y estrecho camino de El Ranchillo al camino ancho y público del Guaico...

Me pareció que la cara del sol, al divisarme desde la cumbre, se sonreía maliciosamente, como un buen padre que observa desde el postigo entornado la llegada del hijo, al amanecer.

JUAN BARROS.

LOS PRESUPUESTOS NACIONALES Y LAS OBRAS PUBLICAS

(1920-1925)

Trabajo presentado a la Convención Nacional de Contribuyentes.

Dos serán los temas que preferentemente preocuparán la atención de los distinguidos miembros de la Convención Nacional de Contribuyentes, llamada a sesionar en Valparaíso los días 25, 26 y 27 de este mes:

1.º Los excesos de contribuciones que hoy pesan sobre las industrias y el comercio, o si se quiere su desproporcional distribución entre los diversos órganos productivos del país; y

2.º El mal uso que el Estado viene haciendo de las ingentes sumas que por tales capítulos percibe, ya que desgraciadamente es un hecho indiscutido que desde hace años casi el total de los Presupuestos de Gastos Públicos se viene consumiendo en sueldos, jubilaciones, servicio de la deuda estadual y en otros ítems que en poco contribuyen al progreso de la República.

Días atrás, por ejemplo, un prestigioso Senador, don Joaquín Echenique, que se ha especializado por su labor fiscalizadora en pro de la buena inversión de los dineros del Estado, dijo desde las columnas de un diario de la capital, sin que hasta ahora nadie lo haya contradicho, que sobre un total de 830 millones de pesos en que generosamente se calculaban las entradas fiscales de 1927, se destinarían 720 millones o sea el 87%, a los tres primeros items expresados (sueldos, jubilaciones y servicio de la deuda) restando apenas 110 millones, o sea el 13%, para atender las construcciones y reparaciones de las obras públicas, arrendamientos, vestuario del Ejército y Armada, etc., y de-

más gastos generales que constituyen obligaciones muy serias e

indispensables en la vida y prosperidad nacionales.

Este ilógico y perjudicial reparto, retardatorio de todo progreso, me indujo a profundizar un poco la materia y a indagar qué cuota del Presupuesto Nacional se ha invertido desde 1920 hasta el presente en obras públicas reproductivas, que son las que más influencias tienen en nuestra prosperidad y he llegado con ello a resultados bastante tristes de expresar; pero que conviene dar a conocer.

La estadística nos dice desde luego, que en los últimos seis años los gastos fiscales han sumado 3,500 millones de pesos, de los cuales las obras públicas propiamente dichas, sólo han consumido 357 millones, o sea un promedio de 10.2%, como

queda de manifiesto en el siguiente cuadro:

Año	Gastos Generales	Obras Públicas	Proporción
1920	\$ 320 mill.	\$ 25 mill.	7.8%
1921	515	65	12.6
1922	545	56	10.2
1923	600	75	12.5
1924	680	69	10.1
1925	840	67	7.9
Тотац	\$ 3,500 mill.	\$ 357 mill.	10.2%

El detalle de las inversiones de 1925 expresado en millones de pesos, se puede descomponer así:

Obras de puerto	\$ 39.1 millones
Puentes y caminos	18.6
Agua potable y saneamiento	0.3
Edificios	2.0
Ferrocarriles	2.5
Varios	4.5
Total	\$ 67 millones

En esta suma están comprendidos todos los gastos de inspección, como asimismo los sueldos del personal de la Dirección de Obras Públicas, que es bastante bien remunerado.

Descontando lo anterior queda pues un saldo líquido quizás no superior a 60 millones de pesos.

En conformidad al anterior detalle, las obras públicas han significado, como se ha dicho, una inversión total de 357 millones de pesos, o sea un promedio de 10.2% de los gastos efectivos de la Nación; dato que se deprime considerablemente si se entra al análisis de cada uno de sus componentes, como paso a demostrarlo, en forma sumaria.

Si se analizan las diversas obras públicas que hayan significado inversiones de fondos nacionales en los últimos seis años, se las puede clasificar en seis renglones y la cuota de gastos que ellas han representado con respecto al promedio anotado

en el cuadro anterior, puede a su vez ser detallado así:

Obras de puerto	57.1%
Caminos	17.5
Agua potable	3.2
Puentes	2.9
Edificios	2.1
Ferrocarriles	1.4
Construcciones diversas	15.8
Total	100%

Analizando cada uno de estos *ítems* vemos que casi todos ellos han sido atendidos nó por las entradas ordinarias y comunes de la Nación, sino por el producido de empréstitos especiales, por la emisión de bonos extraordinarios o por la aplicación de impuestos ad-hoc. Los ferrocarriles son quizás las únicas obras que se han estado construyendo con dineros propios de las rentas ordinarias del país.

Hagamos aunque sea sucintamente, este análisis:

1.° Las obras de puerto (que por una anomalía inexplicable dependen en su construcción del Ministerio de Hacienda en vez de ser controladas por la Dirección de Obras Públicas) que desde hace bastantes años vienen significando la inversión de cientos de millones de pesos, se traducen en el cuadro anterior con el 57% de la inversión media efectuada por el Estado, durante los últimos seis años; pero sabido es que todos los trabajos que se están efectuando en Antofagasta, San Antonio, Valparaíso, Constitución, Talcahuano y Valdivia, se cargan a empréstitos externos contratados expresamente con tal objeto, y si por algún abuso, el Gobierno ha dispuesto en otras cosas de esos dineros, ha debido recurrir nuevamente al Congreso en demanda de la contratación de sumas suplementarias para atender a las necesidades portuarias. Lo anterior consta, por ejemplo, en los detalles de inversión con-

sultados en el empréstito por 70 millones de dólares contratado días atrás.

- 2.° Viene en seguida el ítem destinado a la construcción de caminos, que representa un 18% del promedio invertido; pero no debe olvidarse que los fondos destinados a la ejecución de estas vías de movilización son erogados en su mayor parte, por contribuciones extraordinarias a los particulares y los Municipios que, según lo expresa la ley de 5 de Marzo de 1920, no deben confundirse con las entradas generales de la Nación y hasta depositarse en cuenta especial, en un Banco, a fin de que los sobrantes de un año, si los hubiere, no ingresen a arcas fiscales. Sin embargo, el Estado, atropellando estas disposiciones terminantes, se ha incautado en los últimos años, para invertirlos en otros servicios, no menos de 15 millones de pesos que en los propios momentos en que escribo, se prepara a devolver.
- 3.° Si de ahí pasamos a la construcción de obras de agua potable, saneamiento, puentes y edificios, que significan la inversión de un 8% del promedio anotado más atrás, vemos que pasa, con algunas variantes, algo similar de lo expresado.

Para las dos primeras (agua potable y saneamiento) se contrató hará unos 10 a 15 años un empréstito especial, que ignoro si se halla ya agotado, pues en esa ley se establecen servicios y gastos especiales para múltiples ciudades de la República.

Para la construcción de puentes, según lo expresa el Decreto-Ley 367 de 18 de Marzo de 1925, se han creado contribuciones especiales, del todo similares a las que se cobran para los caminos y que gravitan extraordinariamente sobre las propiedades rústicas y urbanas de la República y las Tesorerías Municipales.

Y lo propio pasa, por último, en lo referente a edificios, ya que los principales de ellos ejecutados en los seis años que estamos contemplando, como ser las escuelas-palacios, la Biblioteca Nacional, etc., se han estado construyendo con dineros también de empréstitos extras, contratados con anterioridad al año 1920.

4.º Por otra parte, si consideramos el *item* de 16% relativo a obras diversas, vemos que gran parte de él se refiere a la construcción de canales de regadío y todos sabemos que esos trabajos los está pagando hasta ahora el Estado con bonos que emite y que a la terminación de las obras, deben los terratenientes reembolsar al Fisco, sin siquiera el descuento de intereses... La cancelación de esos bonos, que ya suma muchas decenas de millones de pesos, se contempla ade-

más, en el empréstito de 70 millones de dólares a que he hecho referencia más atrás.

5°. De manera que, tal como lo hemos dicho, la construcción de ferrocarriles, que apenas si significa una inversión del 1.4 por ciento del promedio a que he hecho referencia, es lo único que propiamente se realiza y paga con las entradas ordinarias de la Nación.

—Y cuánto se ha gastado en estas obras de tanta significa-

ción y necesidad pública?

—Una miseria. Menos de 50 millones de pesos en un total de 3,500 millones invertidos suntuaria y pomposamente en otra clase de atenciones.

Bueno es conocer el detalle de esta aseveración.

Desde hace 15 años, o si se quiere desde el comienzo de la guerra europea, la construcción de ferrocarriles se ha descuidado entre nosotros en forma casi absoluta, como que las dos últimas Administraciones, las de los Excmos señores Sanfuentes y Alessandri, prácticamente se han limitado a terminar líneas en trabajo, sin acometer nuevas obras.

Pero si nos referimos, como lo hemos estado haciendo, a los seis últimos años, vemos que los únicos ferrocarriles en trabajo han sido los de Iquique a Pintados, Pedegua a Petorca, Paine a Talagante, Larraín Alcalde a Pichilemu, Los Angeles a Santa Bárbara, Púa a Traiguén y Freire a Cunco, de los cuales se han terminado al rededor de 100 Kms.

15 Kms. por año!..

A fin de conocer las inversiones anuales que ha demandado la construcción de estas líneas, he podido contar con datos oficiales, según los cuales ellas suman, como se ha dicho, una cantidad inferior a 50 millones de pesos moneda corriente de 6 peniques por peso, como consta del siguiente detalle:

AÑO	Moneda Corriente	Gro de 18 d.	Estudios m/e
1920	\$ 1.324,000	\$ 40,000	\$ 145,000
1921	5.676,000	2.754,000	130,000
1922	6.761,000	2.340,000	64,000
1923	4.450,000	850,000	71,000
1924	5.676,000	1.650,000	30,000
1925	2.143,000	90,000	90,000
Тотац	\$ 26.130,000	\$ 7.724,000	\$ 530,000

Que reducidos a moneda legal o corriente de 6 d por peso, nos da un total de \$ 49.8 millones, sobre 3,500 millones invertidos en igual número de años en los demás servicios públicos...

Comentando estas materias en cierta ocasión, alguien ha hecho referencia a los 53 millones de pesos invertidos no hace mucho en la electrificación de la Primera Zona de los Ferrocarriles del Estado; pero en ello, evidentemente no hay razón alguna a sumarlos con la cifra dada más atrás, por tratarse de dineros no involucrados en los Presupuestos Nacionales que he venido contemplando, ya que es sabido que esas obras se han realizado con fondos propios de la Empresa, obtenidos por empréstitos especiales, cuyos intereses y amortización son servidos por las finanzas de ella.

Los Ferrocarriles del Estado constituyen, como se sabe, una Empresa autónoma del Fisco, y tienen un Presupuesto distinto

del de la Nación.

En este análisis sólo se han contemplado los años de 1920 a 1925 inclusives; pero los resultados no se alteran prácticamente si se considera el año en curso, ya que es sabido que la construcción de ferrocarriles está punto menos que paralizada. En el Presupuesto de 1927 que acaba de enviar el Gobierno al Congreso no se consulta dinero alguno con tal objeto.

Lo anterior nos manifiesta que en el momento actual vivimos en materias de obras públicas reproductivas en un completo o punible abandono y en especial en lo referente a vías de comunicación. Todos o casi todos los millones que se presupuestan anualmente para caminos, por ejemplo, se invierten en meros remiendos, en tapar hoyos, sin que exista un plan metódico y bien combinado, y el costo de la única obra de carácter definitiva, de concreto, en actual construcción o sea la carretera de Valparaíso a Casablanca, se cargará, como se sabe, al producido del reciente empréstito.

En cuanto a la construcción de ferrocarriles se la tiene del todo paralizada, a pesar del clamor público, que se contenta

con una frase hasta cierto punto estereotipada:

-No hay fondos. Las finanzas del Estado están en crisis.

Muy cierta será esta cruel afirmación; pero estimo necesario que de alguna manera se arbitren medios que permitan al Estado, completar su red ferroviaria y a las industrias, que simplifiquen sus acarreos, sobre todo en las provincias de Cautín al sur, que sólo recién empiezan a desarrollar sus explotaciones agrícolas-fabriles.

Efectivamente y como en otras ocasiones ya lo he dicho, esta red está todavía incompleta y es necesario ampliarla.

De Santiago a Puerto Montt, por ejemplo, el ferrocarril lon-

gitudinal tiene un desarrollo de 1080 Kms. susceptible de dividirse así:

Santiago-Temuco693 Kms.

Temuco-Puerto Montt...387

Y si analizamos el conjunto, vemos que el primer tramo, el que finaliza en Temuco, cuenta con 20 líneas trasversales, que suman 1,500 Kms. y en cambio el segundo, el que remata en Puerto Montt, sólo cuenta con dos ramales (los de Freire a Cunco y de Antilhue a Valdivia) que apenas si suman 75 Kms...

Es indispensable pues completarlo, dotándolo de nuevas vías de acarreo, y a ello precisamente conduce la petición reiterada que vienen haciendo las poblaciones sureñas, al solicitar año tras año, que se construya cuanto antes los ferrocarriles de Loncoche a Villarrica, Cocule a los lagos Ranco y Puyehue,

Río Negro a Maullín, etc.

Sólo el incremento del monto de las futuras contribuciones territoriales, llamado a producir automáticamente esas obras, compensaría del todo al Estado los sacrificios que estas o bras le significarían, ya que es fácil colegir y probar que una Comuna valorada hoy en cien, para los efectos del pago de los impuestos territoriales, pasaría a valer quinientos antes de cinco años, por el solo hecho de mejorar su sistema de vialidad.

Todo sería, pues, cuestión de bien selectar las obras a rea-

lizar.

Por lo demás, sabido es que los terratenientes cuando ven que los dineros fiscales se invierten honradamente y en obras de progreso efectivo, no sólo no se quejan, sino que satisfacen hasta con agrado las cargas legítimas que el régimen contributivo les impone, y si el Estado no estuviese en situación de iniciar estos trabajos, sería indispensable, a mi juicio, arbitrar medios para que los acometa en cualquier forma, el capital particular.

Ing. Santiago Marín Vicuña.

ISAIAS GAMBOA

Este noble poeta colombiano nació en Cali, cuna de Jorge Isaacs, en 1872.

De espíritu soñador y aventurero, y profundamente romántico, no se avenía con el ambiente lugareño, estrecho y falto de libertad de su pueblo natal.

Pronto se hizo notar por sus opiniones liberales y, cuando abandonó el terruño para tomar parte en los movimientos de opinión que entonces agitaban el país, ya dejaba tras de sí los ecos armoniosos de su lira.

Después de algunos años de lucha, se vió obligado a salir de su patria y empezó entonces para él una peregrinación en busca de la tierra ideal, en donde su espíritu pudiera desplegar libremente sus alas.

Después de haber estado en la isla de Trinidad, en donde escribió su famosa poesía «Ante el Mar», pasó a Centro-América y allí tuvo noticias de Chile.

Los jóvenes, que los Gobiernos de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica habían enviado al Instituto Pedagógico de Chile, le pintaron esta República con caracteres tan simpáticos, que decidió venirse a buscar, bajo estos cielos fríos del Sur, la libertad que le faltaba bajo los cálidos pabellones del trópico.

Nuestra casa era entonces un verdadero centro literario, al cual concurrían los escritores que llegaban a Santiago. En el estudio de mi padre se leían versos, novelas y cuentos, se preparaban las sesiones del Ateneo y se discutía sobre Bellas Artes y Literatura.

Allí llegó también una noche, Isaías Gamboa, traído por Alberto Masferrer, el talentoso escritor salvadoreño, y por Joaquín García Monje, el autor de «Moto» y «Abnegación» y Director de «Ariel» y otras revistas costarricenses.

Mi padre nos ha hablado a menudo del sincero afecto que todos cobraron en casa a Isaías Gamboa y nos ha descrito su figura con tal viveza, que parece que lo tenemos ante nosotros. Era alto, delgado, con el cuerpo ligeramente inclinado, la tez morena, los ojos claros y cariñosos, de palabra fácil y pintoresca, expresada con un tono de voz armonioso y rítmico.

Cuando contaba algo, parecía que escogía los vocablos. Había siempre en la construcción de sus frases una cadencia mu-

sical que hacía la impresión de que hablara en verso.

La presentación de este poeta en público se hizo en una de las sesiones más notables que haya celebrado el Ateneo de Santiago. Así lo expresa mi padre, secretario de la Institución, en el discurso pronunciado en la velada que se llevó a cabo para conmemorar los veinte años de funcionamiento de esta corporación literaria. He aquí como refiere mi padre el hecho en sus recuerdos literarios:

«Así llegó también hasta nosotros otro gran colombiano: el

poeta Isaias Gamboa.

«Talvez ningún poeta extranjero se ha incorporado a la intelectualidad de un país tan intimamente como lo hizo Gamboa entre nosotros.

«Al principio lo recibieron los literatos friamente, con cierta

desconfianza nativa.

«Recuerdo que, al inscribirlo para una sesión, dijeron que el Ateneo se estaba convirtiendo en un asilo de desamparados.

«La noche del estreno de Gamboa ha dejado entre los lite-

ratos de su tiempo recuerdos inolvidables.

«Hay sesiones de mala suerte. En esa tropezamos a última hora con un sinnúmero de inconvenientes que se sucedían unos a otros y que hacían pensar en que algún mal intencionado no quería que el Ateneo sesionara aquella noche. Faltaron números de música. No vinieron algunos de los oradores y los que hablaron dejaron al público tan frío que la sesión aquella en vez de ser una alegre inauguración de las tareas del año literario, semejaba más bien una velada fúnebre.

«Don Santiago Aldunate que presidía, me miraba de reojo con aires de reproche, y yo hubiera querido estar a cien codos debajo de la tierra y no delante de aquel público que se iba tornando poco a poco de indiferente, en burlón y divertido.

«Cuando sonó el nombre de Isaías Gamboa, cesaron los rumores, y al ver avanzar la esbelta figura del joven poeta, que subió modesta, pero airosamente la tribuna, un soplo de esperanza hinchó los pechos de aquella concurrencia desbordante.

«Fué un triunfo inesperado. Cada una de las bellísimas estrofas de su poesía «Ante el Mar» fué recibida con vivas aclamaciones que se convirtieron en la ovación más grande que haya recibido talvez poeta alguno en esta sala. Al día siguien-

te, los diarios reproduciendo los versos del poeta, lo hicieron popular en el país».....

Sus conocimientos de Gramática Castellana y Literatura le permitieron entrar como profesor en algunos colegios particulares en los cuales se conquistó el aprecio de sus directores y el cariño de sus alumnos.

Existía en Santiago, en 1903, un liceo de señoritas llamado «La Ilustración». Gamboa fué aceptado en dicho colegio como profesor de Castellano Concéntrico. Había entonces cierta desconfianza para admitir en esos establecimientos profesores jóvenes y solteros.

Sin embargo, el joven catedrático, en pocos meses logró imponerse de tal modo, que su clase llegó a ser la más interesante y concurrida del establecimiento, y su palabra escuchada con respeto no sólo en las aulas sino en los Consejos de Profesores. Tal era la preparación de este poeta, que sólo pedía pusieran a prueba su competencia para triunfar.

Una muestra de aprecio que se tuvo por él, fué la manera cómo la Dirección del Colegio se condujo con el poeta, cuando la enfermedad le impidió concurrir a su cátedra. La Directora, que era entonces la conocida educacionista señora Mercedes Badilla de Turenne, no sólo le pagó religiosamente su sueldo durante todo el tiempo de su dolencia, sino que llevó su generosidad hasta el punto de entregarle en el nombre del Establecimiento una cantidad de dinero para los gastos del viaje de regreso a su patria.

Resolvió este regreso el poeta por el mal estado creciente de su salud, gravemente resentida por el clima de Chile.

Desgraciadamente, la enfermedad le ganó la delantera y lo postró largos meses en el lecho, de tal modo que cuando desesperado quiso ponerse en viaje a mediados de 1904, no era ni sombra del joven entusiasta y animoso que vino a buscar entre nosotros la libertad para sus expansiones espirituales.

Sus compañeros de letras y las alumnas y alumnos de los colegios en que hizo sus interesantes clases de Literatura, lo despidieron cariñosamente en la estación.

Algunos de los más íntimos amigos fueron con él hasta Valparaíso y no lo dejaron sino después de haberlo abrazado sobre la cubierta del vapor, pocos momentos antes de la separación que iba a ser eterna.

En efecto, Gamboa, después de algunos días de engañoso bienestar, sintió que las fuerzas le abandonaban y comprendió que no alcanzaría a ver de nuevo las playas de su Patria con que tanto soñara.

En el Callao fué desembarcado casi moribundo y llevado

a un Sanatorio de Miraflores; y allí murió sin haber podido realizar el deseo de ver su tierra y a los suyos que fué durante los últimos años su único anhelo.

SUS OBRAS

Gamboa fué poeta y novelista. Sus poesías aún vagan dispersas por las revistas de América, sin que una mano piadosa las haya reunido en un volumen. Antes de venirse a Chile había publicado un poema descriptivo sobre uno de los ríos de su país. Cuando estuvo entre nosotros, reunió en un folleto tres de sus trabajos bajo el nombre de Poemas: Fantasía sobre la Samaritana de Rostand, Primavera y Ante el Mar.

Aún cuando los dos primeros son obras de un poeta inspirado, quedan por debajo de la tercera, que, como dijimos an-

tes, lo hizo popular en Chile.

Ante el Mar es un poema de tal fuerza descriptiva y de tan hondo sentimiento lírico, que por sí solo bastaría para soste-

ner el nombre de un gran poeta.

Desterrado en la isla de Trinidad, va a embarcarse de nuevo y a entregarse a los vaivenes turbulentos del inquieto mar Caribe, menos tumultuosos que las olas de dolor y de afanes que en el pecho del poeta se agitaban. Por eso dice:

En mi alma
Y en tu alma que conozco yo, la calma
nunca ha sido, nunca!...Siento
que algo tuyo en mí se agita: tus tormentas, tu tormento,
tu inconstancia, tu amargura,
tus protestas a la altura con tu voz de tempestad.

Y aludiendo a su soledad y a su abandono en las tierras por donde sus anhelos nunca satisfechos lo llevaban, termina la estrofa con estos versos:

Y cual tú, también he ido, viajador de polo a polo, siempre adusto, siempre grave, siempre triste, siempre solo,

Muchos poetas han cantado al mar, desde el sonoro y épico Quintana hasta el humilde principiante que se siente sobrecogido por la divina inmensidad, pero ninguno talvez ha conseguido dar a su canto la nota personal desgarradora que vibra en cada una de las estrofas de Gamboa. Es el poema tristísimo de su vida de proscrito, con todos sus dolores, sus ensueños y su cruel escepticismo.

Cada estancia es un aspecto diverso del mar y del poeta, en que ora se miran frente a frente como dos enemigos, ora parecen acercarse como dos hermanos que recordaran los goces de su niñez, los soles que alumbraron sus primeras esperanzas, para quedar por fin el cantor, decepcionado, pidiéndole al monstruo que lo sepulte en lo más hondo de su abismo donde nadie pueda turbarlo ni hallarlo nunca más.

Y el postrer anhelo del poeta casi se cumplió, pues agonizó durante varias horas de su viaje, sobre ese mismo mar que antes cantara y sólo la mano compadecida de un hermano de letras impidió que el cantor de las olas durmiera su último sueño en los brazos de las ondas, tal como lo dijo en sus últi-

mos versos:

Y al arrullo de tus olas, cadencioso como un canto duerma yo mi último sueño misterioso, bajo el manto de tus cándidas espumas, de tus iris, de tus brumas, verde mar.

Otra de sus poesías más conocidas es la titulada El Retrato. Es la única con que figura el poeta en la Colección de Obras Famosas.

Un gran artista pintaba un rostro de mujer sin poder fijar en el lienzo la sonrisa de ideal belleza que animaba aquella boca con un destello de ternura perdido en una sombra de tristeza.

De repente, en un arranque de genio, con un golpe de luz trazó en la boca la sonrisa misteriosa que buscaba.

Y el poeta termina diciendo:

Miró su obra, el artista, largo rato con la muda ansiedad del embeleso y después en un íntimo arrebato acercóse frenético al retrato y borró la sonrisa con un beso.

Estos últimos versos ahorran todo comentario acerca de este bellísimo poema madrigalesco, que antes habíamos leído sin saber que era una flor fina y delicada que brotara un día ante un rayo de luz primaveral, en el jardín melancólico de este bardo sentimental y dolorido.

Gamboa era en el fondo un romántico, pero en la forma seguía las huellas de los nuevos maestros que él trató de cerca en sus diversas peregrinaciones.

Hay en su técnica sencilla, influencia de Gutiérrez Nágera y de Ruben Darío.

Pocos han manejado con tanta maestría el tetrasílabo combinado en forma de cláusulas, como él lo hizo en su poesía «Ante el Mar». Hay una armonía misteriosa en estos versos que se unen o se apartan y parecen a la larga una cadena sonorosa que siguiendo los vaivenes de la idea y del paisaje de improviso va a cortarse con un golpe que semeja el sonar de una campana o un sollozo de dolor.

Su gesto delicado le hacía huir tanto de las vulgaridades como de las rarezas y retorcimientos del decir. Era enemigo formal de los ripios que sirven para mantener la sonajera de los versos huecos y poseía un tino admirable para los epítetos y adjetivos cuyo uso aprendió en los clásicos de la lengua a los cuales veneraba y estudiaba.

Basta leer algunos de sus versos para probar lo dicho:

A mis ojos vacilantes, vagos, húmedos y tristes que reflejan tus destellos áureos, lívidos y rojos

Te contemplo, mar hermoso, mar rugiente y espantoso, mar hirviente, ronco mar.

Nótese que cada una de las estrofas tiene en el verso final un adjetivo diferente, que comprende la idea dominante de la estancia.

En una el mar es fúlgeo, en otras raudo, negro, torvo, vasto, etc.

Todo esto indica que se aunaban en Gamboa el sentimiento artístico con el profundo conocimiento del idioma y de la métrica.

Por último mencionaré una poesía inédita de Gamboa que tiene, fuera de su indiscutible mérito literario, para mí el muy especial de haberla dedicado a mi padre, escribiéndola en el Album de mi hermana María. Con ese instinto que nunca enga ña a los pequeños, ella lo queria y lo prefería a muchos de los demás literatos que en la tertulia de mi padre la mimaban.

Gamboa tenía no sólo el talento del poeta, sino el alma tierna y sencilla que los asemeja a los niños. Muchas veces aislándose de los demás, entablaba con la pequeña Mireya, como él la llamaba, esos diálogos encantadores de la niñez, salpicados de risas y gorgeos. Bajándose al nivel de aquella mentalidad en ciernes todavía, Gamboa le inventaba juegos en que ambos representaban los papeles principales.

Más tarde debió recordar muchas veces el poeta este cuadro familiar y el cariño sincero en medio del cual sintió tal vez

algo del calor de su patria y de su hogar.

El lo expresa así en sus versos armoniosos, flexibles y natu-

A SAMUEL

(En el album de María)

Como la fresca violeta que sus perfumes derrama en una estancia discreta, así María embalsama tu corazón de poeta,

Ella es el canto mejor de tus versos inmortales; y como un ángel de amor, de tu hogar en los umbrales no da entrada al dolor.

En tu vergel de consuelo esa pequeña avecilla detuvo cantando el vuelo; y su voz tierna y sencilla es una canción del cielo. ¡Dichoso el hado que acuerde brindar así sus favores! ¡Dichosa la sombra verde que nunca sus hojas pierde y tiene cantos y flores!

Yo, sin oasis ni tienda, cansado, encuentro en mi senda la sombra de este ramaje... —Cuando ya de nuevo emprenda sin saber a dónde—el viaje.

Volveré desde la altura a mirar el dulce nido de tu amor y tu ventura, y guardaré con ternura ese recuerdo querido.

A MARIA

¡Oh, encantadora María, sé siempre cual la violeta de regalada ambrosía, el poema del poeta, la estrella de su alegría!

Isaías Gamboa.

Santiago, Marzo de 1902.

Su poesía «Primavera» nos lo presenta, no como el serio, profundo y escéptico bardo de «Ante el Mar», sino como el poeta ilusionado que canta al amor. Talvez como debió ser su lira sin les profundos trastornos que sufriera en su vida fatigosa de peregrino.

En ella se nota la alegría y el optimismo de un alma joven

que goza con el amor y las bellezas naturales.

1 l y su amada recogen flores:

Yo primero arrojéle a manos llenas un montón de jacintos y azucenas; y con tierna delicia, los dos aquí y allá flores cortando, el leve delantal se fué llenando.

El sol con su cálida caricia en un solo cendal resplandeciente como en llamas de amor nos envolvía.

Gamboa fué también un novelista que merece figurar con brillo al lado de Jorge Isaacs v de Juan León Mesa.

Su novela titulada La Tierra Nativa fué escrita en Chile. Desde hacía mucho tiempo el autor tenía la intención de publicar este libro y aún antes de venir a Santiago traía esbozados algunos estudios de escenas y paisajes de su tierra.

La enfermedad que lo imposibilitó para continuar sus tareas de profesor, fué la que le movió a proseguir y completar esta obra que encierra una especie de autobiografía del poeta.

En sus largas noches de insomnio él revivió toda su niñez y

su juventud al lado de su madre y sus hermanos.

Evocó, en sus páginas sentimentales, la silueta venerable de su padre desaparecido en su ausencia, su vieja casa solariega en Cali, presidida por la figura poética de su madre amorosa y afligida, exornada con la pálida belleza de su hermana Soledad y alegrada a veces por las voces infantiles de sus hermanos menores.

Pero su pluma no se detuvo aquí: como si hubiera tenido en sus horas de delirio febril la visión del futuro, trazó en este libro su viaje de vuelta, la sorpresa de los suyos, los abrazos de bienvenida, la nueva vida en el hogar materno, en donde despojado de sus prejuicios y de sus extravíos románticos que él ocultaba bajo un velo de escepticismo, abre su corazón al amor y lleva a los altares, entre lluvias de flores y sonares de campanas, a la preferida de su alma.

Sin embargo, al concluir las últimas páginas, parece que hubiera tenido como una revelación de su triste destino, pues hizo colocar después de la portada este prólogo de cuatro ren-

glones.

Tener el hombre la pretensión de trazar su destino, es una gran locura: la vida siempre se burla de los hombres.

Hay en esta novela un ambiente romántico y sentimental como en «María» de Jorge Isaacs, pero en el fondo domina la nota de una filosofía triste y personal.

Es natural esta analogía: la acción se desarrolla en los mismos lugares. Ambos autores, peregrinos en tierras extrañas, poetas delicados, han sentido vibrar del mismo modo sus co-

razones al recuerdo de sus valles y de sus ríos.

Pero a pesar de estas analogías las obras se separan definitivamente para terminar la una en una catástrofe amorosa que aun hace llorar los corazones femeninos, y la otra en la realización de un idilio tantos años acariciado.

Sin embargo, sabiendo la historia dolorosa del poeta desgraciado, se halla también que este libro termina trágicamente.

A pesar de los grandes merecimientos de este poeta, su recuerdo sólo en Chile se conserva en el prestigio y el cariño.

Hasta en su propia patria han sido ingratos con él. El último Parnaso Colombiano no lo menciona siquiera, aun cuando figuran en él varios nombres que significan mucho menos que

el de Gamboa en el acervo literario de ese país.

El destino, que persiguió, implacable, durante su corta vida a este atormentado peregrino, no le dejó siquiera, al borde de la tumba ignorada a donde lo trasladara la piedad, desde el lecho mísero de un hospital, sino que continuó golpeando su memoria después de su desaparecimiento hasta casi borrarla del libro de los altos escritores que en América son reconocidos por todos los círculos literarios.

Para nosotros, sin embargo, ha sido y es Gamboa uno de los autores de América más dignos de estimación y por sus estrechas vinculaciones con nuestro medio ambiente, no es un poeta extranjero sino un escritor nacional cuya pérdida lloramos

todavía.

AURORA LILLO Q.

TRAGEDIAS DE LA PAMPA

La inmensa, la interminable pampa salitrera irradiaba aún el calor sofocante que el sol le prodigara durante el día. Sus entrañas, removidas por manos ásperas y callosas, parecían hornos caldeados.

Acababa de hundirse tras el horizonte el disco de fuego, cuando una mujer, de rostro pálido, cabellos negros, cruzaba la pampa, montada en una yegua tordilla. A su lado, jinete en un macho mulato, cabalgaba un mocetón de quince a dieciocho años, de aspecto nervioso, moreno, de ojos vivaces.

-Azota juerte la yegua, mamita, que la fiesta nos espera,-

dijo el muchacho.

—¡Qué loco eres, Nemesio! «No por mucho maidrugar amanece más temprano»...

—¡Qué relinda irá a estar la tía Rosa!

-Así ebe ser. Icen que el traje de novia es precioso.

-¿La oficina Ballena estará de fiesta?

-Clarito no ma; cómo que se pescó al pulpero pa casarse...

-Hartaza suerte la tenío la tía Rosa...

—Sí, pero ella tamien es una alhaja. Si no la quisiera tanto no habría ejao a mi criaturita por venir a su casorio. ¡Pobrecita m'hijita! ¡cómo habrá llorao! Apenas tiene seis meses y ya la ejé solita.

La comaire Juana la cuidará como Ud. mesma.

-Ya lo creo: confiá en eso hey venío

—¡Azota juerte la yegua, mamita, que la noche se viene encima y tenemos que andar con luz esta parte del camino que está muy removía.

-¡Benaiga que soy valiente, Nemesio! A mi edá hacer una caminá tan larga pa mañana tener que deshacer lo andao.

—¡Phs! ¡qué son seis horas de camino cuando allá nos vamos a divertir! ¡Por algo es mi maire!—exclamó con fierez a el muchacho; y la tranquila pampa pareció trepidar con la cristalina carcajada que respondió a esta galantería.

-Apúrate, mamita, que en pasando esa lomita que se divisa allá, veremos las luces de la oficina Ballena.

-Ha rato que estamos pasando la lomita, Nemesio. La

pampa no es más que una caena de lomas toititas iguales.

Así, charlando alegremente, madre e hijo cruzaban la uniforme y engañosa pampa que iba lentamente perdiendo sus

contornos a la tenue luz del crepúsculo.

Después de largo galopar y mientras que, distraídos, cada uno pensaba en la alegría que iba a disfrutar y en la sorpresa que con su llegada darían, un bache más profundo del terreno hizo tropezar a la cabalgadura de Nemesio, y el animal y el jinete rodaron por tierra.

La madre, asustada, saltó de la yegua y corrió a levantar al muchacho, quien se había hecho una profunda herida en la frente. A falta de agua en que lavarla, sacó el pañuelo y

la vendó

Distraídos con el accidente no advirtieron que la yegua, libre de su carga, había emprendido la carrera. En vano trataron de alcanzarla; la gritaron para que se detuviera, pero todo fue en vano, y el animal siguió corriendo, corriendo...

¿Qué hacer?...No había más que volver por el macho que aún permanecía inmóvil, metido en el hoyo, y cabalgar los dos

en él

Como el animal no obedeciera a los latigazos y permaneciese aún tendido, Nemesio le dió una patada en el vientre para excitarlo a levantarse: Eh, flojo! enderézate-le gritaba.

El macho, al sentir los rudos golpes, trató de enderezarse sobre sus patas delanteras, pero volvió a caer en su

inacción

En esta lucha trascurrió largo tiempo, y la noche, tendiendo, silenciosamente, sus negros velos, tornó tenebrosa la pampa.

Después de mucho trabajo pudieron comprobar que el pobre animal tenía una pata quebrada. Sin decir palabra, miráronse madre e hijo. . Escudriñaron las pampa: todo era obscuridad siniestra; sólo el viento rugía. Temblaron de pavor.

-Caminemos, hijo. No hay que perder el tiempo. Será mejor que nos devolvamos a casa—díjole, nerviosamente, la

madre.

- Benaiza con lo cobarde que se está poniendo, mamita! Si ya nos quea poco pa llegar. Animo no ma, y apretar el paso.

Cayendo y levantando por lo accidentado del terreno, continuaron su viaje, pero como la noche era obscura, nada veían, caminaban al azar...

^{-:} Conocís bien el camino, Nemesio?...

—Vine el año pasto con mi taitita; pero no es fácil perderse, pues él me ijo que en subiendo la tercera loma, estábamos al otro lao...

-Es que loma no vemos; la noche nos ha sorprendío.

-La purita verdá. ¡Y ni siquiera se ve una fogata! No hay

más que continuar caminando.

Siguieron camino adelante, callados, pavoridos, pensando cada cual en lo largo de la noche y en la horrible perspectiva de perderse. De cuando en cuando, Nemesio, para domeñar su inquietud interrumpía el silencio, pero su charla era forzada y sólo acudían a sus labios historias tristes, cuentos macabros.

-¿Te acordai, mamita, del ñato Baldomero, de ese peón que

se extravió en la pampa?

—Sí, pero fué mucho más al norte. Esa pampa es muy desampará...

Nuevo silencio, y sólo se percibían los cansados pasos y la respiración jadeante de los viajeros

-¿Te acordai, mamita, lo que vió Candelario en el pique 8?

-Nó, ¿ jué fué?

—Una vez preparando un tiro en una calichera vió volar, muy hartazo, a un buitre con algo en el pico. En ese momento pegaron fuego a la mecha del tiro y la dinamita hizo explosión, y un gran remolino de tierra subió pal cielo. El pájaro que pasaba en ese instante tal vez se asustó con el ruído y soltó lo que llevaba, y ¿sabis lo que era?

−¿Qué?

—Una mano de cristiano.

—¡Uf! qué mieo...

—Icen que esa mano era de un cristiano que se perdió en la pampa...

Instintivamente se aproximaron el uno al otro y, mudos, im-

plorantes, miraron hacia el cielo

-¡Qué frío, mamita!

—Sentémonos un momento, Nemesio, y mientras descansamos te abrigai con mi vestío. ¿No podríamos devolvernos, m'hijo?

—¡Ni pensarlo! No sabría encontrar el rastro...

Se sentaron en el suelo y Nemesio hundió la cabeza en el regazo maternal. Después de un largo rato de tétrico silencio en que sólo se sentían las convulsiones de frío del cuerpo del muchacho, y en que, rasgando la obscuridad de la noche se habrían visto los ojos preñados de lágrimas de la madre, Nemesio con voz trémula, empezó a conversar.

-¿Los que se hielan quean riéndose, mamita?

—Así icea, pero pa helarse, m'hijo, hay que estar en la nieve...

—¡Sí! Sin embargo, recuerdo que el hijo del mayordomo me ijo que un hombre se había helao, aquí, en la pampa.

—Habladurías, m'hijo; en la pampa sólo hace frío; naiden se

hiela. Reza, Nemesio.

-No pueo, no pueo rezar. Tengo frío...

—Hace ánimo, niño. ¿No vis las primeras claridades de la mañana? En una hora más habrá luz y podremos seguir el ca-

mino que traíamos.

—La purita verdá. En ese rincón debe ser el sol que quiere alumbrar, porque está muy clarito. ¿Sabís, mamita? el frío se me ha pasao; me siento más envalentonao. Icen que una vez un hombre se creyó perdío en la pampa y de alegría, al ver su campamento, se cayó muerto.

-Hay muchos casos, Nemesio, en que las personas se creen

perdías y sin embargo, salen a buscarlos y los hallan...

-¿Será mi taitita ese bulto que diviso allá?

-¿Aonde? ¿aonde?

--Allá, mamita; sigue la dirección de mi deo ¿no lo vis?

—¡Pobre m'hijo! Es visión tuya; duerme, descansa. —Qué voy a dormir! No tengo naíta de sueño.

Las primeras luces del alba disiparon las tinieblas de la pampa y, de nuevo. los pobres extraviados, empezaron a caminar buscando un indicio que los llevara a su destino.

—¡El sol, el sol! ¡Estamos salvaos! —gritó el muchacho, lleno de júbilo ante la visión del astro rey que subía en el hori-

zonte.

-¡Virgencita de mi alma!-clamó la madre; y sin poderse

por más tiempo contener, abrazados, estallaron en sollozos.

Con el sol, con la esperanza de llegar salvos a su hogar, la conversación de los dos errantes fué momentáneamente alegre, el temor había huído; pero muy pronto empezó a correr el día, un día abrasador en el que el sol, al parecer inmóvil en el firmamento, caldeaba la tierra; a los pobres extraviados les parecía pisar sobre ascuas.

Así corrió todo el día y llegó de nuevo otra noche que los envolvió en su sombra, y, nada... Exhaustos de fati-

ga, apenas podían avanzar.

-Ya que en el sur de Chile llueve casi todo el año podía tamién llover aquí, ¿no es cierto, mamita?

-Así ciertito no más es.

Sobre todo *icen* que las vertientes son *relindas*, que el agua corre blanquita, como si juera leche. ¡Qué sed y qué hambre tengo!

No te acordis, niño. Distráete que ya luego llegaremos.

-Si agora encontrara una acequia me echaría de guatita al

suelo y tomaría, tomaría hasta llenarme, así como beben los bueyes al atravesar un río, cuando les *quea* chorreando el agua

por l'hocico.

Y la conversación, sin desviarse, seguía girando sobre el agua, sobre los manantiales que el muchacho veía en su mente afiebrada. Mientras tanto toda la pampa reverberaba y parecía que de su suelo caldeado salía vapor. No corría ni la más leve brisa, no se divisaba ni la más leve loma, ininguna señal de vida! y la vista perdíase en el horizonte.

Ya eran los últimos momentos de la tarde; el sol ocultábase rápidamente y la noche con todo su siniestro pavor avecinábase... Mientras tanto, el muchacho, desfigurado por sus ansias,

sólo pensaba en el agua.

— Icen, mamita, que una vez encontraron, muerto, a un hombre con los deos de las manos completamente hechos peazos por haber arañao la tierra en busca de agua. Icen que cavando se pue encontrar. ¿Si hiciéramos la prueba?...

-¡Oh! déjate, hijito. Luego llegaremos y allá tendrís too lo

que querai.

-¡Mira! ¿Vis la yegua girar en el malacate? ¿vis como sa-

le el agua? ¡Qué helaita estará! ¡Corramos mamita!

Y sin que la pobre madre pudiera detenerlo, corrió tras el espejismo que le hacía ver un malacate extrayendo agua. Después de fatigosa carrera, cuando ya rendido había caído por tierra, con los ojos vidriosos por la fiebre, la madre, corriendo tras él, por fin le dió alcance.

Así fueron pasando, en su trágica lentitud, dos noches y tres días, sin oírse más que el dolorido grito: ¡Agua! ¡Agua! ¡Ten-

go sed!

Por tercera vez la noche llegaba, y el muchacho, jadeante, tendido por tierra, temblándole las aletas de la nariz; los ojos vidriosos, desorbitados y tremantes, la lengua seca y áspera, que la movía torpemente, se revolcaba en espasmos de ansiedad. La madre, hincada al lado de él, cogiéndole la cabeza entre las manos, lo besaba, lo besaba incansablemente, tratando de conseguir que con sus caricias olvidara la sed.

¡Agua! ¡Agua! continuaba gritando, y la ardiente pampa era

sorda a este clamor.

¡Agua! ¡Agua! Ese alarido desgarró el corazón de la madre, que, con el rostro iluminado como por una inspiración, rasgó el albo corpiño que aprisionaba su pecho y dos blancas magnolias, repletas de savia, desafiaron a la estéril pampa.

-¡Tɔma, m'hijito! ¡Agarra!-díjole, gozosa, la madre.

El muchacho la miró asustado, la miró a los ojos, interrogante, sin alcanzar a comprender.

-¡Chupa! Es la comía de tu hermanita que te quitará la sed.

El muchacho lo comprendió todo, y, ávido, con los ojos fuera de las órbitas, la nariz dilatada, se abalanzó sobre aquel fecundo manantial que le brindaba la vida.

Con la fuerza de su cuerpo derribó por tierra a su madre, y, sin soltar el pecho, en el que había hecho presa, chupó, chupó con ansias frenéticas, desesperado, sin poderse contener.

Por obra de esa succión implacable, los pechos de la madre marchitáronse; las débiles y azulinas venas se tornaron gruesas y violáceas, y por los labios del muchacho, no corrió ya, como en un principio, la rica leche, sino que por la comisura de la boca goteaba la roja sangre de su madre.

Con todo su heroísmo maternal tuvo ella, no obstante, un instinto de conservación, y quiso defender su vida; trató de enderezarse, apoyándose, con las manos, en la cabeza del muchacho, que desgarraba sus carnes, pero su cuerpo exangüe cayó desplomado, y, así, en una prolongada agonía que duró horas y horas, sin aliento ni para exhalar un débil quejido, su boca se plegó en el rictus doloroso de la muerte.

Mientras tanto, Nemesio, ya no un hombre, sino una fiera, perdida la razón, completamente loco, hincaba los dientes en los pechos maternales para extraer más sangre, más sangre, y, como ya estaban secos, los arrancaba pedazo a pedazo, a mordiscos y, bien pronto, aquel cadáver se convirtió en un mon-

tón de carne desgarrada y sanguinolenta.

En un supremo y angustiado alarido, el muchacho gritó aún: ¡Agua! ¡Agua! y, enderezándose, cual beodo, trató de dar algunos pasos, pero sus piernas se doblaron y se derrumbó sobre el suelo.

Violentas convulsiones estremecieron su cuerpo, y, de epalda, cara al cielo, con los ojos inmensamente abiertos, como queriendo escrutar los insondables designios del Arcano, quedó muerto.

ANA NEVES.

ESCENAS DE CAMPAÑA

(Fragmentos).

En el río Lurin.

-Mañana, a estas horas, ¿dónde estaremos, Coronel?

-De fijo en el otro mundo-y continuó limpiando con vi-

gor la piel del alazán que acababa de abrevar en el río.

El grupo de asistentes que bañaba los caballos de sus oficiales, no tenía entonces la bulliciosa indolencia de los demás días. La respuesta del Coronel Godoy, así apodado por su aire marcial, era un dejo de temor, como de cosa mala que se anuncia para que no suceda.

Abrevados y limpios los tres caballos, los asistentes se tiraron de bruces a las aguas tibias del río, para librarse del ca-

lor húmedo y sofocante de aquel medio-día de verano.

—Bah! dijo el asistente Segovia, llamado Peluca por su oficio anterior.—Nos hemos visto en tantas! ¿Por qué no habríamos de salir con bien ahora?

—Cuanto más que ésta es la diez de última. Necla! Sería casualidad que no echáramos un verde en Lima, agregó el

asistente Mondaca, el Negro, por su color retinto.

Mientras chapaleaban en el río, la conversación se fué animando poco a poco; sus frases entrecortadas se estrellaban en el aire como las gotas de agua sobre sus cuerpos desnudos de muchachos robustos y despreocupados.

-Parece mentira que los cholos nos hayan dejado desem-

barcar tan pajitamente en Curayaco!

—¿Y que podían hacer? A la hora en que hubieran merecido bajar a la playa los había aventado la Escuadra; para eso mi general la traía de repuesto.

—Si los peruanos no son nadita lesos! ¿Se te figura que ya no han cachado su poco aguante para pelear mano a mano?

- —Así mismito no más es. ¡Y lo que nos costó apearlos de los cerros de Pisagua, de Dolores y de los Angeles! Por eso se han fortificado allá en el morro Solar y en las lomas de San Juan.
- —A mí me saca pica tanto loro que tienen, fuera de los gringos. Si saben hasta cuando nos duele la barriga. Me creo que los peruanos cachaban muy bien por donde nos íbamos a meter y nos han dejado entrar para echarnos una cortada cuando estemos trenzados con ellos.

—¡Quién sabe! Todo puede ser!.. Lo malo es tanto cucalón que en todo se meten y no dejan trabajar a gusto a los mili-

tares.

Y lo peor es que, cuando el encontrón resulta bueno; pican para Santiago a fantasear que lo dieron ellos, y no se acuerdan nada de los pobres rotos que han quedado con la flor p'arriba.

—De todos modos hemos de ganar; eso ya está visto y no

hay para qué apurarse, ñecla!

Tras un corto silencio:

—No me tinca que allá lo pasemos tan bien como en Tacna. Ese Allá, que Godoy decía con esperanza, era la capital, la famosa Lima, que todos querían pisar, no por odio sino por plater.

-E: que en Tacaa la cosa era miel de palma, replicó Pe-

luca. ¡Qué comparanza con Iquique ni con Antofagasta!

—¡Veh qué gracia! dijo el Coronel. Las cuicas de Antofagasta, además de tan bien refuertes, eran muy cicateras y respondonas...

—Y las chinas de Iquique... Tan bien mañosas que las dejaron los soldados cholos... añadió el Negro. Si quedaron imposibles ¡Por la flauta!

-Qué diferencia con las cholitas de Tacna... Cosa papa!...

nadita interesadas y tan pegajositas... Pura breva!

—A mí se me pegaron dos, dijo Peluca, y por más que corcovié no pude hacerle lugar a otra. Y debía ser medio zamba la malvada; se le conocía en unos ojos tamañazos y en la jeta coloradita y tan bien jugosa .. Si no es por mi teniente Campos que me la pitó...

—Lo que siento es la cría, suspiró el Negro; no me han de-

jado conocerla, ni esperanza.

Y como para disipar sus remordimientos paternales, se zambulló en el río y nadando entre dos aguas llegó hasta el ojo único del puente de ladrillos que el ejército peruano había olvidado destruir. Desde allí gritó a sus compañeros:

—Miren, qué breva! También sabían tener albañiles los cholitos. Vengan a ver lo bien pegados que están los ladrillos...

Dónde se iban a imaginar que por aquí mismito íbamos a pasar esta tarde con las carretelas! agregó aludiendo, pintoresco, a las cureñas.

A medida que llegaban, oprimían con un dedo los ladrillos, como si quisieran comprobar la solidez del artefacto. Luego, aprovechando un sendero suave que moría en el río, salieron del agua y sacudieron piernas y brazos para enjugar el cuerpo.

Mientras se oreaban, estregándose con las manos a falta de

tohallas, continuaron la plática:

-¡Por la flauta! no quisiera estar mañana en el cuero de los compales!

-¿Los de mi comandante Potitos?
-¡Claro, cuáles otros han de ser!

- -¿Y por qué lo mientan ahora con ese nombre tan...atrasado?
- —Dice mi capitán Valdés qu'el hombre se hace gringo por haber vivido con los yanquis y cuando habla mete una jerigonza trocando las voces, y a las papas les dice así... con esa palabra cochina.

-¡Bien haya la gente arrevesada! Con ese nombre no da-

rán ni ganas de comerlas. ¿Y dónde es eso?

—Por allá muy lejos, en la Yanquería. Yo estuve unos días cuando era camarotero de un vapor. En esas tierra hay una zalagarda de rucios colorines y de negros jetones que no se puede aguantar. Y todos han de ser bien brutos, porque no se les entiende ni jota, concluyó el Coronel despreciativamente.

-¿Y por dónde irán a echar a los compales?

- —Por todas partes donde haya minas. Dicen que las más bravas están por el lado de Chorrillos y por aquí, al frente, por donde iremos nosotros.
- —¡Cholos maricas! Así no se pelea! Los hombres s'entienden pecho a pecho, ñecla! Verán lo que les va a pasar. Los niños se han corrido la voz y si lo de las minas resulta cierto, habrá un repaso padre que dejará a los cholos sosegaditos.

-Pero ellos son mandados y no tienen la culpa. ¿Y si no-

sotros hiciéramos lo mismo?

—Claro que les haríamos payasadas bien grandes; pero no ha habido lugar porque los vamos arreando...Además, nosotros peleamos como gente...y en fin, es muy distinto porque somos chilenos.

-Bueno, ¿y cómo serán esas minas?

—En el rancho de oficiales decía mi capitán Valdés que eran bombas tamañas, como granadas de a bordo, que se entierran en el suelo y dejan afuera una puntita escondida entre

la yerba...Y pasa el rotito, menea el palito...y vuelan los picjitos.

La frase burlona del Coronel, pronunciada con dejo melan-

cólico, trajo un silencio molesto

-¿Y es fuerza pasar por donde están las bombas?

—Dicen que mi general Baquedano ha mandado avanzadas por todos lados, pero el ataque resulta más al propio, así de frente. El otro día no más les anduvieron buscando el cuerpo por Ate: ocurrencias de cucalones. Contaba mi capitán Valdés que cuando le aconsejaron a mi general meterse por ese callejón se puso como un quirquincho y les dijo:—Los cazadores, adelante; a mí no me pisan la cola!

-Eso es de hombre ¡ñecla!

- —Dicen que siguiendo derecho vamos a caer en l'hacienda de San Juan.
- —Si es que pasamos las trincheras...Arriba de las lomas los cholos han hecho unas tapias con sacos llenos de tierra y por las troneras nos van a fusilar a gusto.

-Que apunten bien. Los que merezcamos subir, dijo el Ne-

gro decid do, no les vamos a dejar ni la mugre.

-No les tengo miedo a las trincheras, agregó Peluca. Cuan-

do lleguemos, ya las habrá aventado l'artillería.

—Veh, qué niño! interrumpió el Capitán. Claro que mi general no nos larga hasta que no las haya molido a cañonazos

-¡Necla! Así dijeron cuando Pisagua, pero nos botaron a

la playa sin más ni más.

—Entonces mandaba otro general que llevaba al apa una cuelga de cucalones...Bueno, apurarse niños, que ya es tarde....Oye, Negro, hasta cuándo te sacas lustre! Ya pareces bota granadera.

-Yo estoy listo antes de que tú acabes de refregar el

corvo.

—Me le cayó esta mañana y se melló la punta. Y escupiendo de nuevo en la piedra que le servía de molejón improvisado, continuó el Coronel afilando su cuchillo.

-Con paciencia y con saliva...observó Peluca.

- —Así es, no sabes que con agua el filo resulta muy aspero?.. Y al probar la punta en la palma de la mano:—Ahora sí, ahora entra solito.
- —El mio está listo desde ayer, agregó el Negro. Anda que baila en la cintura por hurguetear las barrigas. Yo mismo casi le tengo miedo.

Acabados sus aprestos, cobraron los ronzales y abozalando

los caballos montaron de un brinco en pelo y volvieron paso

a paso y en silencio.

El suelo de arena rojiza, calentado por el sol de Enero, se movía suavemente borrando el contorno de las cosas. A lo lejos, con brillos de acero y hormigueo de seres informes, parecía temblar el campamento.

* *

En la Tablada.

Está muy entrada la noche.

De la luna baja una luz azulada que cubre las lomas y los llanos con un manto, imperceptible casi, de quietud y tristeza.

Todavía no llega la brisa de la sierra, pero flota en el aire

algo denso que no ven los ojos, que oprime los pechos.

Por el campo desierto y estéril, bordeando las lomas, avanza una especie de culebra gigantesca con millares de escamas, cuyos destellos blanquizcos señalan a la vez su vida y movimientos. Nubes de polvo ligero la siguen y la envuelven hasta muy lejos, donde comienza el cielo.

A la izquierda, por lomas y llanos distantes, se arrastra otra nube amarillenta y opaca, cuyo extremo lejano diverge

hacia el mar.

Son los soldados de Chile que van a la victoria o a la muerte...

La luna se rodea de un nimbo brillante. Como si el manto de luz juntara su trama, el aire se espesa y envuelve a las cosas un blancor misterioso.

Se borra la huella de la pampa... La tierra desaparece bajo la luminosa camanchaca y se olvida el tiempo y el espacio.

Los soldados avanzan invisibles pero ciegos. Hay un gran silencio en los campos y en el cielo, en los montes y en el mar.

En las sierras del Oriente asoma una tenue claridad y la nu-

be luminosa que cubre la tierra se deja penetrar.

Formas indecisas y oscuras vagan por todas partes, avanzan, retroceden, se forman en líneas interminables que desaparecen poco a poco y son reemplazadas por otras y otras más.

Aumenta la claridad en el Oriente y las cosas de la tierra toman ya su relieve acostumbrado.

Suaves lomajes siguen a otros y en ellos se divisan miles de combatientes encorvados bajo las mochilas, que se mueven silenciosos en desorden aparente. Al través de la neblina, sus formas indecisas cubren el campo y no fuesen más numerosas si las arenas mismas se movieran.

Delante se extiende el llano de la Tablada y en el horizonte se adivinan otras lomas de contornos recortados por extraños artificios: son las lomas de San Juan y allí están las trincheras enemigas.

Poco a poco los soldados se mueven a derecha e izquierda en formaciones ordenadas y comienza el avance por el llano.

De repente, por la derecha, se oyen algunos disparos de fusil que a breve rato se vuelven furioso chisporroteo, anunciador de la próxima batalla. Encuentro de avanzadas? Una de las alas sorprendida? Nadie lo sabe, pero no importa. Es la hora de pelear y de vencer.

Jinetes que pasan galopando, voces de mando roncas y breves, bayonetas que chocan entre sí, cien ruidos extraños de cosas que se agitan, algunos momentos de imponente confusión,

y luego el orden admirable de la vieja disciplina.

La formación cerrada de los infantes se fué deshaciendo paso a paso, como si una fuerza nueva hubiera destruído su cohesión. Las compañías a su vez se desgranaban en soldados que, dispersándose con el fusil al brazo, el andar rápido, el cuerpo encorvado, procuraban llegar inadvertidos a las trincheras peruanas.

En el llano de la Tablada parecía que un hormiguero jigantesco se hubiera puesto en marcha. Recatando sus cuerpos en los últimos restos de la camanchaca, los soldados avanzaban

aislados, silenciosos, sin disparar un tiro.

Aquella vez tampoco sirvieron las guerrillas a toque de corneta ni los grandes movimientos a compás, escuela inútil de cuartel para uso de paradas.

Pero ya el redoble de los fusiles enemigos se había hecho general y las primeras balas, tras un rápido silbido, se hundían

en la tierra con ligeras polvaredas.

Algunos hombres comenzaron a caer, heridos, muertos; no importaba; los otros sin mirarlos continuaban avanzando cautelosos, las cabezas gachas, hincándose a veces en la arena para ocultarse un momento y disparar.

Desde aquel momento la suerte de las armas estaba entregada por entero al esfuerzo individual de oficiales y soldados. Generales, Coroneles, Estado Mayor, todo era un mecanismo secundario que no volvería a marchar sino después de la victoria

Disipada la neblina y muy corrida la mañana, los niños estaban por llegar a las lomas de San Juan. Ya era tiempo de

hacer callar a los chocos; lo demás era trabajo para corvos y bavonetas.

Comenzó entonces el último episodio. Furiosos y a la carrera, los niños principiaron a trepar las faldas de las lomas, en medio del estallido de las bombas y del fuego desesperado de las trincheras peruanas. Sobre el cadáver de uno saltaba otro soldado para llegar a los reductos enemigos y matar o morir matando.

La resistencia peruana fué larga y valerosa. Los niños enfurecidos por las bombas que destrozaban a sus compañeros, no tenían compasión. Con locura de fieras acribillaban a bayonetazos y puñaladas a los que rendían, a los heridos, aun a los muertos, buscando nuevas víctimas a las sobras de su enojo.

Mediaba la mañana y ya una masa enorme de cadáveres sangrientos rellenaba los fosos de las trincheras peruanas. Sí; los niños lo habían jurado. En Lurín, de uno a otro campamento, se habían corrido la voz. Si había bombas, cobarde modo de pelear, no dejarían cholo vivo, ni para remedio. Los rotos son así...

-Al repaso, niños!...

Y este grito, repugnante hoy, tuvo aquella mañana un aire natural; pareció el cumplimiento de un voto, la prolongación de la victoria.

Atravesando las trincheras, los niños se derramaron por los campos en dirección a las casas de San Juan. Los heridos peruanos, llevados a retaguardia durante la batalla, cubrían

aquellas lomas. Ninguno vió el sol de medio día...

Las cornetas sonaron por fin a lo largo de las trincheras dando el toque de llamada. Tranquilos, bromistas, inconscientes de la crueldad cometida, los soldados volvían sobre sus pasos al reclamo de sus jefes. Hacia la izquierda, en el Morro Solar, se libraba un asalto furioso; los cañones de la Escuadra, la artillería de campaña, toda la infantería disponible después de la toma de Chorrillos, estaban comprometidos en aquel lance final. La mayor parte de la tropa vencedora en San Juan partió en auxilio de sus compañeros: el resto ayudó a las ambulancias en la triste faena de recoger a los heridos.

La conquista de las lomas había sido muy sangrienta. Los heridos eran muchos: los muertos eran más.

Aquellos hombres que poco antes parecían fieras, tuvieron suavidades de mujer al levantar heridos para quienes cada movimiento era un martirio. Al caer la noche los muertos quedaron solos en el campo de batalla.

Algunos grupos de camilleros se recogían a las ambulancias después de buscar inútilmente más heridos. En el abra formada por dos suaves colinas había muchos cadáveres chilenos horriblemente destrozados por las bombas disimuladas bajo

las yerbas.

Peluca marcha cauteloso por en medio de aquellos muertos, arrastrando su fusil con mano cansada. Busca niños de su batallón, que ha perdido mucha gente. De improviso alguien lo llama.

-Hermanito, por compasión!

Yace por tierra mutilado por una bomba el soldado Godoy, apodado el Coronel. Su pierna izquierda fué arrancada toda entera; sólo queda un muñón lacerado y sangriento de donde sobresale un pedazo de hueso blanquecino, descarnado, como roído por perros. El vientre destrozado vierte los intestinos sobre la arena.

—Peluca, un poco de agua!

El soldado, pensativo, destapa su caramayola y la vuelve para probar que está vacía.

-Mátame, por tu madre!

Peluca mira el muñón ensangrentado de la pierna y los intestinos ya desecados por el sol.

—Te vas a morir, Coronel, dice lentamente mientras una lágrima rueda por sus mejillas polvorosas.

-Mátame luego, por tu madre!

—No te aflijas, Coronel.

Y con manos que tiemblan, levanta Peluca su fusil y apoya el cañón en la cabeza del herido.

—Encomiéndate a Dios, agrega con voz angustiosa.

El soldado mueve la cabeza y dispara murmurando entre dientes:

-Perdóname, hermanito!

La bala desviada zumba por el aire, los sesos salpican la tierra y el pobre Coronel deja de sufrir.

JUAN MALVEN.

SALOME

Toda llena de joyas, efímera en lo eterno, ojos de un verde pálido, de un pálido elixir; piernas que son columnas rítmicas del Infierno; sedas, sedas de Oriente; oros, oros de Ophir.

Alzase con los gestos lúbricos de una gata, tiende los albos brazos, quiebra los lindos flancos; entreabre—son dos pétalos—los labios escarlata y dulcemente tiemblan sus duros pechos blancos.

Mas, el Bautista, inmóvil, su duro ceño ostenta... "¡En vano—grita,— en vano es todo lo que intenta tu espíritu protervo! ¡Satán, vencido fué!"

Pero, al quedarse solo, lejos de la asechanza y libre de los magos hechizos de la danza, hundido en la mazmorra solloza: ¡Salomé!...

Augusto Iglesias.

Santiago, 1926.

MEMORIAS DE KÖNIG

En el número de Agosto de la REVISTA CHILENA, se publicó un interesante trabajo de don Fanor Velasco V., relativo a la misión de don Abraham König, como Ministro de Chile en Bolivia en 1900.

Pues bien, don Alberto Gutiérrez, el ilustre literato, político y diplomático boliviano, tan conocido como estimado y respetado en Chile, acaba de dar a luz en La Paz un volumen que titula Hombres Representativos y en el cual comenta, con su elegancia de estilo de costumbre, el trabajo del señor Velasco en nuestra Revista.

El señor Gutiérrez, estimulado por las intimidades diplomáticas que relata el señor König por boca de nuestro colaborador, señor Velasco, relata a su vez las suyas relacionadas con el mismo episodio de la nota de 13 de Agosto de 1900.

La Revista Chilena, tiene a mucho honor transcribir integro el estudio del señor Gutiérrez. Su lectura abre nuevos horizontes, desconocidos hasta ahora, en nuestras relaciones con Bolivia.

R. Сн.

Al comenzar el primer capítulo de las presentes apuntaciones, hacíamos notar cuán incompletas son hasta ahora las revelaciones de la historia boliviana, aún tratándose de sucesos recientes y de controversias palpitantes. Muchos acontecimientos de importancia manifiesta se encuentran todavía cubiertos con el ropaje de comentarios contradictorios. Es un alto deber moral y cívico contribuir a la dilucidación de incidentes pasados, ya que sólo la verdad histórica presta bases

para una enseñanza provechosa y señala un derrotero fijo para las orientaciones de los estadistas.

Creíamos oportuno poner término a estas ya prolongadas disquisiciones históricas y literarias, cuando nos llega un documento de fuente inesperada que viene a arrojar una luz nueva sobre sucesos ocurridos en tierra boliviana en los primeros instantes del presente siglo.

A fines del mes de Octubre del presente año, llegó a nuestras manos la Revista Chilena, número correspondiente a Agosto último, en el que aparece una mención valiosa sobre incidentes políticos o diplomáticos en que nos correspondió cierta participación secundaria, pero asimismo interesante en nuestros fastos internacionales.

La Revista citada hace referencia, a propósito de un incidente de actualidad chileno-boliviana, a la nota de König de 1900 y a las memorias que ese personaje chileno ha dejado sobre su misión en Bolivia y que el señor Fanor Velasco V., pariente suyo, ofrece dar prontamente a la estampa. Esta Revista Chilena no es aquella que dirigían Amunátegui y Barros Arana en 1878 y en la que escribió René-Moreno sus informaciones verbales sobre los sucesos de Mayo de 1809 en Chuquisaca. Esta es homónima suya, pero menos linajuda y presuntuosa que aquella.

El artículo que ha llamado por muchos motivos nuestra atención, se refiere a una persona que hemos conocido y tratado con cierta proximidad en tiempos muy alejados del momento actual, a principios del presente siglo. Es por ello que el recuerdo que hacemos de esa época no puede menos que ser melancólico; un cuarto de siglo más en la vida de un hombre...

El señor Fanor Velasco, hijo sin duda de aquel competente funcionario que conocimos como Sub-Secretario de Relaciones Exteriores en la época de Santa María, hace un rápido comentario sobre un incidente diplomático recientísimo, al mismo tiempo que nos da la noticia, desconocida para nosotros, de que el señor Abraham König falleció hace poco más de un año y ha dejado, no sólo papeles de índole política muy interesantes, sino sus propias memorias personales, un verdadero Diario de su Vida, mientras residió en la ciudad de La Paz. ¡Qué tesoro para la crónica de este país, para el conocimiento de sus vicisitudes sociales y políticas de ese tiempo y para la verdad histórica! Algunas líneas breves que copia de esas memorias dan la medida de su interés palpitante. Por fortuna, no se limita el señor Velasco a anticipar esas muestras del ingenio de su autor desaparecido, sino que adelanta la promesa de entregarlas integramente a la publicidad.

El comentarista avanza una apreciación sobre las incidencias ocurridas y declara que el único que supo hablar a Bolivia el lenguaje de la verdad y el que convenía a su difícil comprensión intelectual, fué el señor König y que por ello le deben acatamiento y gratitud, no sólo sus conciudadanos, sino que también los bolivianos mismos. Entra en seguida a juzgar y analizar la célebre nota dirigida por aquel personaje a la cancillería de Bolivia con fecha 13 de Agosto de 1900 y que produjo, no sólo escándalo y extrañeza en todo el continente sud-americano, sino también una explicable sorpresa en países más alejados de nuestra actividad latina.

«La lectura de ese documento, dice, (la nota König de 13 de Agosto) por los gobernantes bolivianos, significó para Chile, en un minuto, la conquista de lo que nunca había podido conseguir en el transcurso de veinte años, o sea que el pueblo boliviano adquiriera la conciencia de la magnitud de sus responsa-

bilidades consecuenciales de la derrota».

«Digo que esa nota, agrega más adelante, no produjo en el ánimo de los dirigentes bolivianos, ni en el pueblo, la impresión de caballazo que han querido atribuirle después de veintiséis años los periodistas y políticos paceños. Muy lejos de eso. Las relaciones personales del señor König con el Presidente Pando se mantuvieron en el mismo o mejor pié de cordialidad que antes tenían, como lo demuestra la circunstancia de que el 16 de Agosto, tres días después de enviada la nota al Gobierno de Bolivia, el Presidente, en una comida que da en su casa a los senadores, sentara a su mesa, como personaje de intimidad, tan sólo a Lisboa, Ministro del Brasil, y a König, Ministro de Chile».

Causa extrañeza, en efecto, que el Presidente Pando no hubiera medido los alcances de la nota König y la gravedad que se desprendía de su lenguaje insólito, para dar al Ministro chileno esas muestras inoportunas de deferencia y de cordialidad. Pero la explicación nos parece obvia, dentro de las prácticas burocráticas de ese tiempo y en cierto modo de las actuales. La nota fechada el trece debió ser entregada el catorce y ser conocida por el Presidente el quince, fecha en la cual la invitación a la comida del general Pando no podía ser correctamente cancelada.

Pasaremos por alto, para tomarlas en cuenta después, cuando venga la integridad de las Memorias de König, la reseña pintoresca que consigna el Diario de su vida paceña, sobre desinteligencias más o menos acentuadas entre el Ministro Villazón, cuya personalidad representativa era tan prestigiosa entonces como lo es el día de hoy, con el Ministro de Go-

bierno don Carlos V. Romero, que le reemplazó con carácter interino durante la rápida crisis ministerial que se produjo y que se solucionó con el nombramiento de don Federico Diez de Medina para la cartera de Relaciones Exteriores. Volveremos a la materia substancial de estos apuntes, es decir, a que el señor König nos hizo entender lo que no habíamos entendido hasta entonces, respecto de las consecuencias y responsabilidades de la guerra.

Ocupaba el que estas líneas escribe, a la llegada a Bolivia del señor König, el cargo de Oficial Mayor de Relaciones Exteriores, durante los ministerios del señor Guachalla, primero,

y del señor Villazón, después.

Al conocer el nombramiento del señor König como Ministro en Bolivia, evocamos el recuerdo de nuestras recientes experiencias en Chile y pensamos que el Presidente Errázuriz, al hacer esa designación, no había incurrido, como lo decía el diario La Unión de Valparaíso, que cita el señor Velasco, «en la mejor de sus humoradas», sino que eligió un hombre del mayor volumen político e intelectual que había venido de Chile a la altiplanicie. Había pertenecido al partido radical de ese país, que hizo en compañía de Mac-Iver y de Castellón, la campaña electoral de 1896, una de las más cálidas que recuerda la república. Personalmente, nunca habíamos conocido al señor König, pero teníamos noticia de sus rasgos oratorios y sus brotes de oportunidad y de ingenio. Había ido a Chiloé para dirigir la campaña en favor de don Vicente Reyes en 1896, y al regresar, después de una derrota desoladora, dijo en un manifiesto memorable. «Vengo del infierno»...

Victorioso el Presidente Errázuriz de los esfuerzos de esos campeones épicos que acompañaron a Reyes en su campaña por la Presidencia, se dedicó a desarmar o suavizar a sus enemigos. Les daba, según su peculiar lenguaje de bromista político, la baba del loro. Recordamos, como si fuera ayer, la irritación de aquellos políticos que no admitían resignación con su derrota. Les movía toda la intransigencia del despecho.

König se encontraba entre aquellos empecinados contra el éxito. Arranques memorables tuvo su oratoria cáustica e incisiva.

Apenas ungido el Presidente Errázuriz con el óleo del poder, que había sido árduo para él conquistar, dedicóse a la agradable tarea de recompensar los servicios políticos que sus amigos le habían prestado.

Muchas personalidades de la prensa pasaron, como por ensalmo, a la diplomacia. El diario *La Unión* de Valparaíso había sido uno de los batalladores de vanguardia en la lucha

política de 1896. Su gerente don Wenceslao Vial Solar, pasó a ser secretario de la Legación en Francia y su colaborador semanal, don Rafael Egaña, fué invitado para la plenipotencia en Bolivia. Este escritor atildado y correcto, era a la vez cáustico e incisivo en las crónicas semanales que publicaba con el pseudónimo de Jacobo Edén, y uno de sus temas predilectos era la denigración a Bolivia, ya sea en el tono doctoral de sus comentarios políticos, ya en la forma aguda y sarcástica que

era peculiar de su temperamento y de su ingenio.

Un buen día, al mismo tiempo que se publicaba el nombramiento del señor Egaña, se daba en la propia Unión noticia de una comida de despedida que sus parientes y amigos le ofrecieron en un hotel de Viña del Mar. Como homenaje al viaje próximo del nuevo diplomático, se dejó descansar la nota cómica para conceder a Bolivia algunas alusiones complacientes. Pero algún ratón de biblioteca había encontrado los medios de hacer llegar a dicho país una compilación de los escritos sarcásticos de Jacobo Edén y tuvieron efecto tan considerable en el juicio de personalidades dirigentes de Bolivia, que determinaron una objeción fundada y documentada sobre la persona del señor Egaña. Este incidente, generalmente ignorado, contribuyó a que la representación diplomática de Chile en Bolivia quedara acéfala hasta la llegada del señor König, omitiendo hacer mención de una rápida aparición de don Joaquín Godov en aquel horizonte político.

Entretanto, si Chile carecía de representación oficial en la altiplanicie, Bolivia figuraba, al despuntar el siglo nuevo, con una representación muy autorizada, y estamos a punto de decir que con dos: el doctor Emeterio Cano, y el caudillo que acababa de ser derrocado el 9 de Abril de 1899, doctor don Severo Fernández Alonso, quien tuvo una residencia prolonga-

da, aunque extra oficial, en Chile.

La asociación de ideas pugna por arrastrarnos a otro tema de comentarios políticos y diplomáticos, de manera que será cuerdo que volvamos a nuestro tema inicial, las *Memorias*

de don Abraham König.

Dos años después venía König a Bolivia. Tuvimos la curiosidad natural de conocerle de cerca: Su trato afable, su jovialidad y su franqueza, nos hicieron la mejor impresión. Al acercarnos a él cremos servir prácticamente un posible entendimiento chileno-boliviano, dado el puesto oficial que ocupábamos. Con motivo de la presentación de sus credenciales, con un discurso de cordialidad y de cortesía perfectas, le ofrecimos una pequeña comida, pequeña como dimensiones, pero significativa como calidad personal. Estaban presentes, como tiene

a bien recordarlo él mismo en sus Memorias citadas por el señor Velasco, los señores Heriberto Gutiérrez, Ignacio Calderón, Federico Diez de Medina, Fernando E. Guachalla, Benedicto Goitia, Carlos Torrico y algunos más. Al ofrecerle esa manifestación de simpatía a su país, expresamos que conservábamos recuerdos gratos de nuestra permanencia en Chile. En respuesta, el señor König manifestó sus deseos de aproximar a los dos países en una amistad duradera y expresó los conceptos amables que son de uso en tales circunstancias. Habíamos invitado también a esa comida al señor Villazón, pero se excusó expresando que era él quien debía haberla ofrecido.

Estos incidentes ocurrieron probablemente en el curso del mes de Junio de 1900, y recordamos que el 14 de Julio emprendimos viaje con el señor Guachalla con dirección a los Estados Unidos, a donde él iba como Ministro de Bolivia y el

que esto escribe como secretario de la Legación.

En Washington, a donde llegamos a fines de Septiembre, recibimos el texto de la nota célebre de K nig y de la respuesta del señor Villazón.

Nos corresponde aquí relatar, por primera vez, incidentes que no son precisamente secretos, pero que sólo han llegado a la noticia de personas muy versadas en la política internacional de esa época, o muy estudiosos de aquellas materias. No sólo no son secretos, sino que han sido referidos en letras de

molde en la forma que va a leerse.

El señor Guachalla recibió instrucciones del Gobierno de Bolivia para hacer conocer por el Departamento de Estado de Washington el tenor de aquella famosa correspondencia y para solicitar, en vista de la situación que ella creaba, una mediación del Gobierno de los Estados Unidos. En la primera conferencia con el Secretario John Hay, a la cual tuvimos el honor de acompañar al señor Guachalla, dicho personaie nos pidió que le hiciéramos conocer, en una traducción inglesa, la aludida correspondencia. Sugerimos al señor Guachalla la conveniencia de hacer una edición especial de esos documentos, con su texto español y su traducción inglesa que publicamos en un pequeño folleto con el título de Bolivia and Chile. Después de recibir la primera copia del folleto, el Departamento de Estado nos hizo pedir otras más, dos o tres, lo que demostraba por lo menos el interés o la extrañeza que tales documentos habían producido en ese despacho.

En nuestro sentir, era un indicio favorable para la gestión y así lo manifestamos al señor Guachalla, a quien nos ligaba más que un vínculo oficial, el de una amistad antigua y afectuosa. El señor Guachalla, que era un hombre espontáneo y expansivo,

hizo confidencia de sus gestiones y de sus esperanzas a sus amigos los Ministros de la República Argentina y del Perú, señores Eduardo Wilde y Manuel Alvarez Calderón. Existía en pie en esa época la cuestión de límites entre Chile y la Argentina, que puso tantas veces en peligro la paz del continente y persistía también vigente el litigio de Tacna y Arica, que veintiséis años después se mantiene como en las primeras horas de este siglo. Natural era, por lo tanto, el interés de solidaridad de ambos diplomáticos y su oferta espontánea a Guachalla de apoyar la gestión de mediación en la forma más eficaz que le fuera posible. Ignoramos si para proceder en esa forma obtuvieron instrucciones especiales de sus respectivos Gobiernos, pero apoyaron por escrito y en forma calurosa la gestión boliviana ante el Departamento de Estado. Más adelante lo probará con suficiente elocuencia un documento irrecusable.

Después de la primera conferencia con Mr. Hay, en que se limitó a solicitar copias traducidas de la correspondencia en cuestión, fué nuevamente citado el señor Guachalla y nuevamente nos cupo acompañarlo en su visita. En esa ocasión formuló netamente su gestión de buenos oficios o mediación, acentuando, con pruebas en la mano, las dificultades de llegar a un avenimiento directo con un país que empleaba tan violentos procederes diplomáticos, como los que había adoptado el señor König. A mayor abundamiento, puso en manos del secretario de Estado un memorandum conciso que había lleva-

do preparado para las circunstancias.

Mr. Hay, que era un hombre sereno y benévolo, lleno de suavidad v cortesía, dijo que encontraba el asunto muy digno de estudio y que le dedicaría, en consulta con el Presidente Mac-Kinley, su esmerada atención. Podríamos decir ahora mismo en qué términos se encontraba redactado el memorandum aludido v qué fecha llevaba; pero hemos decidido escribir estas líneas sin el auxilio de los archivos oficiales y con uso tan sólo de nuestros recuerdos personales y de los papeles que personalmente también nos pertenecen. El incidente debió ocurrir en los primeros días de Diciembre de 1900 y el 15 de ese mes a una hora muy matinal vimos entrar a nuestro aposento al mismo doctor Guachalla, abrumado de confusión y de sorpresa. Nos refirió que había recibido por correo una comunicación del Departamento de Estado, impresa y aparentemente divulgada a los cuatro vientos, en que se rehusaba la gestión de mediación, produciendose así un escándalo diplomático de que tenía que ser él víctima y que tendría resultados irreparables para la suerte de Bolivia. Concordamos con la impresión penosa que sentía el señor Guachalla y procedimos a alistarnos para salir a

la calle en busca de temperamentos de solución. Se le ocurría a Guachalla ir en busca de sus confidentes los Ministros de la Argentina y del Perú para solicitar un consejo de su experiencia diplomática.

No transcurrió más de media hora en que cambiábamos nuestras impresiones de decepción y de desencanto, cuando se anunció, sucesivamente, la visita de los señores Wilde y Alvarez Calderón, a esa hora matinal y con recomendaciones de

urgencia.

Todos tres pudieron exhibir, como en la zarzuela de Campanone, sus hojas impresas con el mismo texto sobrio y correcto suscrito por el Secretario Hay, y escrito con caracteres
tipográficos que excluían toda idea de secreto o de reserva.
No era para descrita la alarma y la sorpresa de aquellos personajes, pues aunque Guachalla sufría una contrariedad más
o menos prevista entre las contingencias de la gestión misma,
los otros se sentían descubiertos en una intriga o en una maniobra que, si estaba autorizada por sus Gobiernos, contribuía a revelar que habían faltado a la imparcialidad en un
asunto extraño a sus actividades privativas. No habían transcurrido en ese instante sino diecisiete años de las vicisitudes de
la guerra y cualquier incidente enojoso podría sacudir otra vez

la estabilidad de una paz precaria y vacilante.

Después de media hora, no de recriminaciones, sino de lamentaciones estériles, adquirimos el convencimiento de que aquellos hombres de primera fila, verdaderas eminencias de la diplomacia, no llegarían a acordar nada que fuera fruto de la serenidad y del raciocinio. Se nos ocurrió sugerir la idea de que el Secretario de la Legación allí presente, se dirigiera al Departamento de Estado, para hablar informalmente como allí se dice, con el First Assistant Secretary, que nos había distinguido en otras ocasiones con su amabilidad y con su benevolencia, que era a la sazón Mr. Hvne Hill, un hombre de 60 años, muy ceremonioso, lleno de afabilidad y de buenas maneras. El sabría decir a qué respondía la publicidad aparente que había tenido la nota y cuál iba a ser el alcance y las proporciones de esa notoriedad. Acaso en algo podía ser evitada o contenida la divulgación producida con tanto daño para los intereses y para el amor propio de los tres países, en presencia misma de una Legación chilena, inconscientemente victoriosa en una incidencia diplomática de carácter continental. La idea fué aceptada y convinieron los tres Diplomáticos en esperar allí mismo, en el Salón del Hotel Gordon, que todavía existe en la Calle 16 de la ciudad de Washington, el regreso del Emisario con el resultado de su misión

Jamás hasta ese momento habíamos tenido en nuestras manos una comisión tan difícil y espinosa, en un centro extraño para nuestra experiencia personal, con un conocimiento deficiente del idioma inglés y con dotes oratorias y diplomáticas muy limitadas. Pero nos alentaba la amabilidad atrayente de aquel hombre cultísimo, sobre cuyas prendas personales no nos engañábamos, pues, apenas un año después, llegó a ser Embajador de los Estados Unidos ante la Corte más altiva y exigente del orbe entero, la del Emperador Guillermo II de Alemania, Rey de Prusia.

Hicimos una explicación del asunto al doctor Hill, quien se enteró de los detalles de la materia y nos ofreció una respuesta pronta por escrito, con la seguridad de que haría cuanto fuera posible por no comprometer los intereses de los tres países, a los cuales no se había tratado de herir o de perjudicar, sino antes bien de favorecer con sentimientos de simpatía y de benevolencia. «Puede Ud. estar seguro, agregó, que si aún se puede detener la publicidad de este asunto, se detendrá o se limitará, aún cuando para eso sea menester hacer vibrar el cable telegráfico para los cuatro puntos cardinales del continente...»

No podemos decir que los Embajadores quedaron satisfechos del resultado, pero muy tranquilizados sí. Y sobre todo cuando las palabras referidas obtuvieron en la tarde de ese mismo día la confirmación y ampliación de una esquela gentilísima del doctor Hill, cuyo texto hemos conservado al través de estos veintiséis años, como un documento precioso de historia diplomática.

Dice así en su traducción española:

Mr. Alberto Gutiérrez,

Secretario de la Legación de Bolivia

Washington D. C.

Estimado señor Secretario:

Refiriéndome a nuestra conversación de esta mañana, encuentro que la nota, de la cual me mostró Ud. copias impresas, no ha sido entregada a la prensa y no existe la intención de hacerlo, y no será enviada a funcionarios extranjeros de otros países, con excepción de la República Argentina y del Perú, que hicieron representaciones sobre este asunto y a cuyas comunicaciones servirá dicha circular de respuesta. Será

remitida únicamente a las Legaciones de los Estados Uuidos en aquellos países de Sud-América que están interesados en la cuestión de que la nota trata.

Esperando que esta declaración servirá de respuesta suficiente a sus preguntas y que la distribución hecha de los ejemplares impresos tendrá la aprobación de S. E. el Ministro de Bolivia, me suscribo de Ud., etc.

En cuanto al tenor de la respuesta del Gobierno de los Estados Unidos a la demanda boliviana, apoyada por los representantes de la Argentina y del Perú, para ejercer una mediación eficaz en la solución de las diferencias emergentes de la Guerra del Pacífico, he aquí el tenor de ese documento que sembró el desconcierto en el ánimo de nuestros diplomáticos y acaso en sus Gobiernos respectivos:

«Con referencia al Memorandum sin fecha ni firma que Ud. me dejó, más o menos el 1.º de Mayo último, respecto a las cuestiones que se han discutido entre Chile de una parte y el Perú y Bolivia de otra, resultantes de la ocupación de Tacna y Arica, y en atención al deseo que Ud. me ha manifestado de que la actitud imparcial y amistosa de los Estados Unidos, que le ha sido manifestada verbalmente en diferentes ocasiones, fuera ejercitada en una forma más permanente, especialmente en el caso de que las sugestiones de este Gobierno respecto a una solución arbitral, tomaran una forma tangible, tengo el gusto de confirmar a Ud., lo que anteriormente le había manifestado.

«Respecto de las controversias entre los Estados de este hemisferio, la actitud de los Estados Unidos ha sido definida repetidamente. Deseamos mantener iguales relaciones amistosas con todos. Deploramos cualesquiera disidencias entre ellos que pudieran perturbar su común desarrollo. Nuestro consejo y nuestro ejemplo están ante ellos para inducirlos a la armonía y buena voluntad en sus mutuas relaciones, pero siempre dentro de los límites de la más absoluta imparcialidad. Aunque nuestros Buenos Oficios están siempre a la disposición de las Repúblicas del continente para resolver y reconciliar sus querellas, sostenemos que nuestra misión no es intervenir en el arreglo de diferencias que pudieran afectar sus derechos soberanos en las relaciones de las unas con las otras. Aún cuando nos cumple deplorar cualquier motivo de división que pueda surgir entre ellas, nos abstenemos de apreciar los méritos de la divergencia, o amparar la causa de un Estado contendiente en contra del otro, pues, al hacerlo faltaríamos a la franca imparcialidad con la que nos mantenemos dispuestos para prestar nuestra ayuda amistosa en favor de un arreglo. siempre que tengamos la seguridad de que nuestros consejos o nuestros servicios han de ser gratos y aceptables por las

partes contendientes.

«El Gobierno de los Estados Unidos ha expresado en todo tiempo su firme deseo de que la paz y la armonía dominen entre los países con los que mantiene relaciones amistosas, y especialmente entre las Repúblicas de los continentes americanos, cuvos sistemas de gobierno están fundados en una misma base y cuvos intereses materiales son conexos y solida-· rios. Ha aprovechado de oportunidades diferentes para abogar en favor del recurso de arbitraje para el arreglo de las disputas que no son susceptibles de solución por los recursos ordinarios de acuerdo, y él mismo ha dado el ejemplo, recurriendo a ese procedimiento internacional justo y humano. En una ocasión memorable prestó sus consejos y sus buenos oficios para efectuar el arbitraje respecto a los límites entre un Estado hispano-americano y una potencia europea, haciéndolo así en cumplimiento de la política nacional, formulada hace cerca de ochenta años». (1)

Podrá pensarse que esta comunicación que condensa las ideas políticas dominantes en el Gobierno de los Estados Unidos y que han constituido las normas de sus procedimientos diplomáticos con relación a la América Latina, ha sido extraída de algún archivo secreto. No tal; pertenece plenamente al público lector, pues ha sido publicada en el Tomo VI pág. 603 de la obra monumental que se llama A Digest of international Law, por John Basset Moore, Washington, 1906, que es un repertorio colosal de información y de enseñanza para todos aquellos que se interesan en esa rama del derecho.

cuña), Ministro de Chile, núm. 40, 3 de Enero de 1901. Véase sobre el mismo asunto, Mr. Hay, Secretario de Estado a Mr.

Guachalla, Ministro de Bolivia. 11 de Diciembre de 1900.

No fué otro el lenguaje que, con aplauso de toda América, empleó después Mr. Root, en su memorable visita al Brasil en 1906, que algún día ha de ser objeto de un comentario del autor de estas líneas, si Dios

le concede salud y vida.

⁽¹⁾ Mr. Hay, Secretario de Estado, a Mr. Vicuña (Carlos Morla Vi-

Como la nota americana se refiere a un Memorandum presentado más o menos en el mes de Mayo de 1900 y el de Guachalla lo fué en Diciembre, es evidente que se trata de una gestión análoga, pero que obtenía idénticas declaraciones del Departamento de Estado americano. Tenían, sin duda, ese padrón preparado y listo para las emergencias de esa misma naturaleza, que debieron ser, como han sido posteriormente, harto frecuentes para la política influyente de ese gran Estado.

Ya es tiempo de que volvamos a la materia principal de estos apuntes, a la persona y a las Memorias del señor König. El crudo lenguaje de este diplomático tuvo realmente la virtud, no de hacernos entender lo que hasta entonces no habíamos entendido, sino de impulsarnos a buscar todos los recursos honorables para conseguir el reconocimiento de los derechos y la satisfacción de las aspiraciones de Bolivia.

Que el Gobierno de Chile recogería su palabra empeñada en el Tratado de 1895 y en los protocolos complementarios respectivos, no era un misterio para el Gobierno ni para la opinión pública de Bolivia. Era casi un deseo corregir esa negociación defectuosa. Sin embargo, durante el espacio de tiempo que transcurrió entre la revolución liberal de 1899 y la llegada de König a Bolivia, habíase producido entre ambos países al-

go como un entredicho diplomático.

El señor König llegó a La Paz en compañía de un secretario, un hombre proyecto, de tanta o mayor edad que él mismo, con quien se trataba de tú y a quien dispensaba entera confianza. Ese personaje era don Manuel J. Vega, que posteriormente fué Ministro a su vez y que merece un párrafo de recuerdo. Había sido secretario de legación en Bogotá, mientras fué Ministro el señor Soffia y posteriormente en Lima. Allí conoció y trató al señor Guachalla, que en los momentos de nuestra referencia era el hombre de la situación, el más influvente y prestigioso de Bolivia. A sus condiciones de sagacidad e inteligencia agregaba los títulos de haber sido el agente eficaz de la revolución liberal y secretario general omnipotente de la Junta de Gobierno. Antes de él no había más que el General Pando, el caudillo victorioso, después de quince años de incesantes agitaciones políticas. Pues bien, ser amigo o a lo menos conocido de Guachalla era ya un título para ser algo como consejero de la legación de K nig. Pocos días después de su llegada a La Paz, don Manuel J. Vega hizo una visita a Guachalla, en nombre de su jefe inmediaco, y le habló con toda la franqueza a que le daban derecho sus recuerdos de Lima y todo su compañerismo de otros tiempos. Díjole que Bolivia tenía que renunciar a su quimera de puerto propio. No tenía Chile puerto que darle. Guachalla se fué, pues, a Washington, debidamente notificado de los propósitos de la misión König y la nota de 13 de Agosto, si pudo extrañarle por su forma, no era una sorpresa en su substancia. Otras cosas, más bien, fueron una sorpresa. Llegaron a Washington las gacetas bolivianas correspondientes al 6 de Agosto, la fiesta nacional y sobre todo el 18 de Setiembre, fiesta de aniversario chileno. Para celebrar esta última fecha, el señor König ofreció una comida diplomática, poco más de un mes después de la nota del 13 de Agosto, a la que concurrió el general Pando en persona. No sabríamos decir si también el señor Villazón, pero seguramente el señor Carlos Torrico, que había sido nombrado en reemplazo nuestro, Oficial Mayor de Relaciones Exteriores. Es de advertir que Torrico, como todos los liberales de ese tiempo y muchos cochabambinos coetáneos, era un anti-chileno perfectamente calificado y reconocido. Grande fué la sorpresa de Guachalla con estas inconsecuencias tan contrarias a lo que después se ha dado en llamar el protocolo y por nuestra parte, no pudimos resistir a la tentación de transmitir esas mismas sorpresas a nuestro colega y amigo Carlos Torrico. Más tarde nos escribió este funcionario que había sido un sacrificio consentido en servicio de las necesidades internacionales...

Pero esas gacetas habían callado sobre otro incidente, relativo a las festividades del 6 de Agosto, que las Memorias de König ponen por primera vez en descubierto. Será mejor dejar el relato de los hechos al mismo representante chileno, por

boca de su pariente señor Velasco:

«Pocos días antes de la apertura del Congreso, en conmemoración de una fecha histórica, hubo divertimientos en la plaza principal de La Paz. Con este motivo, se organizó una manifestación popular con banderas argentinas y peruanas, y en la cual, junto con vivarse con grande entusiasmo a ambos países, fueron también abundantes los ¡mueras! a Chile. Constituída la columna frente a la Legación de nuestro país, bandas militares, de tropas de la guarnición, cooperaron al mejor éxito de la protesta contra Chile.

-¿Esta manifestación fué oficial? preguntó König al Minis-

tro Villazón.

-No.

-¿Fué municipal?

· -Tampoco.

—¿Y qué hacían entonces, mezcladas entre las turbas, las tropas del ejército y las bandas militares?

—Se dejaron arrastrar inconscientemente.

«König pidió entonces el inmediato castigo de los oficiales y una hora más tarde, después de conferenciar con el Presidente, el Ministro Villazón vino a la Legación de Chile, explica de cualquier manera la intromisión de la fuerza armada en el tumulto, y expresa que han sido arrestados los culpables. Lamenta lo ocurrido y da satisfacciones a nombre del Gobierno».

Resulta del relato de las Memorias de König, que el General

Pando, no sólo había invitado a comer al Ministro de Chile tres días después de la nota, sino que había concurrido en persona a la comida del 18 de Septiembre y que el señor Villazón había dado explicaciones por la fiesta popular de los primeros días de Agosto. Queda demostrado que poco más de un mes más tarde, se encontraban entabladas las negociaciones diplomáticas en toda forma entre König y el General Pando, como se desprende del tenor de los siguientes telegramas transmitidos por el Ministro de Chile a su Gobierno:

30 de Octubre (1900).

«Presidente de la República decidido a firmar Tratado de Paz. Tan pronto como llegue Ministro de Relaciones Exteriores, Gobierno se presentará a la Cámara de Senadores primero y después a la de Diputados, a exponer largamente la situación de Bolivia y las consecuencias de arreglarse con Chile».

10 de Noviembre.

«Presidente me propone las siguientes bases: 1.ª Pronta demarcación de fronteras a fin de terminar toda cuestión pendiente. Tiene vivo interés por las borateras de Chilcaya, que cree son de Bolivia; 2.ª 10 millones de pesos oro que se dedicarán a la construcción del ferrocarril de La Paz a regiones gomales del Oriente; 3.ª Las demás bases acordadas por ambos Gobiernos. Ferrocarril Tacna a La Paz cree que lo harán los particulares con garantía Gobiernos. Le contesté que 10 millones era muy excesivo y que consultaría. En tal caso, cantidad propuesta debía pagarse en cinco años».

16 de Noviembre.

«Hoy mismo someterá Presidente a la decisión del Gabinete proposiciones de paz redactadas a última hora, de acuerdo con Ministro de Relaciones Exteriores, y que me leyó. Respuesta tendré en dos días. Presidente me dice que Gabinete aceptará y me dió seguridades de inmediato arreglo».

20 de Noviembre.

«He tenido conferencia de 5 horas con el Presidente y con el señor Villazón. Gabinete aceptó bases propuestas por el Presidente, pero Gobierno quiere antes sondear opinión Congreso, cuya Comisión de Relaciones es en su mayoría desfavorable. Por consecuencia, aplazará negociación hasta consultar Congreso Pleno que se reunirá el Miércoles. Presidente y Ministro Relaciones prometen influir con los miembros del Congreso. Presidente Pando muestra confianza, pero no Ministro Relaciones. En ambos hay buen propósito».

23 de Noviembre.

«Informe minoría Comisión de Relaciones dice en resumen: Congreso verá con agrado que se llegue a tratado de paz en condiciones favorables a Bolivia. Gobierno pide su aprobación. Es un voto anticipado para tratar. Ayer 22 sesión borrascosa de 12 horas. El Ministro de Relaciones ha hablado con energía y entereza».

24 de Noviembre.

«Desagradado Ministro Relaciones por sesión del 22, renunció ayer y se le aceptó inmediatamente. Congreso se cierra el 28 y después Presidente formará nuevo Ministerio, eligiendo a hombres que sigan la política de acercamiento a Chile. Presidente dice que tratado de paz se hará en tiempo más o menos

próximo, necesario para formar opinión».

El inventario de estos hechos, concordando con otros incidentes concomitantes, revela que existía una falta notoria de coordinación entre las declaraciones y procedimientos del General Pando y los actos de su Ministro el doctor Villazón. Así advertimos que el 15 de Octubre de ese propio año de 1900 el jefe de la Cancillería de Bolivia daba respuesta a la nota König del 13 de Agosto en términos que parecían excluir toda idea de una solución tan inmediata como la que dejaban presumir los telegramas de 23 y 24 de Noviembre arriba transcritos.

Mientras tanto, los dirigentes bolivianos debían estar a la espera del resultado de las gestiones diplomáticas que habían encomendado al señor Guachalla y que tuvieron el 15 de Diciembre el resultado que ya hemos relatado, el que debió ser conocido pocos días después por medio del cable. En ese instante, se encontraba ya a la cabeza de la Cancillería boliviana el doctor Federico Diez de Medina.

Aunque todas estas son incidencias de ayer, encierran grandes lecciones morales e históricas. El partido liberal había luchado durante 15 años por adueñarse del poder en Bolivia y nos contábamos entre los fervorosos creyentes de sus dogmas políticos. Este era el primer año del gobierno liberal y justo será reconocer que no tenían sus hombres motivos para enorgullecerse de ese estreno político. Las Memorias de König revelan muy claramente que ese primer Ministerio del general Pando, ni tenía conecciones útiles con su jefe ni poseía homo-

geneidad en su propia composición personal.

«El 29 de Noviembre, dice König, tuve una larga conversación con el Ministro Romero (don Carlos V. Romero, antiguo leader liberal en Cinti). Villazón, dijo, es un hombre lleno de contradicciones; después de dos horas, uno no sabe a qué atenerse respecto a sus opiniones. El fué quien insistió en ir al Congreso, en contra del voto del Presidente y Ministros. Yo le decía que iba a hacerse fusilar. Uds. son unos cobardes, respondió Villazón. Resultó lo que yo había predicho. En el Congreso, Villazón no fué enteramente franco; allí dijo: hay tres soluciones: el statu-quo, con puerto y sin puerto. Nosotros (el Gobierno, estamos por lo último después de formar opinión. Se contradice, le gritaron, porque quiere tratar inmediatamente y también formar opinión».

Por otra parte, después de esta conversación, König apunta: «El manifiesto de Villazón es hipócrita; da a entender que las modificaciones son de Chile. Según Romero, el Congreso es de lo más atrasado y ruin, lo más malo que cabe. Cree que el Ministerio no podrá entenderse con él y que será aplastado».

Con el deseo de atenuar la crudeza de las declaraciones de König en su nota famosa, el Gobierno de Chile dirigió a sus Legaciones en el extranjero la circular de 30 de Septiembre, que fué conocida en Bolivia en momentos que Villazón dejaba la cartera de Relaciones Exteriores. Tocó a don Federico Diez de Medina refutar o contestar ese documento diplomático. Lo hizo en una circular extensa fechada el 25 de Enero de 1901, en la que encontramos los siguientes conceptos informativos:

«Se dió lugar, dice, a un franco y amistoso cambio de ideas entre el señor Presidente de la República y el señor König

en busca de una solución posible.

«Tal cantidad, continúa, refiriéndose a las libras 2.000,000 que había propuesto, fué señalada, no como suma de dinero que hubiera de recibirse en pago de los territorios cedidos, sino como un medio de reemplazar la falta de fuerzas con el establecimiento de necesarias vías de comunicación, como compensación de un elemento de progreso que se suprimiría, por otro que podría ser proporcionado . . El señor Villazón puso esto (la aceptación del señor König) en conocimiento del Congreso. Como éste renunciara pronunciarse sobre el particular, el señor König resolvió volver a Chile».

Pocos meses más tarde, llegaba don Félix A. Aramayo a Bolivia y aceptaba la comisión, en Abril de 1902, de explorar los propósitos del Gobierno de Chile sobre un posible tratado sin puerto.

El lector se encargará de llenar las lagunas que quedan en este relato hasta llegar a las incidencias del laudo argentino en

Junio de 1909.

En esa oportunidad nos correspondió aceptar nuevamente la representación de Bolivia en Santiago de Chile, a cuya ciudad llegamos en la mañana del 5 de Agosto de 1909. Omitiremos esta vez los detalles de la complicación diplomática que se produjo con motivo de la ruptura de relaciones de Bolivia con la República Argentina, en el mes de Junio de dicho año. A fin de contraernos a la materia de que tratan las presentes páginas, recordaremos que en los primeros días de nuestra residencia en Santiago, tuvimos una larga conversación con don Abraham König, que se encontraba lejos de las actividades políticas y se dedicaba con singular éxito a sus tareas de abogado.

No sabíamos, no creíamos que ese hombre hubiera podido conservar recuerdos gratos o ingratos de nuestro país o de nuestra persona; lo cierto es que nos manifestó, en esa hora solemne y en esa circunstancia memorable, una simpatía que no habíamos sospechado. No le movía ningún interés privado ni político; era un hombre que vivía amplia y puede decirse opulentamente a la sombra de sus labores profesionales; pero quiso brindarnos una espontaneidad que no hemos olvidado y que en otra ocasión comentamos con vivo reconocimiento. El sentimiento público de Chile fué en aquel momento de calurosa simpatía en favor de Bolivia. Llegó un instante en que el Gobierno se sintió comprometido en su neutralidad con esas manifestaciones y trató de evitarlas o de quitarles su espontaneidad y su franqueza. Muchos funcionarios públicos fueron obligados a la retractación y al silencio; pero König quería saborear las ventajas de su independencia personal. Quiero, nos dijo, avudar a Bolivia v a los bolivianos en esta emergencia, v lo haré, pese a quien pesare.

Andando el tiempo, no pudimos guardar en silencio esa espontaneidad simpática y escribimos las líneas que el señor Fanor Velasco ha copiado al hacer el comentario de las memorias de König. En la página 267 del libro que publicamos en 1920 con el título de La Guerra de 1879, Nuevos Esclarecimientos, dijimos lo siguiente: «El señor König declaró públicamente que sentía vivas simpatías por la causa de Bolivia y que, en vista de que ese país se encontraba desarmado, había puesto sus in-

fluencias para conseguir que obtuviera las armas que necesitaba. Este rasgo de franqueza, hace honor al señor König y explica la rudeza de sus declaraciones de 1900». En esta última frase las palabras no tradujeron fielmente el pensamiento, debimos decir, no explica, que hay cosas que no se explican, sino atenúan.

Sentimos tentaciones para continuar esta rememoración melancólica que acaso otros hombres utilizarán más tarde; pero debemos detenernos ahí mismo donde el comentador de las memorias de König se ha detenido. Promete entregar más tarde ese documento a la publicidad y al comentario de estos países. No nos corresponde sino esperar esa revelación que puede agregar elementos nuevos a la historia de las relaciónes diplomáticas chileno-bolivianas...

ALBERTO GUTIÉRREZ.

por Moisés Poblete Troncoso.

Profesor de Economía Social de la Universidad de Chile.

EL PROBLEMA DE LA CARESTIA DE LA VIDA EN EUROPA Y LOS ESFUERZOS DE LOS GOBIERNOS PARA CONTRARRESTARLA.

1. La lucha contra la vida cara en Francia.

La carestía de la vida, durante la guerra y la post-guerra, ha experimentado fluctuaciones fantásticas en algunos países, a

pesar de los esfuerzos de los Gobiernos.

Las leyes que fijaban precios máximos a los artículos de consumo, o que prohibían las especulaciones, dictadas en España, Francia y Alemania, no han producido todos los resultados esperados, según declaraciones hechas por funcionarios de los diversos países.

A pesar de este fracaso, los Gobiernos nacionales o comunales, han adoptado con éxito una serie de medidas indirectas, a fin de producir un descenso en el costo de la vida. A la acción de los Gobiernos debemos agregar la de los particulares, quienes se han organizado en cooperativas para contrarrestar los precios fabulosos que los acaparadores o especuladores fijaban a los artículos de consumo.

Ante todo, conviene hacer presente que, en el estudio de la carestía de la vida, hay que clasificar a los países en dos grandes grupos, uno en que su moneda tiene valor estable, como ocurre hoy día con Inglaterra, Alemania, Suiza, España, Holanda, y otro grupo en que el valor de la moneda es incierto y sufre una serie de fluctuaciones, como ocurre en Francia, Italia y Bélgica.

En los primeros, los salarios están en relación con el costo

de la vida y los precios altos no afectan grandemente al obrero ni a la clase media.

En los segundos, los valores inestables de los elementos de vida, no están en relación con los salarios fijos. De aquí que la carestía de la vida se refleje con mayor fuerza en los obreros y en la clase media.

A esto debemos agregar que casi todos los países europeos importan artículos alimenticios que son adquiridos en el mercado en moneda oro. Las fluctuaciones de la moneda influyen necesariamente en el costo de alimentación.

En efecto, una de la principales bases de alimentación es el trigo, cuya producción y consumo es el siguiente, en los principales países europeos (en millones de quintales):

PAÍSES	PRODUCCIÓN ME- DIA ANUAL	CONSUMO ME- DIO ANUAL	IMPORTACIÓN MEDIA ANUAL
	qq	49	qq
Gran Bretaña	16.300,000	76.000,000	60.000,000
Alemania	25.000,000	50.000,000	25.000,000
Italia	55.000,000	75.000,000	20.000,000
Bélgica	3.000,000	15.000,000	12.000,000
Francia	80.000,000	90.000,000	10.000,000
Holanda	2.000,000	6.000,000	4.000,000
Tchecoeslovaquia.	8.500,000	12.500,000	4.000,000
Suiza	1.000,000	4.000,000	3.000,000
Grecia	2.000,000	4.000,000	2.000,000
Noruega	500,000	2,500,000	2.000,000
Suecia	22.000,000	4.000,000	2.000,000
Austria	1.000,000	2.000,000	1.000,000
			145.000,000

Europa debe importar no menos de 145.000,000 de quintales de trigo anualmente. Esta importación para Francia, Bélgica e Italia, países de moneda depreciada, tiene fatalmente que encarecer la vida.

La influencia del déficit de producción de trigo en la carestía de la vida es apreciable, si se considera no sólo el cuadro que hemos dado, sino el consumo por habitante.

Anotamos los datos de los principales países:

Francia	230 a 270 Kgs.
Inglaterra	160 ,,
Alemania	95 ,,
Suiza	150 ,,
EE. UU. de Norte-América	150 ,,
Bélgica	210 ,,
Rusia	60 ,,
Bulgaria	230 a 270 ,,
Canadá	230 a 270 ,, 230 a 270
Australia	100
Argentina	190 ,,
Chile	140 ,,

De los datos anotados se ve la diferencia notable de consumo de trigo por habitante según los países. El consumo exagerado de pan que hay en Francia, contrasta con la economía del consumo en Alemania. Esto se puede constatar viajando.

El consumo desmedido en algunos países se debe a dos causas: a que la base principal de alimentación es el trigo y a falta de racionalización en el consumo, o sea, la carencia de un método económico y científico de alimentación.

Desde luego, el Gobierno francés, para evitar el consumo inútil de pan, ha hecho colocar en todas partes, en los ferrocarriles, en el Metro en París, en los restaurants, hoteles y pensiones, un letrero que dice: "no malgasteis el pan" (ne gaspilliez pas le pain). Si se suman los granos de pan que desperdicia cada persona en una gran población y en un año, resultan sumas enormes.

Es así como en Alemania durante la guerra, se prohibió la venta de pan pequeño y de pan fresco, porque se consume mayor cantidad y porque al partirlo se pierden muchos granos.

Pero uno de los medios más interesantes puestos en práctica a fin de contrarrestar la carestía de la vida ha sido la intensificación de la enseñanza de la economía y de la higiene alimenticia, hecha en todos los Museos de Higiene.

Durante nuestra permanencia en Francia el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes patrocinó una serie de conferencias, a varias de las cuales asistimos, y cuyo programa es interesante conocer.

El ciclo de seis conferencias públicas y gratuitas se denominó "Contra la Vida Cara", organizado por el Instituto Científico de Higiene Alimenticia, bajo los auspicios del Ministerio de Instrucción Pública. Se dictaron en el gran anfiteatro del Instituto citado; comprendían una parte teórica y científica y otra parte práctica. La parte científica era desarrollada por el emi-

nente higienista Dr. Hemmerdinger que disertó durante las seis conferencias sobre "alimentación racional".

La primera la dedicó a las necesidades del organismo. Después de la conferencia había una parte práctica sobre principios de cocina.

La segunda conferencia fué destinada a estudiar el valor alimenticio de las carnes, pescado, huevos, leche, quesos, etc.

La tercera a los cuerpos grasos, legumbres, frutas, pan, pastas, arroz.

La cuarta al azúcar, dulces, pasteles, confites, bebidas y a la cocina dietética.

La quinta trató sobre la forma económica de hacer las provisiones del hogar, para la alimentación, pérdidas, el arte de aprovechar los restos.

Y la última a la composición de los menus.

En cada conferencia se trataba no sólo del valor científico de los alimentos, de las necesidades del organismo y lo que a éste convenía, sino también de los precios y de la forma más económica de adquirir dichos productos.

La parte científica de la alimentación se enseña en todos los colegios y especialmente en los Museos de Higiene, donde hay secciones especiales que indican las calorías que necesita cada persona para vivir según su edad y el trabajo que desarrolla; la composición de cada alimento, composición física, química y las calorías que desarrolla. Los Museos de Berlín, Dresden, Paris y Viena son admirables en este sentido.

El pueblo aprende a comer sólo lo necesario, lo útil y lo más económico.

Además de esta obra científica y de propaganda, las Municipalidades de todas las capitales y ciudades que hemos citado, especialmente en Suiza y Alemania, tienen establecido el sistema de *ferias libres*, que se instalan en distintos barrios de la ciudad, donde los campesinos pueden llevar sus productos y venderlos directamente al consumidor.

Estas ferias son todo un éxito en Berlín, Colonia, Viena, Ginebra; los habitantes de la ciudad pueden aprovisionarse de artículos frescos y baratos directamente de los productores, que llegan con sus carros desde distancias a veces apreciables. Pudimos comprobar que los precios de estas ferias libres eran inferiores hasta en un 27% a los del comercio común.

Estas ferias libres funcionan en diversos barrios y con diferentes productos agrícolas y manufacturados, no por la grande industria sino por la industria del hogar, tan desarrollada en Europa.

Por otra parte, los Gobiernos, a fin de no hacer pesar la ca-

restía de la vida sobre los obreros y empleados, han legislado en un doble sentido.

Para el personal de la administración pública existe "un suplemento de vida cara", que se fija periódicamente en relación con los números índices del alza del costo de vida. Tal ocurre en Alemania, Suiza, Francia, Tchecoeslovaquia.

Para los obreros y empleados existen los comitées de salarios que fijan cada seis meses o cada año el salario mínimo de acuerdo con la carestía de la vida. Sistema establecido en Inglaterra. Alemania, Austria, Tchecoeslovaquia.

Por su parte, los particulares, para contrarrestar el alza del costo de la vida, referente a la alimentación, han intensificado en Europa el movimiento cooperativo.

Este aspecto del problema merece un estudio detenido.

Debemos hacer presente que en este estudio nos hemos referido especialmente a la alimentación, habiéndose adoptado toda una política en lo que se refiere a la habitación.

Es interesante anotar especialmente las medidas adoptadas en Francia a raíz de la desvalorización del franco, que se produjo en Junio de 1926 y que tendían a contrarrestar el alza enorme del costo de la vida.

En primer término el Consejo de Gabinete reunido el 2 de Septiembre de 1926 declaró que había resuelto: 1.° restringir los gastos del Presupuesto del Estado; 2.° hacer un llamado a la nación para que participara en esta política de concordia, y se redujeran los gastos privados.

"El Gobierno estima,—dice la declaración del Consejo,—que una de las condiciones esenciales para la restauración financiera del país es la adaptación de la economía nacional a las exigencias de la situación general por una enérgica limitación de las cargas de la colectividad y de los gastos de consumo de los particulares. La realización de esta doble política de economía se impone para conseguir, por otra parte, el mejoramiento de los precios que es necesario para la restauración financiera del país y la estabilización definitiva del franco".

Por lo que se refiere al Presupuesto del Estado, se ha adoptado un plan general de economías, de simplificaciones de servicios administrativos y aún de fusiones de ellos cuando técnicamente es posible. Esta misma política que se aplicaría, desde luego a la administración central, ha ordenado el Ministro que se adopte por los Prefectos, a fin de que el plan de economías sea metódicamente generalizado en todos los servicios públicos y aplicado en el plazo más breve posible, por las diversas colectividades locales, departamentales y comunales, tanto como en la administración del Estado.

En lo que se refiere a los gastos de consumo de los particulares y a las medidas tomadas en relación con la carestía de la vida, el Consejo de Ministros decidió la adopción inmediata de una serie de medidas que tienden: a) a organizar las restricciones necesarias de los consumos; b) a ponerle un tope al alza de los precios por la organización de un control general sobre las ventas de los productos y demás objetos de consumo corriente; y c) al mejoramiento del régimen de aprovisiona-

miento y funcionamiento de los mercados y ferias.

En primer lugar, el Gobierno ha encarado el problema del consumo del pan, que es un artículo de primera necesidad y cuya variación de precios tiene una repercusión decisiva en los otros productos. Ha tomado con este objeto medidas especiales para generalizar el consumo del pan añejo; con esta medida se estima, dada la experiencia de la guerra, que se restringirá en una forma apreciable el consumo del trigo y se restringirán, en consecuencia, las importaciones que influyen en el cambio y son causa del aumento de precios. Además, en París, la Municipalidad ha fijado precio máximo al pan. Con este objeto ha designado una "comisión departamental consultiva de las harinas". Esta Comisión se reune una vez al mes para estudiar el mercado del trigo y de las harinas y de acuerdo con ese estudio que se realiza en dos días, se fija el precio máximo del pan. Para su resolución la referida comisión recibe del Ministerio del Trabajo, de la Cámara de Comercio y de los Productores de Trigo, datos sobre el precio del trigo y de las harinas en el mercado francés y en el extranjero. Según estos datos fija los precios del pan.

Por otra parte, el Gobierno francés había constatado que el consumo de productos alimenticios en los restaurants era excesivo y esto ejercía una influencia desastrosa sobre los precios, contribuyendo a elevarlos exageradamente. El Gobierno decidió limitar este consumo adoptando el sistema empleado con éxito en la guerra: la prohibición de servir en restau-

rants y hoteles comidas de más de dos platos.

Esta medida, indispensable para restringir un consumo exagerado, particularmente en los grandes establecimientos de lujo, frecuentados por clientela extranjera, tendrá la ventaja de reservar una gran cantidad de alimento para el consumo familiar.

Pero ha sido necesario para tener éxito con esta medida, organizar un control general para la venta de productos y objetos de consumo corriente. Este control consistirá primero, en la fijación de los precios de todos los productos puestos en venta, para facilitar la fiscalización y regularizar las ventas y las transacciones.

Además de los avisos sobre los precios de venta, se ha hecho obligatoria la colocación de etiquetas de los precios en los artículos mismos.

Por otra parte el Ministerio de Comercio ha nombrado una comisión encargada de determinar los precios.

En París el Gobierno ha acordado el nombramiento de una comisión encargada de la supervigilancia de los precios; la designación de las personas se ha dejado a la Prefectura de Policía y comprende delegados de la Prefectura, de los comerciantes, de los antiguos combatientes, de los consumidores y de las familias numerosas. La Comisión, que tiene amplias atribuciones, puede proceder a hacer encuestas y comprobar todos los denuncios que se hagan sobre ventas a precios excesivos. Procederá de acuerdo con el Comité del Ministerio de Comercio para la fijación de precios.

Las contravenciones y abusos debidamente comprobados darán lugar, en primer término, a la publicación en la prensa, al pago de multas de carácter administrativo y a sanciones de acuerdo con el Código Penal.

Estas medidas son para París; para los departamentos comisiones departamentales tendrán la doble misión de fijación de precios máximos y control de los precios de venta.

El Gobierno, por otra parte, ha tomado un conjunto de medidas para el aprovisionamiento de las ferias libres y de los mercados, especialmente en París.

El Ministro de Obras Públicas, bajo cuyo control están los Ferrocarriles, ha adoptado un sistema de tarifas proporcionales regresivas para el transporte de los artículos alimenticios por los Ferrocarriles; lo que permitirá a los productos alejados de los centros de consumo, competir en igualdad de condiciones con los que están cerca.

Con este procedimiento se persigue aumentar la concurrencia a los mercados y producir una rebaja de precios.

Aun más, para prevenir toda clase de abusos, se exige a las sociedades o empresas de frigoríficos y de depósitos de productos, hacer declaraciones periódicas sobre las existencias que tienen en depósito, a fin de permitir a la autoridad conocer los artículos disponibles y evitar toda especulación por el acaparamiento.

Además, los concesionarios de los locales de las ferias libres y de los mercados, deben hacer diariamente la declaración de las mercaderías que han recibido, especialmente de la mantequilla, huevos y otros. Se ejerce asimismo una supervigilancia estricta sobre los puestos de los mercados para prohibir la reventa de los pisos y locales y de los artículos y, cosa curiosa, para no permitir el regateo en los precios.

Finalmente, se han tomado medidas severas para controlar el camino seguido por los carros de mercaderías desde el momento que entran a los puestos de París, cuya declaración de introducción y destino son certificados por la Aduana de la ciudad a fin de impedir toda maniobra de especulación en el trayecto.

Como complemento de toda esta obra de lucha contra la carestía de la vida, en todos los mercados de la ciudad se coloca diariamente por el «Servicio de Control de los Mercados» un aviso sobre la situación general de los mercados, de los precios, las condiciones del aprovisionamiento de la ciudad y los precios al por mayor, a fin de poder controlar en parte los precios del detalle.

Se ha organizado un cuerpo de agentes especiales de control. Se ha prohibido la reintroducción de mercaderías de un mercado en otro a fin de evitar la reventa y el pago de dobles derechos, o sea el alza de los precios.

Igualmente la introducción del ganado destinado a ser beneficiado en los mercados, se controla severamente. La guía de entrada no puede ser cambiada en el camino al matadero de la Villete.

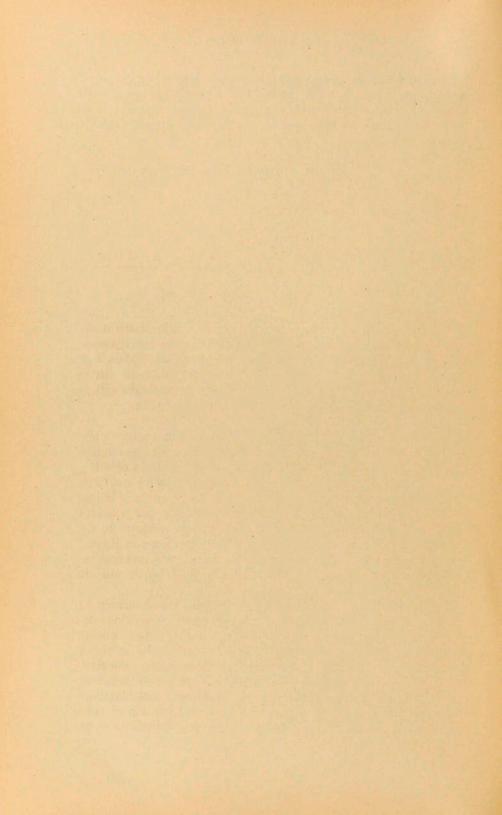
A fin de facilitar, por otra parte, el aprovisionamiento de la población que sufre las consecuencias de la carestía de la vida, se ha iniciado el aumento de los mercados públicos en los diversos barrios de París. Además se ha aumentado el número de horas en que los mercados deben permanecer abiertos para facilitar al público su aprovisionamiento.

Y como complemento de toda esta obra, el Gobierno ha abierto en diversos puntos de la población, numerosos restaurants populares a fin de ayudar a la masa de obreros y empleados que se ven obligados a almorzar cerca de los centros de trabajo por la lejanía o dificultades de movilización a sus viviendas. Ha dado facilidades a los que deseen establecer restaurants populares a los precios fijados por la autoridad, proporcionádoles local gratuito para este objeto.

Debemos hacer presente que el conjunto de medidas que acabamos de reseñar constituye sólo la primera parte del programa de acción del Gobierno francés frente a la carestía de la vida.

Se estudia un programa amplio y completo de organización de la producción nacional, cuyas líneas generales comprenden el mejoramiento del aprovisionamiento general del país y una mejor utilización de los recursos y riquezas naturales del país y de sus colonias.

Moisés Poblete Troncoso.



LA LUCHA CONTRA EL CANCER

En el mundo mueren al año más de medio millón de personas atacadas de este mal. Mientras todos los países abren laboratorios y lo combaten por todos los medios científicos conocidos, en Chile nada se hace a este respecto. En veinte años han aumentado entre nosotros en 70% los casos de cáncer incurable.

En casi la totalidad de los países del mundo se lucha denodadamente contra el cáncer. Así en Francia, Roussy que cuenta con un gran número de colaboradores, ha presentado estadísticas bastante completas con resultados positivos en un 12% y sólo mediante aplicaciones de radium. En Münich, Doderlein, perfeccionando la técnica del tratamiento por radium acompañado de la cirujía, ha obtenido un porcentaje de un 16% de salvación en los casos inoperables: En España Recassens tienen estadísticas de curación de un 6% gracias al radium y radio-terapia profunda y en Chicago Smith nos da un 8% de curación por medio del radio.

El cáncer en Chile, como en todas partes, hace también su fuerte cosecha de víctimas y, lo peor del caso, es que los hospitales y clínicas carecen de medios de combatividad, puesto que el sistema de curación por medio del radium, que es el que hasta ahora da el mejor resultado, no lo tenemos. Nuestros hospitales no cuentan con este elemento, porque el Gobierno no pone nada de su parte, a pesar de las estadísticas alarmantes que tenemos a la vista. Copiamos una de ellas. En el Hospital Clínico, dentro de la especialidad de ginecología, a cargo

del Dr. Zúñiga, tenemos:

El año 1905 de 20 enfermos de cáncer 12 eran incurables.

>>	1915 de 17	>>	>>	12	»
>>	1920 de 43	*	>>	29	»
>>	1925 de 85	»	»	58	>>

En veinte años los casos de cáncer se han cuadruplicado con un promedio de 70% de incurables.

Es deber del Estado cooperar a la lucha contra esta enfermedad, con la misma o mayor intensidad que la desplegada en combatir la tuberculosis, la sífilis, etc. Las estadísticas citadas y el interés con que los Gobiernos de otros países progresistas han encarado este problema, basta para que el nuestro se preocupe definitivamente de él.

Mas, contando con la oferta de algunas instituciones particulares, como la Caja de Crédito Hipotecario, que daría una cuota equivalente al doble de la asignada por el Gobierno.

En estas condiciones se iría fácilmente a la fundación del Instituto del Cáncer, cuya principal finalidad sería prevenir y curar, empleando para ello personal especializado y valiéndose de todos los medios que en la actualidad se utilizan con buen éxito. En este Instituto estaría el radio al alcance de todos, ricos y pobres, dando así a la generosidad de los poderosos la más humanitaria y más patriótica aplicación: la de salvar vidas, evitar que muchos hogares sean desolados por esa larga agonía que precede a la muerte cruel del canceroso.

En resumen, vemos la necesidad imperiosa de contar con aquellos medios con que la terapéutica moderna se ha enriquecido y cuya adquisición es para nosotros sumamente difícil, debido a la escasez y a su alto precio, con gran perjuicio para nuestras ciencias médicas y de los pobres pacientes condenados a una muerte precedida de sufrimientos horribles que podrían ser aliviados y hasta curados radicalmente.

Sólo nos queda insistir ante los Poderes Públicos para que en definitiva se resuelva la creación del Instituto del Cáncer o del Radio.

La Liga Franco-Anglo Americana de lucha contra el cáncer está empeñada en que en todos los países se funde una institución similar, dependiente de ella. Su Presidente Dr. Bandalín nos ha escrito, con fecha 9 de Noviembre, insinuando la idea de fundar una Liga en contra del cáncer, y manifiesta que para ello se designe una Junta de Señoras, se levante un acta suscrita por ellas, y esta acta original sería el anuncio de

la fundación de la chilena, suficiente para que la Liga Franco-Anglo Americana de lucha contra el cáncer nos prestara todo su concurso.

Esta Institución se ha fundado recientemente en Buenos Aires, presidida por el Dr. Angel H. Roffo. Tenemos en nuestro poder una larga correspondencia y material de affiches y propaganda debidos a la gentileza del Dr. Castaño, inspirador del proyecto presentado al Gobierno sobre creación de un Instituto Nacional de Radio y gracias a cuya intervención ante la Liga Franco-Anglo Americana consiguió que la Argentina entrara a formar parte de ella, comprometiéndose por medio del Departamento de Higiene a efectuar una reunión de Delegados de todos los países americanos, a fin de dejar constituida una entidad americana aplicada a la Liga Franco-Anglo Americana y que cada país de América tenga su Liga propia, comunicándose sus estadísticas y medios de lucha, etc.

El Dr. Castaño, además, distinguido profesor de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, manifiesta su interés verdadero y grande para que nosotros fundemos una institución similar y podríamos contar, desde luego, con muchos de los

medios de que él mismo se ha valido para ese fin.

El Mercurio del 17 de Diciembre da cuenta de un cable recibido de Nueva York en que comunica que el señor Jorge Soper ofrece cien mil dólares al que descubra la manera de controlar y prevenir esta cruel dolencia.

Dice así: (Se copia).

100,000 dólares para quien descubra el medio de prevenir el cáncer

Nueva York 16.—El doctor Jorge Soper, Director-Gerente de la Sociedad Americana para el Control del Cáncer, ha anunciado que Mr. William Lawrence Saunders, Presidente de la Ingersoll-Rand Co., ofrece un premio en dinero de 100,000 dólares a la persona o grupo de personas que descubra el medio de prevenir o controlar el cáncer. La oferta se mantiene en vigencia por el plazo de tres años.

Mr. Saunders es Director del Banco de la Reserva Federal de Nueva York y Presidente a la vez de la United Enginee-

ring Societies .- (U. P.)

¿Por qué hemos de abandonar esta preciosa ocasión al resto del mundo, cuando contamos con médicos de vasta preparación que nada tienen que envidiar en este sentido a los de otros países? Lo que les impide realizar estos trabajos es exclusivamente la carencia casi absoluta de los medios indispensables. Talvez si a nuestro Laboratorio de Anatomía Patológica se le dotara de todos los medios necesarios, podría colocarse en primera línea y surgiría en nuestro Cuerpo Médico una gloria mundial.

Dr. CARLOS HAUPT.

BIBLIOGRAFÍA

La cláusula de la Nación más favorecida, por Enrique Olaya Herrera, Ministro de Colombia en los Estados Unidos de América — Washington, Diciembre 1926, 163 págs.

Esta interesante monografía determina que el factor económico es el que influye principalmente e informa las relaciones internacionales en la época presente. La tendencia proteccionista es la política europea y americana. En su capítulo segundo se estudian las finalidades políticas de algunos tratados comerciales. Se define qué son tratados de comercio y sus elementos constitutivos, como la duración, denuncia, garantías para la navegación; cláusula de la Nación más favorecida, especialmente esta última en sus interpretaciones europea y americana. Indica que Chile en la mayor parte de las convenciones después de 1898, adopta el tratamiento incondicional pero limitado, excluyendo: "los casos en que acordare favores especiales, exenciones o privilegios a los productos de otros Estados latinoamericanos".

Enuncia y analiza las objeciones y defensas sobre la cláusula, especialmente en Alemania y Francia, y su vinculación con la política economica, especialmente con el proteccionismo.

Son interesantes las citas que hace del libro del Dr. Arthur N. Young, sobre la política económica, consultor del Departamento de Estado en Washington, que dice: que el Departamento de Estado no debe limitarse a obtener el tratamiento de la nación más favorecida, sino que debe ir más allá y tratar de celebrar convenios que otorguen derechos arancelarios favorables a ciertos productos norte-americanos".

Que uno de los principales y más evidentes objetos de la cláusula es el de unificar las relaciones comerciales, evitando en los tratados largas enumeraciones, que exponen a confusiones y litigios y dan nacimiento a represalias.

En el capítulo sobre Política Europea llega a la siguiente conclusión: que puede señalarse como rasgo general de la política comercial después de la guerra, en el que se ha llamado período de reconstrucción, una tendencia cada día más fuerte a consagrar como norma de las relaciones comerciales el tratamiento mutuo e incondicional de la nación más favorecida, si bien en algunos casos en la forma de tratados con tarifa anexa.

De gran interés es el capítulo dedicado a la política de los Estados Unidos y la Cláusula, especialmente en lo que se refiere a las negociaciones con el Brasil, país que tuvo que conceder franquicias aduaneras a ciertos productos manufacturados americanos para evitar los impuestos de importación al café, para terminar en 1923 con el establecimiento como norma de política comercial entre ellos, el tratamiento mutuo e incondicional de la nación más favorecida.

La cláusula en la América Latina tiene las siguientes caracterís-

ticas:

 a) Tratados con la cláusula recíproca e incondicional de la nación más favorecida, inserta con más frecuencia en los pactos con las naciones europeas;

 b) Tratados con la cláusula recíproca y condicional, anotada en los celebrados con los Estados Unidos de América y en algunas otras convenciones, pe-

ro en menos casos;

c) Tratados con la cláusula general de la Nación más favorecida, pero exceptuando los favores, exenciones o inmunidades que se concedan o puedan concederse a los productos de Estados latinos-americanos; y

d) Tratados que conceden favores y exenciones especiales al comercio de los países fronteri-

ZOS.

Se estudian los tratados en que cada uno de estos sistemas

ha tenido aplicación.

Interesante materia es la reciprocidad comercial y las Conferencias Panamericanas que viene a continuación.

Termina esta interesante obra

que constituye una monografía clara sobre la materia, con el futuro de la cláusula de la Nación más favorecida, cuyo principio quedará, según el autor, dominando en su más amplia forma.

ALBERTO CUMMING.

Profesor de Derecho Romano e Internacional de la Universidad Católica.

Santiago, Noviembre de 1926.

5.—La Russie sous le Régime Communiste.—Réponse au Rapport de la Délégation Britannique, basée sur la Documentation Oficielle Sovietique —Ouvrage Publié sous la direction de Michel Fedoroff. Président du Comité d'organisation et de Rédaction (Paris, Nouvelle Librairie Nationale, 1926).

Son casi seiscientas páginas.

Sus autores, una treintena de emigrantes rusos pertenecientes a las más diversas categorías sociales, y residentes en París, Londres, Berlín, Praga y Belgrado.

Sus finalidades, "exponer, con tanta exactitud como lo permitan los datos oficiales soviéticos. la situación económica, financiera y política de la Rusia Soviética actual"; y de ese modo, dar contestación y rectificación al informe que la Delegación tradeunionista ing'esa, invitada por el Gobierno del Soviet, publicó sobre los "resultados obtenidos por los comunistas rusos, resultados que el Gobierno Soviético pregona urbi et orbi en la prensa comunista de los países occidentales". La obra, encabezada por un prefacio de M. Humbert Bourgin, profesor de la Universidad, trae además una introducción de M. Pierre Struvé, de la Academia Rusa de Ciencias, y abarca los siguientes temas, tratados por profesores, hombres de Estado y hombres de letras: La organización política y social de la república soviética; el gobierno soviético y el comintern 1); el reinado del terror en 1924; la militarización; la justicia, el Código Penal y el Código Civil soviéticos; la religión; la instrucción pública; la decadencia de la moralidad; niños abandonados; la prensa soviética; la higiene pública; las finanzas (reforma monetaria, sistemática de crédito soviéticos); la industria y el comercio; los transportes; la agricultura y la condición de los campesinos; y las condiciones del trabajo.

Es un libro digno de que se le conozea; y, a juzgar por la competencia y seriedad de sus autores y por la autenticidad de las fuentes de información, asimismo

digno de crédito.

En el momento actual, en que se emiten tantos juicios contradictorios sobre ese radicalísimo ensayo de Gobierno Comunista que se viene operando en el eximperio ruso y en que uno de los principales elementos de apreciación es el informe de la indicada Delegación trade-unionista, no carecería de utilidad—en el sentido de conveniencia pública—poner a los ojos del lector chileno, siquiera a grandes rasgos, el contenido de este libro.

El prologuista francés empieza confesando que, desde que el bolchevismo apareció en el mundo, él no ha cesado de combatirlo, porque lo considera un peligro pera su propio país y para la civilización entera; un peligro nacional e internacional a la vez; un peligro para la propiedad, para el cuerpo y para el espíritu.

Asevera en seguida que los delegados trade-unionistas no han conocido la realidad rusa, y que su informe no contiene sino las informaciones y los puntos de vista

que les fueron suministrados v sugeridos por los agentes del Gobierno soviético, para que ellos los dieran a conocer a sus compatriotas británicos, y, por inter-medio de éstos, al mundo occidental. "A una inmensa catástrofe se ha unido así un engaño inmenso. El sovietismo-Jano asesina y asalta en Rusia, y, para preparar la conquista del mundo simula, corrompe y engaña en Occidente. La más gigantesca farsa se combina con el más gigantesco crimen de la historia, para constituir la tragi-comedia del bolchevismo".

Por lo que hace al libro que prologa, asegura M. Bourgin, que su documentación es irreprochable; que se nutre en las fuentes oficiales del propio sovietismo; oue hace análisis completo y claro; que usa un método riguroso de exposición y razonamiento; que su plan es nítido; y sus conclusiones, precisas y ponderadas.

Que se lea sin prejuicio este libro, ante el cual, de cuando en cuando, el corazón deja escapar grito de horror, dice. Un despotismo absoluto, imponiéndose por el terror y el espionaje universal, arruinando a la familia y a la moralidad pública, no menos que a la economía y a la producción; extendiendo sistemáticamente por un país enormeque sólo resiste por su propia inmensidad,-la miseria v la degradación: he ahí lo que es el régimen comunista en Rusia. Sin duda—termina—va sabíamos todo esto; pero, después de leer la Respuesta que en esta obra dan nuestros amigos rusos, tampoco ignoramos ya ninguno de los procedimientos metódicos empleados por los jefes v los responsables del régimen, para realizar su obra y para preparar la extensión e implantación de ella en el uni-

Nuestra época se halla sin duda en presencia de una de las revoluciones más fundamentales

⁽¹⁾ En el nuevo idioma ruso introducido por el bolchevismo. Comintern quiere decir, abreviadamente, comunismo internacional

que se hayan operado en el mundo; pero, como lo observa M. Struvé, se trata de una revolución que es, en su esencia económica, la más violenta de las reacciones, como lo es asimismo, en sus aspectos moral y de cultura.

Y este Estado Revolucionario se militariza hasta extremos que acaso pueden superar a la más extremosa militarización burguesa. "Yo pienso—declaró en 1925, el Comisario de Guerra y Marina Frounzé,--yo pienso que en estos tiempos ya no se debe concebir a nuestro ejército rojo nada más que como un conjunto de cuadros de un ejército de esta índole especial: hay que concebirlo en el sentido de pueblo en armas

de obreros y campesinos obligados en todo momento a tomar las armas y acudiral combate". Precisamente-afirma el autor del capítulo respectivo de la obra que comentamos-es en la militarización completa de toda la población en estado de cargar armas; de todos los medios industriales y técnicos; de las generaciones en desarrollo, -desde la escuela misma-en lo que consiste el trabajo esencial del Gobierno sov iético, que se prepara febrilmente para una nueva guerra de clases contra todos los Estados burqueses del mundo.

JORGE GUSTAVO SILVA.

por Juan Barros

XXI MEDITACIONES DE ALBERTO RIED

Prologadas por E. Ortega y Gasset e ilustradas por José Creeft.

El prólogo del señor ese que carga ese apellido que parece una judaica razón social, es en el libro de Ried uno de esos pregoneros de espectáculos públicos que antaño se ponían en las puertas de sus guiñoles a gritar a los traseúntes:

Deteneos, seores!

Pasad a ver el espectáculo más maravilloso que han visto los siglos!

El domador de serpientes que se las traga vivas y echa llamas por los ojos!

La dama de goma que se adapta a todas las figuras de la geometría!

El león matador de tres domadoras y que recientemente se tragó a nuestro amado empresario!

El ciervo de cuernos arbóreos que parece un esposo de los tiempos actuales, y el esposo que parece ciervo!

Entrad, seores!

Por una perra chica os daréis un baño de civilidad presenciando el espectáculo más estupefaciente de la modernidad!

Pero al hojear las páginas de Ried se presencia un espectáculo que está muy lejos de ser un guiñol. Es un drama ibseniano en veintiún actos cortos. Cada uno representa toda la vida de uno de estos artistas atormentados que son la resultante de todas las tendencias del modernismo que cogen un temperamento propicio y lo ocultan, lo aferran como un pulpo y casi lo ahogan y extrangulan. Pero Ried, escapando de la extrangulación, entre estertor y estertor, exhala gemidos poéticos de un valor artístico que está muy por encima de todas las maromas y contorsiones que pudiéramos observar en una función guiñolesca y que sin duda alguna expresan el dolor vestido a la moderna.

Por ejemplo:

(Soy un chiquillo ajado, que creyó en todo, en todo... y amó demasiado).

Mi corazón endeble es otro absurdo, y un eco inútil que responde: Oú?

La calumnia se escurre misteriosamente y va de un micrófono a otro, saltando montes y ríos, por las combas de los hilos de metal. La palabra de los hombres se ha transfigurado en onda física, en signo relampagueante y traducible y es la expresión demente de un gran odio elemental.

Campanas, incensarios misericordiosos, que agita el vínculo de una fe; florecimiento musical del seto de las catedrales; anemófilas ilusas que intentáis polinizar con el canto que ya no fué...

Agitad los badajos que se han vuelto androceos penitentes, excitados en esta nueva flora toda azul y haced el milagro que vuestro excelso polen se infiltre en mi alma y la fecunde de olvido...

(Ha brincado nuevamente el minutero... Estás trémula, mujer).

Un pitazo del empleado de uniforme despedaza nuevamente mi ilusión... y me aferro a tu mutismo con mis labios... (Estás transida, mujer).

Soné que esta guarida en que se pudre mi pena era un jardín infinito, en cuyos prados florecidos jugueteaban y eran mios todos los niños del mundo...

No había ningún hijo en torno mío, ni tú estabas allí...

Y para certificar que Ried no es solamente escultor poeta, sino un poeta doloroso que escribe con sollozos, léase integra:

LA NOCHE DE MAYO

A mi madre.

Una tarde de Mayo nos quedamos solos...

Mis hijos no lloraron; silenciamos y nos miramos mucho... Y el insomnio fué mi aliado. Alimentó la sombra de un vampiro, que volaba todavía en torno a nuestro nido.

No lo pude matar: Vi dos niños desnudos y dormidos...

(En el camastro mi bulldog enrollado, aguaitaba con un solo

ojo despierto).

Sumergí entonces mi cabeza entre mis manos, y en el silencio de una noche profunda de desierto, distinguí bajo la bóveda de un prejuicio fatal: Una Cruz y una Luz.

Las meditaciones de Ried son un valor real en la humilde joyería de nuestra literatura. Restándoles el pregonero, brillan por sí solas.

Deteneos, seores, y leedlas!

JUAN BARROS.

